



# Archivos y narratividad en la primera historiografía nacional

La polémica entre Mitre y López

Graciela Swiderski - Facundo Araujo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras



## **Archivos y narrativa en la primera historiografía nacional**

---



# Archivos y narratividad en la primera historiografía nacional

La polémica entre Mitre y López

Graciela Swiderski - Facundo Araujo



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

---

Decano Américo Cristófalo	Secretario de Investigación Marcelo Campagno	Consejo Editor Virginia Manzano
Vicedecano Ricardo Manetti	Secretario de Posgrado Alejandro Balazote	Flora Hilert Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales y de Transferencia y Desarrollo Silvana Campanini	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia
Secretaria de Asuntos Académicos Sofía Thisted	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni Rosa Gómez
Secretaria de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretario de Hábitat e Infraestructura Nicolás Escobari	Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez
Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	Directora de imprenta Rosa Gómez

---

**Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras**  
**Colección Saberes**

ISBN 978-987-8363-550-9

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2020

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - [info.publicaciones@filo.uba.ar](mailto:info.publicaciones@filo.uba.ar)

[www.filo.uba.ar](http://www.filo.uba.ar)

Swiderski, Graciela

Archivos y narratividad en la primera historiografía nacional: la polémica entre Mitre y López / Graciela Swiderski ; Facundo Araujo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2020.  
232 p.; 14 x 21 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-8363-50-9

1. Historiografía. 2. Historia Argentina. 3. Narrativa. I. Araujo, Facundo.  
II. Título.

CDD 907.2

# Índice

<b>Introducción</b>	9
<b>Parte I</b>	15
<b>Capítulo 1</b> El archivo como laboratorio de la historia. Los principios teóricos de la era custodial	17
<b>Capítulo 2</b> La literaturidad de la representación historiográfica	41
<b>Parte II</b>	83
<b>Capítulo 3</b> Bartolomé Mitre. La Historia como discurso científico	85
<b>Capítulo 4</b> Vicente Fidel López. La Historia como discurso literario	157
<b>Conclusiones</b>	209
<b>Fuentes Documentales y Bibliografía</b>	221
<b>Los autores</b>	231





## Introducción

En una obra muy conocida donde teorizaba acerca de la ciencia histórica, Edward Carr (1993) transcribió un comentario de Catherine Morland, personaje ficticio salido de la pluma de Jane Austen. Refiriéndose a la Historia, la joven de diecisiete años reflexionaba: “Me maravillo a menudo de que resulte tan pesada, porque gran parte de ella debe ser pura invención”. Reproches de esta índole acompañaron a la historiografía desde sus orígenes. Cuánto había en ella de realidad científica, cuánto de narración imaginaria y cuánto incidía, al igual que en la buena cocina, el arte de saber combinar los ingredientes en su justa proporción. En la Argentina, aunque no fue la única confrontación de este tenor que se produjo en el cono sur de América, la cuestión cobró notoriedad por primera vez entre 1881 y 1882, durante la polémica que protagonizaron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, las dos principales figuras de la naciente historiografía nacional.

Lejos de pretender agotar la totalidad de interpretaciones que mereció este debate, no cabe ninguna duda de que su carácter polifacético habilitó la posibilidad de abordarlo

desde diferentes perspectivas. Algunos reconocieron en el modelo “mitrista” los antecedentes necesarios para que los fundadores de otro proyecto historiográfico, el de la “Nueva Escuela Histórica”, pudieran alcanzar legitimidad a partir de determinados consensos metodológicos (Levene, 1948), es decir que lo situaron como un punto de partida insoslayable para los historiadores posteriores (Halperín Donghi, 1980), a la vez que exculpaban a Mitre por su supuesta opción por una historia fáctica, desentendida de su entorno y literariamente estéril (Carbia, 1925; Romero, 1943). Otros, adscribiendo a la historia cultural, lo estudiaron en el marco de los procesos de circulación y producción de textos (Madero, 2001). No faltaron quienes creyeron que ambos autores habían competido por el control de la verdad histórica, por lo tanto, se detuvieron a evaluar las ventajas que cada uno obtuvo, ya sea en materia de reconocimiento intelectual como de poder en el interior del sistema de relaciones sociales del que participaban (Mozejko y Costa, 2005); y quienes sostuvieron que las representaciones divergentes del pasado eran una respuesta a los desafíos y proyectos sociopolíticos que a cada paso le iba planteando su propio presente (Wasserman, 2008). Finalmente, los menos desestimaron su importancia por entender que la controversia solo había servido para discutir matices y formular objeciones puntuales, cuyas raíces estaban inmersas en los desacuerdos políticos (Mejía, 2007).

Es cierto que casi todos estos trabajos se refirieron, de manera más o menos tangencial, a las diferencias entre Mitre y López a la hora de prescribir la dosis exacta de científicidad y de literaturidad que el historiador le debía suministrar al discurso historiográfico. Reconocieron el excesivo apego del primero por las fuentes escritas y su preocupación por la objetividad, contrastándolo con la preferencia casi despreocupada del segundo por los testimonios orales, la

interpretación y el narrativismo, y, desde esta perspectiva, lo castigaron cargándole el mote de “historiador filosofante” (Carbia, 1925).

A partir de este enfrentamiento, el presente estudio retomará un problema que desde siempre ha sido consustancial a la disciplina: la tensión entre las fuentes, un cable a tierra con “lo real” y, por ende, un atributo juzgado indiscutible de toda historia que se preciara de científica y el relato, tantas veces menospreciado por su presunta filiación con una historia filosófica, o lo que es peor, literaria y ficcional.

El análisis que aquí se propone se centrará, particularmente, en la posición que asumieron estos dos historiadores en torno a los tres componentes claves del discurso historiográfico: las fuentes, la narratividad y la imaginación. Se tratará de establecer cómo se posicionó cada uno de ellos a propósito de los siguientes interrogantes: ¿en qué consiste la presunta especificidad del discurso historiográfico?, ¿es la narrativa el modo más conveniente de representación de lo histórico?, y desde un enfoque constructivista del objeto de estudio, ¿se pueden superar las constricciones del discurso verbal?, ¿qué diferencias existen entre la dimensión histórica y la ficcional?, ¿son simplemente variantes textuales o, por el contrario, historia y ficción están en las antípodas la una de la otra?, ¿cuáles son los procedimientos constitutivos del relato historiográfico?, ¿a qué referencialidad externa habría que apelar para conseguir la validación de esta forma particular de realidad cognoscitiva? Entendiendo que el principal anclaje con lo real es el documento, ¿cuánto de elaboración y de manipulación de los datos contenidos en las fuentes estuvieron dispuestos a tolerar? Porque si el grado es muy alto, inmediatamente surge otra cuestión, ¿el discurso del historiador puede representar el pasado, o es un discurso que adquiere vida propia y que es independiente de cualquier referente externo? Y si el grado es

muy bajo, ¿cómo configurar los documentos?, ¿hay una correspondencia entre ellos y lo que realmente ocurrió? Y, finalmente, ¿por qué los dos escribieron a destajo y se apasionaron tanto en esta discusión? Sobre todo, teniendo en cuenta que en sus obras no se observan las diferencias radicales que sí expusieron durante el transcurso de esta polémica que, además, procuraron que se hiciera lo más pública posible. Escribieron sin pausa numerosos artículos en revistas especializadas y en la prensa periódica y, más tarde, editaron tres libros en apenas un año, entre 1881 y 1882. Todo un record. Nadie que formara parte de la elite intelectual argentina pudo haberlo desconocido. Nuestra hipótesis es que las discrepancias tuvieron su origen en el lugar que a cada uno de ellos le tocó ocupar en la práctica política. Si bien sus conclusiones jamás podrían haber alcanzado la complejidad y el volumen que lograron los intelectuales de la segunda mitad del siglo XX —hay que tener en cuenta que la extemporaneidad no es un pecado venial para el historiador—, la disputa no deja de ser admirable tanto por el planteamiento embrionario de muchos de estos problemas como por las soluciones singulares que esbozaron, lo que demuestra una vez más que esta controversia es tan antigua como el mismo conocimiento histórico. El objetivo principal será, entonces, descubrir cómo interactúan las fuentes y la narración en el discurso historiográfico, una cuestión que es esencial para el historiador y que trasciende esta polémica en particular.

El libro consta de dos partes y cuatro capítulos. La primera parte constituye una síntesis de lo que estaba sucediendo simultáneamente en Europa a nivel archivístico, historiográfico y literario que, no obstante, recoge solo aquellos aspectos que podrían ser de interés para comprender mejor las posiciones de los dos autores. Su primer capítulo presenta el proceso de aparición y consolidación de lo que a nivel

archivístico se conoce como la “era custodial”, mientras que el segundo se inicia con las relaciones incómodas entre la historiografía y el relato, sigue con algunas consideraciones sobre el positivismo historiográfico y concluye con la aparición y el afianzamiento de la novela histórica. En la segunda parte se estudian las posiciones que asumieron Mitre y López. Específicamente, el tercer capítulo se concentra en Mitre y su historia científica, mientras que el segundo se ocupa de López y su historia literaria.

Para los dos capítulos preliminares, y a manera de marco teórico, se consultaron algunos trabajos significativos sobre la historia de la Archivología y otros sobre teoría literaria. Para los dos segundos, no solo se examinaron las obras donde ambos escritores publicaron los debates, sino también las reflexiones historiográficas que incorporaron en el resto de sus libros, a las que se sumaron documentos de archivo, preferencialmente discursos y la correspondencia que intercambiaron entre ellos y con los principales historiadores latinoamericanos, en particular, uruguayos y chilenos. El motivo de esta elección es que las figuras más representativas de esos dos países, además de haber mantenido en algún momento discusiones similares, participaron activamente con sus pares argentinos en la vasta red privada de circulación de manuscritos e impresos que funcionó en el cono sur americano.



## Parte I

---





## Capítulo 1

# El archivo como laboratorio de la historia

Los principios teóricos de la era custodial

### Aparición de los archivos públicos. La Diplomática o ciencia de los documentos

El origen de los primeros archivos es tan antiguo como la escritura. Se formaron promediando el tercer milenio antes de Cristo, una vez que esta tecnología se aplicó sobre soportes blandos (tabletas de arcilla), se instituyeron los primeros criterios de clasificación y se habilitaron depósitos o recipientes para la conservación de documentos.<sup>1</sup>

---

1 Los primeros documentos sumerios estaban relacionados con asuntos comerciales tales como impuestos, préstamos e inventarios. Gestionados por los sacerdotes del templo, eran conservados por quienes los habían producido. Las tablillas se organizaban, por lo general, de acuerdo con la función o actividad y luego cronológicamente. Se las identificaba mediante símbolos o etiquetas en sus extremos dentro de los grandes recipientes de barro en los que se hallaban almacenadas. Las excavaciones realizadas en Tell Hariri, Ras-Shamra y Nippur prueban la existencia de estos archivos y, por lo tanto, de fondos documentales organizados. Por ejemplo, en Ugarit, se conservó completo el edificio de los archivos reales, comprobándose que los fondos eran escrupulosamente respetados y conservados según una clasificación rigurosa. Según Walter Ong (1997), las listas y los elencos estuvieron estrechamente ligados a la aparición de la escritura, e incluso esta última fue inventada para elaborar algo parecido a un listado.

Sin embargo, su carácter público es relativamente reciente y posterior al establecimiento de los primeros archivos nacionales. Estos aparecieron en Europa en estrecha relación temporal con el ascenso y consolidación del Estado-Nación; con la tradición liberal cimentada a lo largo de las tres revoluciones modernas (inglesa, norteamericana y francesa); con la pasión por las antigüedades grecorromanas y egipcias motivada por la campaña napoleónica y el descubrimiento de la piedra de Rosetta; con el positivismo historiográfico y su necesidad de trabajar con fuentes textuales, convertidas en el laboratorio mismo de la investigación histórica; y con la difusión de los nacionalismos europeos, ávidos de fuentes para encontrar las raíces comunes y las identidades colectivas. Pierre Nora acuñó la frase “civismo de la disciplina de archivo”,<sup>2</sup> precisamente para referirse a la contemporaneidad, y luego a la complementariedad, entre los estados nacionales y sus archivos públicos. Una razón de mutua conveniencia los aproximó. Los documentos tenían el poder de adjudicar legitimidad a las nuevas entidades políticas, dibujando sus fronteras y distinguiendo a sus poblaciones. Historia y Archivística, como especialidades intelectuales científicas y diferenciadas, surgieron en el siglo XIX, en el contexto de las transformaciones culturales impulsadas por el liberalismo y las exigencias nacionalizadoras de los estados burgueses europeos.

En el caso de Francia, el primer país europeo que garantizaría la accesibilidad de sus documentos públicos, el largo proceso de creación de archivos nacionales se inició en el siglo XVII. Hacia mediados de esta centuria, Jean Mabillon

---

2 Traducción de los autores. “Mais il y a, je crois, beaucoup plus: la science du texte, l’histoire qui s’opère à travers la soumission aux documents, la discipline même de l’archive ont eu quelque chose d’ascétique, de monacal, de militaire, je dirais presque de sacrificiel. Il y a, si j’ose dire, un patriotisme de l’archive, un civisme de la discipline archivistique qui a fait des archives l’autel de la Nation, et du travail archivistique l’exercice même du culte de la Nation” (Delmas y Nougaret, 2004:15).

y los monjes benedictinos de Saint-Maur comenzaron la ardua tarea de organizar los archivos documentales. Lejos quedaron los tiempos de los archivos ambulantes y de los primeros archivos urbanos. La congregación alcanzó a reunir a más de tres mil religiosos, repartidos en ciento setenta monasterios que se consagraron, casi con exclusividad, al examen de manuscritos medievales. Los monjes pudieron combinar con eficiencia su alto nivel de erudición con la gran disponibilidad de tiempo libre, que no solo dedicaron al estudio de la vida de los santos, sino también a defender los derechos patrimoniales de la orden:

El superior, Jean-Grégoire Tarrise, fija el protocolo de investigación: recuperar las actas, fundaciones y posesiones de los monasterios, ocuparse del gobierno de las abadías y de sus reglamentos y costumbres sobre la base de documentos originales, poner de relieve las proezas y las curiosidades naturales, enumerar la lista de santos, reliquias y santuarios, mencionar los castigos, prodigios, milagros y hechos edificantes y, por último, vincular todas esas informaciones a la historia de la orden y de la Iglesia. [...] Esos especialistas en patrología y numismática, esos orientalistas, no se reúnen los martes y los domingos a la mañana en la biblioteca de Saint-Germain inquietos por el detalle, sino por la voluntad de acceder a las *antiquitates*, con la idea de una civilización vuelta a la vida gracias a la reunión ordenada de todos los vestigios del pasado. Su proyecto de conservación y de elaboración de catálogos también está animado por su afán de búsqueda de la verdad (Dosse, 2003: 26). [En cursiva en el original].

Los mauristas fueron los precursores de la crítica aplicada a las fuentes escritas. El principal antecedente de sus

trabajos data de 1440, cuando Lorenzo Valla demostró que la donación de Constantino, un documento que constituía la base jurídica del poder temporal de los papas, era apócrifo. Pero recién en el siglo de la duda cartesiana, a partir de la polémica entablada con el jesuita Daniel von Papenbroeck, Mabillon fundó la diplomática o ciencia de los documentos. Papenbroeck cuestionaba la autenticidad de los diplomas merovingios que los monjes de Saint-Maur conservaban en la abadía de Saint-Denis. Aunque Mabillon reconocía que algunos de ellos habían sido adulterados con esmero desde la primera hasta la última letra, era innegable que muchos otros eran auténticos. Al principio, la discusión fue solo económica. Si Papenbroeck tenía razón, la Compañía de Jesús podía reclamar propiedades que se les habían adjudicado irregularmente a los benedictinos sobre la base de documentos apócrifos. Pero más allá de la motivación material, Mabillon había advertido que el antiguo método histórico estaba agotado. La Historia necesitaba trabajar en base a la prueba y a la comparación, identificando, clasificando y juzgando las antiguas cartas y títulos. En *De re diplomatica* (1681) codificó las reglas que permitirían pasar los documentos por el cedazo del examen diplomático, a efectos de resolver las incertidumbres acerca de su autenticidad, conforme al estudio de los caracteres internos y externos. Los primeros corresponden al contenido de los documentos, a la lengua en la que están escritos, al estilo y al léxico, así como también al procedimiento jurídico-administrativo de validación que utilizan y a la estructura organizativa del texto (protocolo inicial, parte central y escatocolo o protocolo final); mientras los segundos relevan, entre otros aspectos, el soporte, las tintas, los tipos de escritura, los signos especiales y de autenticación, y las notas marginales.

Con la introducción de la crítica formal, Mabillon consiguió imponerle a la Historia, por conducto del archivo, una

singularidad que la distinguía de la poesía y de la literatura. A diferencia del poeta y del literato, el historiador debía demostrar su devoción por la verdad, recurrir siempre a los documentos y despegarse del sospechoso rumor de los testimonios orales. Su metodología de trabajo sigue vigente hoy en día, en tiempos de documentos digitales. Según Marc Bloch, la obra de Mabillon significó un antes y un después para la Historia:

El verdadero progreso surgió el día en que la duda se hizo “examinadora” —como decía Volney; cuando las reglas objetivas, para decirlo en otros términos, elaboraron poco a poco la manera de escoger entre la mentira y la verdad. [...] Aquel año —1681, el año de la publicación de *De re Diplomatica*, en verdad gran fecha en la historia del espíritu humano—, fue definitivamente fundada la crítica de los documentos de archivo (1974: 67).

Hasta el siglo XVII, la literatura archivística europea se ciñó exclusivamente al aspecto jurídico de los documentos. Entre los manuales más antiguos de la disciplina se destaca *De archivis, liber singularis* (1632), escrito por el obispo veneciano Baldassarre Bonifacio. Dividido en diez capítulos, este opúsculo definía al archivo como el sitio en el que se preservan los registros públicos. El archivo era a la vez un lugar físico y un espacio simbólico para custodiar la legitimidad textual del poder político.<sup>3</sup> No fue el único aporte en esta línea. Al menos otras dos obras también pensaron

---

3 “Por ello, ahora también es admisible llamar inviolables a los archivos, especialmente desde que adquirieron autoridad pública y la protección del príncipe bajo cuyo patronazgo están los edificios públicos, con el resultado de que aquellos quienes vandalizan archivos son condenados no sólo por sacrilegio sino también por traición y, de acuerdo a las constituciones de los Pontífices Romanos, se los ejecuta como anatemas” (Bonifacio cit. por Lester, 1941: 223).

al archivo en términos custodial-legales: *Commentarius de archivis antiquorum* (c. 1636) de Albertino Barisone y *Methodus archiviorum, seu modus eadem texendi ac disponendi* (1684) del milanés Nicolás Giussani. Es más, en Hungría los repositorios documentales recibieron el calificativo de *loci credibiles*, fórmula latina que podría traducirse como “lugares que dan credibilidad legal a los documentos que allí se guardan” (Duchein, 1992: 18).

Desde 1650 y hasta 1789, punto de inflexión que marcó la caída de la monarquía —por cierto, uno de los principales sostenes de Saint-Maur—, los trabajos de los benedictinos no se detuvieron. La hegemonía de la escritura en la investigación histórica, asociada a la recolección y almacenamiento de los documentos, coincidió con el surgimiento de los estados nacionales. Los conocimientos obtenidos por los mauristas pasaron al Cabinet de Chartes, creado en 1759 como depósito central de todos los manuscritos, legislaciones e impresos públicos franceses. Su fundador, Jacob-Nicolas Moreau, ocupó el cargo de historiógrafo de Francia, casi un Ministro de Historia. Con pretensiones de objetividad científica dirá que ha emprendido sobre los *monumenti* la tarea de escribir “la historia de nuestra constitución y de nuestro derecho público, [...] al reparo de las vicisitudes que produce el arbitrio” (Cit. por Le Goff, 1991: 229). Sin embargo, el permiso para examinar estos archivos de reciente formación seguía siendo un privilegio que los príncipes acordaban o rehusaban a voluntad, sin justificación alguna, e incluso los beneficiarios estaban obligados a publicar los resultados de su investigación con el consentimiento de las autoridades (Duchein, 1983).

Tres décadas más tarde, el 29 de julio de 1789, la Asamblea Nacional Constituyente francesa erigida tras la Revolución y, también hay que decirlo, en medio del vandalismo que condujo a la destrucción involuntaria o deliberada

de documentos,<sup>4</sup> había creado los primeros Archivos Nacionales y liberalizado su acceso público cuatro años después. De esta forma Occidente daba un paso más en el largo proceso de laicización de la memoria que, en el caso francés que aquí se analiza, incluyó además la conversión del Palacio del Louvre en museo y sede institucional privilegiada de la querrela entre los “antiguos y los modernos” (Huysen, 2007).

Es verdad que con el desmantelamiento del Antiguo Régimen, en la mayor parte de Europa occidental, un número ingente de documentos pasaron a los archivos nacionales porque habían cesado de súbito en su función primaria de garantes de prueba, materialización de privilegios, protección de jurisdicciones y aval de actuaciones que en el pasado había justificado el esfuerzo por mantenerlos secretos. La intención de los revolucionarios franceses estuvo dirigida prioritariamente a que los ciudadanos conocieran sus derechos, sobre todo en relación con la abolición de las prerrogativas feudales y con la venta de dominios nacionalizados por las leyes revolucionarias. En consecuencia, diez días después de que estos derechos fueran formalmente abolidos, Armand-Gaston Camus fue nombrado archivero de la Asamblea Nacional (4 de octubre y 10 de octubre de 1789 respectivamente). En una coincidencia no fortuita con esta medida, el 26 de octubre de ese año se declaraban los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

La ley de 7 Mesidor, Año II (25 de junio de 1794), dictada en tiempos del Terror jacobino y un mes antes de la ejecución de Maximilian Robespierre, ordenaba que los documentos de los Archivos Nacionales estuvieran

---

4 Durante las revoluciones, el significado de la destrucción de los archivos es el de provocar el olvido para volver a los orígenes, es decir, al tiempo anterior al orden establecido que se quiere reemplazar.

a disposición libre y gratuita de cualquier ciudadano que así lo solicitara, en sintonía con el artículo núm. 15 de la citada declaración, que establecía que “los agentes públicos deben rendir cuenta de su administración”. Esta apertura también se relacionó con el artículo núm. 11 referido a la libertad de prensa y de expresión: “La libre comunicación de pensamientos y de opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre; en consecuencia, todo ciudadano puede hablar, escribir e imprimir libremente, a trueque de responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley”.

Desde el punto de vista teórico, en la decisión tomada por los jacobinos no se puede negar la influencia de Rousseau (1762). Como la soberanía emanaba del pueblo, este tenía el derecho de controlar el accionar de los dirigentes a quienes, a través del contrato social, les había confiado la misión de gobernar. Su idea de democracia se asociaba con la soberanía popular, voluntad general e interés común.

A la dimensión contractual de la nación como pacto soberano de ciudadanos libres e iguales, se agregaron los contenidos esencialistas de la nación concebida como espíritu colectivo. Los archivos públicos nacionales fueron indispensables tanto para vertebrar al Estado liberal, como para enraizar las tradiciones y la identidad que amparaban los vínculos naturales bajo los conceptos interclasistas de pueblo o patria. Ellos también contribuyeron a crear la ficción de homogeneidad cultural que suponía la idea de nacionalidad.

La historia de la archivística moderna es, entonces, la historia del ascenso del Estado-Nación. Casi de inmediato sobrevino la impugnación a la historia filosófica, tan



característica del siglo XVIII.<sup>5</sup> Y esto fue así porque la clase política no tardó demasiado en darse cuenta de que necesitaba a los historiadores para que, basándose en fuentes fidedignas de archivo, formularan una parte de los fundamentos ideológicos que permitirían a estas creaciones alegóricas —o comunidades imaginadas como las denominó Benedict Anderson (1993)— funcionar más allá del puro voluntarismo. La historiografía positivista se iba a encargar de vestir a cada una de las naciones con un traje hecho a su medida. Uno de los máximos representantes de la nueva generación de historiadores, Agustin Thierry, advirtió con desazón: “Todavía no tenemos historia de Francia” (cit. por Dosse, 2003: 99), como si esto fuera una verdadera tragedia. Sabía que para unificar el discurso sobre los orígenes, y más importante todavía, para conseguir que fuera aceptado colectivamente, se requería de unos criterios objetivos, probatorios y racionales que solo la historia oficial fundada en documentos —siempre y cuando fueran auténticos— podía proporcionar.

---

5 “C’est donc seulement à partir des années 1830-1840 que les choses vont évoluer. Avec la création, disais-je, de l’Ecole des Chartes et le travail d’hommes comme Benjamin Guérard et tous ceux qui, autour de lui, ont cherché à établir la spécificité et l’authenticité du document d’archives. Avec, parallèlement, la volonté d’une génération d’historiens formés sur le tas, comme Augustin Thierry, qui ont véritablement voulu fonder l’histoire nationale encore inexistante sur le culte du document d’époque. C’est alors que, progressivement, et je dirais partiellement, s’est opérée la rencontre du mouvement archivistique et de l’histoire nationale. Les deux mouvements étaient jusque là totalement séparés entre un art antiquaire dans les sociétés savantes ou dans les académies et un type d’histoire philosophique qui avait pu se développer au XVIIIe siècle en particulier. Il a fallu vraiment que, d’arsenal de l’autorité, les archives deviennent, comme le dit Bautier, le laboratoire de l’histoire nationale pour que se transforme le lien profond entre les archives et la nation” (Nora en Delmas y Nougaret, 2004: 15).

## **La circular que lo cambió todo: el principio de procedencia (*le respect des fonds*) de Natalis de Wailly**

Dos autores españoles, Romero Tallafigo (1995) y Cruz Mundet (1994), distinguían dos etapas en la historia de la archivística. El primero adoptaba las categorías de Antiguo Régimen y de Nuevo Régimen, que se implantó gradualmente tras la Revolución Francesa, para distinguir a la vieja de la nueva archivística. El segundo identificaba dos momentos: el pre-archivístico, durante el cual el tratamiento de los fondos documentales se había caracterizado por la indefinición de sus presupuestos, e incluso por la sumisión a los principios de otras disciplinas, y el de desarrollo archivístico cuando, tanto en la teoría como en la intervención sobre los fondos, se fueron logrando unos niveles de autonomía suficientes como para poder hablar propiamente de archivística.

A finales del siglo XVIII, una vez que se consolidó la cerrada alianza entre archivos e historias nacionales, los repositorios públicos comenzaron a ser gestionados no tanto por burócratas sino, ante todo, por eruditos e historiadores. El archivo se convirtió repentinamente en el laboratorio privilegiado de los estudios históricos. Con el cambio de responsables sobrevino la reorganización de estas instituciones. Si los funcionarios públicos tradicionales conocían las necesidades y los objetivos de la administración, actuando en consecuencia, los investigadores e historiadores que los reemplazaron llegaron con otras intenciones. Lo primero que hicieron fue desentenderse del documento contemporáneo. Pronto paralizaron las transferencias regulares desde las oficinas productoras y se concentraron en la conservación de los documentos más antiguos. Las piezas más importantes eran las que más polvo habían conseguido acumular a lo largo de los siglos. Los estados europeos no

encontraron una forma mejor de legitimarse y diferenciarse que exhumando sus pasados medievales:

El desarrollo de la crítica histórica, el arraigo de las ideas ilustradas y, sobre todo, la influencia del romanticismo y el nacionalismo convierten los archivos en institutos de investigación y cultura, [...] se impone una visión histórico cultural de los archivos, de manera que se produce una grave disociación entre los denominados *archivos administrativos* y los *archivos históricos*, fractura que tardará muchos años en soldarse (Alberch i Fugueras, 2003: 22).<sup>6</sup>

Hasta la primera mitad del siglo XIX y bajo la influencia teórica del enciclopedismo ilustrado, los archivos fueron clasificados de acuerdo con los criterios temáticos extraídos de las taxonomías introducidas por Mabillon para la tipificación diplomática y luego adoptadas por la bibliotecología, la botánica (Linneo y Buffon) y la zoología (Cuvier). La historia natural de aquella época se esforzó por definir los caracteres clasificatorios de los seres vivos, a fin de asignarles un determinado casillero en el cuadro taxonómico. En el proyecto de Linneo, el universo de especies debía perder su movilidad y fijarse en su orden subyacente; mientras que el zoólogo Cuvier, líder de la paleontología de su tiempo,

---

6 Por su parte, Ernest Posner escribió: "Los pueblos de Europa se hicieron gradualmente conscientes de su propia identidad nacional y empezaron a usar la historia nacional como una fuente de estímulo en tiempos de desventuras nacionales. El romanticismo comenzó a glorificar el pasado, sus obras de arte, su literatura y sus monumentos documentales. Publicar las fuentes documentales, haciéndolas disponibles para la historia nacional y escribiendo aquella historia sobre la base del material descubierto recientemente, vino a ser la finalidad de un vigoroso y entusiástico movimiento de la historiografía" (cit. por Lodolini, 1993: 135). Según Brichford (1989: 61): "The parallel evolution of romantic and scientific history has characterized modern archival development. Whether annals, chronicles, pamphlets, or tracts, records were compiled to glorify the Middle Ages and legitimize nationhood".

antievolucionista y fijista convencido, explicaba la economía animal sobre la base de la correspondencia mutua entre órganos y partes, para lo que estudiaba comparativamente los órganos y sus modificaciones de una especie a otra.

El sistema de clasificación archivística, heredado de otras disciplinas y aplicado por Pierre Daunou y Armand-Gaston Camus en los Archivos Nacionales franceses, era de carácter deductivo e historicista, aunque significó un avance con respecto al procedimiento empírico y a la elemental práctica funcional anterior, caracterizada por la existencia de procedimientos prácticos apenas sistematizados en función de la necesidad administrativa y siguiendo un corpus teórico confeccionado previamente de modo apriorístico. Si bien el vínculo con la historia ayudó a derribar las barreras que impedían la consulta pública de los archivos, también introdujo la fascinación por la organización temática, que encierra fuertes componentes ideológicos y subjetivos, es inestable y causa estragos en la organización documental primordial, la cual constituye el contexto del documento individual:

La conservación, cada vez más completa de lo escrito, la instauración de archivos, su clasificación, la reorganización de las bibliotecas, el establecimiento de catálogos, de registros, de inventarios representan, a finales de la época clásica, más que una nueva sensibilidad con respecto al tiempo, a su pasado, al espesor de la historia, una manera de introducir en el lenguaje ya depositado y en las huellas que ha dejado un orden que es del mismo tipo que el que se estableció entre los vivientes. Y en este tiempo clasificado, en este devenir cuadrículado y espacializado emprenderán los historiadores del siglo XIX la tarea de escribir una historia finalmente "verdadera" —es decir—, liberada

de la racionalidad clásica, de su ordenamiento y de su teodicea, restituida a la violencia irruptora del tiempo (Foucault, 2001: 132).

A partir de la Revolución de 1789, el proceso de secularización de las instituciones religiosas, que implicó la cesión de sus documentos al Estado, contribuyó a expandir notablemente los acervos documentales que custodiaban los archivos públicos. Durante todo el siglo XVIII, a medida que la burocracia se volvió más compleja, comenzaron a surgir otros tipos documentales que fueron sometidos a un proceso de regulación y estandarización. El expediente substituyó al documento simple medieval, que únicamente evidenciaba el resultado final del trámite. La nueva unidad compuesta era la confirmación más palmaria de un estilo administrativo. Estaba constituida —decía Ángel Antonio Henry Viera en su manual *El oficinista instruido o práctica de oficinas reales* (1813: 180)— por la sumatoria de “todos los antecedentes que haya, y lo que actualmente se presenta sobre la pretensión o negocio de que se trata”. De manera que cuando se analiza el contenido de cualquier expediente, desgajándolo en sucesivas capas, aparece de repente el pasado como si se estuviera en presencia de un yacimiento arqueológico (Swiderski, 2019).

La agrupación de los documentos de las administraciones centrales del Estado se concretó con el establecimiento de una sucesión de archivos nacionales europeos, entre otros, los de Polonia (1809), Noruega (1817), Bélgica (1835), Reino Unido (1838), Suiza (1848) y España (1866). En paralelo, se crearon escuelas especializadas adscritas a estos grandes depósitos devenidos en centros de investigación. A la L'École des Chartes (1821),<sup>7</sup> le siguieron la

---

7 “The very name of the Ecole des Chartes reflects the significance of the study of medieval

Bayerische Archivschule de Munich (1821), el Institut für Österreichische Geschichtsforschung de Viena (1854), la Escuela Diplomática de Madrid (1856) y la Scuola Vaticana de Roma (1884).

La naturaleza del fondo de archivo y su especificidad en relación con la colección bibliográfica y documental se formalizó el 24 de abril de 1841, cuando el encargado de la sección administrativa de los Archivos Nacionales franceses, Natalis de Wailly, en una circular del Ministerio del Interior, escribió sus *Instructions pour la mise en ordre et le classement des archives départementales et communales*. Allí estableció que “la clasificación general por fondos es la única verdaderamente apropiada para asegurar el pronto cumplimiento de un orden regular y uniforme”. De Wailly denominaba fondo al conjunto de documentos provenientes de un cuerpo, un establecimiento, una familia o un individuo. Si bien en algunos lugares esta forma de organización estaba consagrada por la práctica, le corresponde a los franceses el haber realizado la primera enunciación teórica. No obstante, todavía en el interior del fondo, las instrucciones alentaban la modificación de la organización originaria al prescribir la clasificación de los documentos según las materias, coordinándolas por orden cronológico, topográfico o alfabético.

En una definición más amplia, se designa con el nombre de fondo documental, archivo o archivalía a la documentación —cualquiera sea su fecha, su forma y soporte material— acumulada en un proceso natural por una persona o institución pública o privada en el transcurso de su gestión, conservada respetando aquel orden, para servir como testimonio e información para la persona o institución que la

---

documents, including charters. Many elements of today's *archivistique* were hardly considered in the archival schools of the first part of the nineteenth century, which were not so much schools of archival science as schools of historical science" (Ducheyn, 1992: 17).

produce, para los ciudadanos y para la investigación científica. Dentro del universo de documentos, se consideran documentos de archivo a aquellos resultantes de una actividad administrativa, que tiene por objeto impartir una orden (finalidad dispositiva) o dejar constancia de un hecho con fines probatorios, testimoniales o informativos. Una vez que cesa su utilidad inmediata, los mismos pueden o no adquirir valor cultural o histórico. Luego, el principio de procedencia consiste en dejar agrupados, sin mezclarlos con otros, los archivos (documentos de cualquier naturaleza) provenientes de una administración, de un establecimiento o de una persona física o moral determinada: lo que se llama el fondo de archivo de esa administración, ese establecimiento o esa persona. A partir de estos lineamientos, se instaló la idea de que los documentos solo resultan inteligibles en su contexto de producción. Esta nueva forma clasificatoria —que terminó imponiéndose por sobre el uso jurídico e histórico-cultural de los archivos—, además de uniforme y estable, respeta la singularidad de la entidad que crea y recibe los documentos. Para su aplicación, es indispensable conocer tanto los procedimientos administrativos como la evolución histórica del productor.

El archivero que ordena el archivo, y por consiguiente el usuario que efectúa allí sus propios estudios, debe buscar —para decirlo con Bonaini— no las materias, sino las instituciones. En otras palabras, o se reconstituye el orden originario, objetivo, “archivístico” del conjunto documental, o se modifica aquel orden y se disponen los documentos de cualquier otro modo, subjetivo, “antiarchivístico”; pero, en este caso, se destruirá la organicidad del archivo, que dejará de ser tal para transformarse en una simple colección de documentos (Lodolini, 1993: 171).

Según Michel Duchein (1976), el respeto a los fondos está tradicionalmente considerado, desde la segunda mitad del siglo XIX, como el principio fundamental de la archivística. En efecto, marca su nacimiento como disciplina técnica independiente porque, finalmente, había conseguido delimitar su objeto de estudio, el fondo documental, y formular la base metodológica para realizar las clasificaciones orgánicas. Es por su práctica que el archivista se distingue más netamente del bibliotecario por una parte y del documentalista por la otra.

## **Bajo el influjo de Ranke: el *registratorprinzip* o principio de la registratura**

A finales de siglo XIX, los historiadores prusianos Heinrich von Sybel y Max Lehmann propusieron un nuevo principio que complementaba al anterior: el *registratorprinzip* o principio de respeto al orden natural, según el cual los documentos de cada fondo debían mantenerse en el orden dado por las oficinas productoras y no en un orden cercano al usuario. Probablemente los objetivos perseguidos fueron, primero, conferir mayor racionalidad administrativa al recientemente unificado Estado alemán y, segundo, encontrar un criterio diferente al de la organización temática, que beneficiara a los historiadores simplificando sus búsquedas. Según este principio, el archivo debía reflejar a la institución productora tal como era efectivamente, y no como se suponía que hubiera debido ser.

Sybel venía de escribir algunos ensayos sobre Edmund Burke y una extensa historia sobre la Revolución Francesa, *Geschichte der Revolutionszeit von 1789-1795* (c. 1853-1879). Después de pasar largas temporadas en la capital francesa, consiguió demostrar la falsedad de un epistolario que se le



había atribuido erróneamente a la reina María Antonieta. En 1856, Ranke lo recomendó como profesor universitario en Múnich, donde dictó seminarios a la manera de su maestro y, además, llegó a dirigir la revista especializada *Historische Zeitschrift*. En 1875, Bismarck le encargó la dirección de los Archivos Prusianos. Allí se encontró con fondos mezclados que carecían de un sistema uniforme de clasificación. Para resolver este problema, el 1° de julio de 1881, uno de sus subordinados, Max Lehmann, concluyó la redacción de una circular que contenía una serie de regulaciones basadas en los principios de procedencia y de orden originario.<sup>8</sup>

El término *Registratur* o “registratura” se había utilizado tradicionalmente en Europa central para denominar una práctica administrativa que consistía en registrar cada documento con un número de inventario correspondiente a un esquema metodológico llamado *Aktenplan* (plan de actos administrativos). Básicamente, se anotaba la entrada y salida de cada documento desde la oficina productora, de acuerdo a su tramitación corriente:

La *Registratur* es una parte de una oficina en la que el material documental, que se ha formado en el transcurso de una actividad institucional, es depositado según una determinada ordenación, de modo que puede ser encontrado en cualquier tiempo para ser reutilizado a los fines de dicha actividad (Brenneke cit. por Lodolini, 1993: 32).

---

8 En algunos lugares de Europa, como los Países Bajos y hasta la propia Alemania, el principio de procedencia contribuyó a reparar el daño que provocaron las Guerras Napoleónicas. Muchos archivos de los países ocupados habían sido saqueados y una parte de sus acervos —alrededor de 12.000 documentos— conducida a París, donde Napoleón esperaba fundar un repositorio central europeo para ponerlo al servicio de la investigación histórica. El artículo núm. 31 del Acuerdo de Paz de París exigió la devolución inmediata de las piezas usurpadas. Rastrear a los propietarios de cada una ellas hubiera sido imposible si no se identificaba antes al productor original.

El *Registraturprinzip* o “principio de la registratura” asegura el mantenimiento —y en caso de que sea necesario, el restablecimiento— del orden originario que la oficina productora le había asignado al documento. La voz *Provenienzprinzip* equivale, entonces, al principio francés de procedencia, contraponiéndose al *Pertinenzprinzip* o principio de pertenencia (ordenación territorial o por materias), una práctica de ordenamiento por jurisdicciones, tópicos o soportes que había sido habitual en los archivos alemanes antes del siglo XIX.<sup>9</sup>

Es paradójico que mientras algunos historiadores positivistas seguían deslumbrados —e incluso obsesionados por el documento como pieza de colección, aislado del conjunto e individualizado, definido solo por su finalidad histórica y reunido exclusivamente por coincidencia temática—, otros, en procura de un sistema de clasificación objetivo, introducían los dos principios rectores que le dieron a la Archivística el carácter de disciplina científica. Así lo explicaba Posner (1986: 10):

Parece irónico que uno de los cambios trascendentales en la teoría y la práctica de archivos fue hecho por un hombre para quien la profesión de archivos era solamente una segunda tarea. En el discurso inaugural de Lehmann ante la Academia Prusiana de Ciencias, enfatizaba la importancia de los archivos para la investigación, ya que toda investigación en la historia moderna debe comenzar en los archivos y es por esto que el archivista que realiza su labor con un alto sentido de responsabi-

---

9 “Before 1808, single subject files were typical. Thereafter, the volume of records increased rapidly, and collective records relating to many subjects became common. Subject classification appeared to facilitate user access to the rapid accumulation of archives, and it was championed by secondary users such as historians” (Brichford, 1989: 58).

lidad tendrá ventajas sobre sus compañeros que solo visitan los archivos ocasionalmente.

En lo que todos coincidieron fue en la sobrevaloración del documento escrito, que inmediatamente reemplazó al testigo y a todo aquello que hasta ese entonces solo se había conservado en la memoria colectiva. A fin de divulgar las últimas novedades, pronto aparecieron varias publicaciones especializadas, entre ellas, las revistas *Zeitschrift für Archiv und Registraturwissenschaft*, dirigida por Paul Österreicher e iniciada en 1806; *Zeitschrift für Archivkunde, Diplomatie und Geschichte* de Ludwig F. Hoefler en 1834; *Zeitschrift für die Archive Deutschlands* de Friedrich T. Friedemann en 1850 y, finalmente, *Archivalische Zeitschrift* de Franz von Löhner en 1875.

## La "biblia" de los archivos: el Manual holandés de 1898

Antes del siglo XIX, al igual que en el resto de Europa, los archivos de los Países Bajos habían funcionado principalmente como repositorios legales o como soportes de las actividades administrativas del Estado. Pero después de la revuelta política de 1795, que transformó a la República Bátava en un Estado dependiente de la Primera República francesa, los documentos adquirieron el carácter de fuente para el estudio de la historia de las ciudades holandesas. Los archivos fueron la clave del proyecto liberal nacionalista, lo que provocó la sustitución del modelo legal-anticuario por el histórico-anticuario. Al principio, los primeros archivistas consideraron equivocadamente que la comunidad, ya sea la ciudad o la provincia, era el productor del fondo. Archivos de diferentes

comunidades no podían juntarse. Hecha esta separación, se adoptaba un orden cronológico. El método aplicado, que socavaba el orden original en beneficio del documento individual, impedía una visión general del archivo y además requería de un trabajo excesivamente minucioso que demandaba mucho tiempo.

La nueva generación de archivistas holandeses, reunidos a partir de 1891 en un cuerpo de profesionales identificados con el acrónimo VAN (*Vereniging van Archivarissen in Nederland*), no solo cuestionó estas viejas prácticas, sino que subrayó aún más un concepto clave para comprender a los archivos: la organicidad del fondo. En otras palabras, la pieza solo adquiriría valor en el interior del conjunto al que pertenecía y dispuesta según el criterio que había determinado el productor en el cumplimiento de sus funciones. Su revista especializada, *Nederlandsch Archievenblad*, fue el antecedente del famoso tratado que se publicó en la ciudad de Haarlem con el título *Handleiding voor het ordenen en beschrijven van archieven*, más conocido en todo el mundo como Manual holandés.<sup>10</sup> Con el tiempo, el libro fue traducido al alemán (1905), italiano (1908), francés (1910), inglés (1940) y portugués (1960).

En esta obra, Samuel Muller, Johan Feith y Robert Fruin sistematizaron las bases de la Archivística moderna, actualmente denominada custodial, con la intención de ordenar conocimientos previos, consolidar metodologías, definir un discurso unívoco y consensuar un vocabulario propio. Los tres eran expertos en archivos medievales

---

10 "In the first volume of *Archievenblad*, the state archivist in Drenthe, Seerp Gratama, published a number of basic principles that were to form the core of the new theory and that can in part be found, almost word for word, in the later *Manual*. Following the example set by Muller, he arrived at a definition of the concept archive as an 'organic whole', the 'sediment of actions' of the entity forming the archive. He first penned the metaphor that 'the skeleton of an archive consists of the protocols, in which the actions of representatives are written down' " (Horsman, 2003: 255).

y en Diplomática. En tanto Feith y Fruin provenían del Derecho, Muller era un historiador positivista que conocía la teoría francesa gracias a la visita que realizó en 1873 a la *Ecole des Chartes*.

El Manual holandés está estructurado en seis capítulos en los que se exponen cien reglas. Esencialmente, abarca el origen y composición de los depósitos de archivo, la manera en que deben organizarse y describirse los documentos, la forma de elaborar inventarios y, por último, la normalización de la terminología. En el prefacio, los autores advierten: “El libro es tedioso y meticuloso. El lector está avisado”. El Manual define al archivo como el conjunto de documentos, escritos, dibujos y materiales impresos, oficialmente producidos o recibidos por un cuerpo administrativo o una de sus oficinas, apelando a una metáfora biológica. El archivista trabaja de la misma manera que el paleontólogo, que con paciencia va reconstruyendo el esqueleto de un mismo espécimen a partir de sus huesos. Una colección de archivo es un todo orgánico, cuya individualidad debe ser respetada. Así como ningún fósil se monta con huesos ajenos, el fondo de archivo no se constituye con piezas desagregadas pertenecientes a distintos cuerpos administrativos, lo que permite diferenciar un fondo de una colección arbitraria de documentos. Si el fijismo biológico trasladado a los archivos había incentivado la estática clasificación por materias, el evolucionismo darwiniano le otorgó a los fondos documentales el carácter de “organismo vivo”, que desde su nacimiento, pasando por su crecimiento y desarrollo, hasta su extinción, devolvía la imagen de la organización que los había creado.

Todavía en el siglo XX, el archivista británico Hilary Jenkinson juzgaba que el Manual holandés había sido la “biblia de los archivos”. Hacia 1922, Jenkinson publicó su propio trabajo. El *Manual of Archive Administration*, un

tratado sobre teoría y práctica archivística, fue el resultado teórico de la tarea que desarrolló con los fondos y las series cerradas de la administración pública imperial. Constaba de una introducción general, de una exposición sobre el origen y desarrollo de los archivos, de consideraciones sobre la guarda de los documentos y de reflexiones acerca de los archivos modernos. Al final analizaba los métodos de producción, registro, descripción y distribución documental.

Para Jenkinson, los documentos eran esencialmente evidencias:

The archivist's career is one of service. He exists in order to make other people's work possible [...] His Creed, the Sanctity of Evidence; his Task, the Conservation of every scrap of Evidence attaching to the Documents committed to his charge; his aim to provide, without prejudice or afterthought, for all who wish to know the Means of Knowledge. The good Archivist is perhaps the most selfless devotee of Truth the modern world produces (1922: 106).<sup>11</sup>

El archivero debía reverenciar la “verdad”, sin caer en la tentación de alterar el todo orgánico. Terry Cook asoció este dogma con las bases empíricas del positivismo historiográfico. En efecto, Jenkinson insistía una y otra vez en el carácter imparcial e incuestionable del documento. Pero, pese a su historicismo —por momentos recalcitrante— juzgaba que historiadores y archiveros eran bien diferentes.

---

11 “La profesión del archivero es de servicio. Existe con el fin de hacer posible el trabajo de los otros [...] Su Credo, la Santidad de la Evidencia; su tarea, la conservación de cada fragmento de evidencia unida a los documentos entregados a su cargo; su objetivo es proporcionarlos, sin prejuicios ni ideas adicionales, a todos los que deseen conocer aquellos recursos para su comprensión”. [Traducción de los autores].

Mientras el rol de los primeros era activo, el de los segundos era pasivo. Los unos investigaban, en tanto que los otros se limitaban a conservar y a asistir, imposibilitados de intervenir en el proceso de clasificación de los documentos, que constituían un subproducto natural de la administración que los había gestado y la prueba más inequívoca de sus actos y transacciones. Hasta relevó a los archivistas de la posibilidad de participar en los procesos de selección, que delegó en las instituciones productoras, condenando a sus colegas a trabajar con fondos cerrados, vale decir, producidos por organismos extintos.

Este modelo, denominado actualmente custodial-patrimonialista, se asentó en la creencia de que el profesional de los archivos debía encargarse prioritariamente de la custodia física y legal ininterrumpida de documentos tangibles y auténticos, a los efectos de registrar las acciones de sus creadores y con fines de investigación. Su gran aporte fue considerar a los archivos en su totalidad, o sea, como un sistema cuyas partes solo adquieren valor en su conjunto y en el que los fragmentos dispersos no garantizan la praxis de la clasificación y el ordenamiento. Si bien esta visión holística de los archivos fue introducida por algunos historiadores positivistas, los más siguieron obstinados en sobrevalorar la pieza individual, disociada de su contexto de producción. No obstante, justo es reconocer que al menos hasta 1910, cuando un congreso de la profesión celebrado en Bruselas lo declaró inaceptable y “antiarchivístico”, los propios archiveros no abandonaron del todo el principio de pertinencia y continuaron sosteniendo que era factible organizar físicamente los archivos de acuerdo al asunto.





## Capítulo 2

# La literaturidad de la representación historiográfica

### La obsesión de la Historia por lo “real”

La discusión en torno a cuánta literatura podía soportar el discurso historiográfico sin arriesgar el conocimiento de la verdad, no es nueva. Existe un acuerdo general de que los estudios históricos están atravesados por tres operaciones principales, a saber: la documental o archivística, la explicativa y la escrituraria. La primera se refiere al modo en que se accede al conocimiento de los hechos, ya sea a través de atestaciones orales o escritas, testigos oculares, crónicas, libros, documentos o archivos de cualquier índole. La segunda corresponde al momento en el que el historiador construye y explica los hechos, haciendo inteligible aquello que ha investigado previamente. Finalmente, el proceso se cierra con la fase escrituraria, o con lo que Paul Ricoeur (2004: 117) denominaba *representación histórica*, es decir, con “la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia”.

Privilegiando la tercera etapa, el teórico y crítico inglés Raymond Williams definía a la Historia como “una descripción narrativa de los acontecimientos” (2003: 161). Etimológicamente, este vocablo de origen latino proviene del griego *historéin* (ιστορεῖν)<sup>1</sup> que significa *investigar*. Así lo entendió Heródoto (484-425 a.C.), para quien la historia era una forma de indagación sobre el pasado. A los resultados de esta pesquisa, le seguía la exposición de los conocimientos adquiridos con antelación. Quizá lo más atractivo de la definición que ofrece Williams radique en la distinción entre las voces inglesas *history* y *story*. “En el uso inglés original, historia y relato [story] (la forma alternativa, derivada en última instancia de la misma raíz) se aplicaron a una descripción de hechos imaginarios o de sucesos supuestamente ciertos” (*ibid.*). Lamentablemente, esta diferenciación lexicográfica es ajena al idioma español y, en general, a todas las lenguas latinas. Con el tiempo, el término inglés *history* se circunscribió a la exposición de los hechos reales del pasado, mientras que el término relato o *story* quedó reservado para aludir a las descripciones de sucesos imaginarios. Si se acepta esta separación conceptual, queda absolutamente claro que la Historia no es literatura. La distancia prudencial que debían guardar entre sí los estudios históricos y las “bellas letras” formó parte de la disciplina desde sus orígenes —el discurso histórico es en sí mismo ambivalente y aparece siempre tironeado entre lo real y lo ficticio—, y no fue, como a menudo se cree, una responsabilidad exclusiva del positivismo y de su obsesión por imprimirle a la Historia un carácter científico similar al que detentaban las ciencias experimentales, como si estas

---

1 “La palabra ‘historia’ —del griego *historié*— significaba originalmente averiguación, investigación y este fue el sentido que Heródoto le dio cuando en su prólogo señaló que iba a presentar el ‘resultado de sus averiguaciones’” (Balmaceda, 2013: 11).

se fundaran en el puro empirismo y no elaboraran también sus propios discursos.

Cicerón calificó a Heródoto como el “padre de la Historia” porque entendía que no fue un narrador de leyendas, sino que había intentado componer un relato con aspiraciones de veracidad, aunque obligadamente concebido a partir de cortes sucesivos en el género literario. En efecto, en los nueve libros de la *Historia* (c.430 a.C.), Heródoto procuró adquirir conocimiento por vía de la indagación para demostrar la desaparición de las huellas de la actividad humana o, como afirmó François Dosse (2003: 11), para domesticar a la muerte socializándola. Por un lado, el uso de su propio nombre instituyó un nuevo sujeto de conocimiento, el *historiador*. Por el otro, lejos de lo que sucedía en la epopeya, los personajes de la Historia no eran ni los dioses ni las musas. Tampoco los animales (la historicidad del caballo Bucéfalo está atada a Alejandro, mientras que la del perro Argos depende de su propietario Ulises). Tanto el autor como el protagonista del relato histórico es el hombre. Pensar y concebir la historia implica también pensarse y concebirse en el tiempo y como tiempo. Pero no se trata de un tiempo cualquiera. Marc Bloch (1974) enseñaba que era difícil imaginar una ciencia, sea la que fuere, que pudiera hacer absoluta abstracción del tiempo, pero que muchas de ellas apenas lo dividían en fragmentos más o menos homogéneos que no significaban más que una medida. La Historia, por el contrario, solo se ocupa del tiempo humano, que comenzó a gestarse en la polis ateniense del siglo V y que nada tiene que ver con los tiempos repetitivos y cíclicos de la naturaleza que se mencionan, por ejemplo, en *Los trabajos y los días* de Hesíodo:

La creación de un espacio público es también la creación de un tiempo público. El tiempo público como

tiempo social opuesto al tiempo privado, es decir, al sistema de referencias temporales que vale para todos, que escande la vida de la sociedad, que le permite articularse en la diacronía —retorno de las siembras y las vendimias, festividades religiosas rituales, ceremonias de aniversarios, ese tiempo social, marcado por la repetición—, existe desde luego en todas las sociedades. Pero hay creación de un tiempo público sustantivo cuando la comunidad, más allá de la repetición, hace suyos los acontecimientos de su pasado a la vez que se proyecta colectivamente, de manera más o menos explícita en un porvenir (Castoriadis, 2012: 148).<sup>2</sup>

Para producir una sensación de objetividad, Heródoto apelaba a la tercera persona: “Heródoto presenta aquí los resultados de su indagación, a fin de que el tiempo no suprima los trabajos de los hombres y para que las grandes hazañas, así de los griegos como de los bárbaros, no caigan en el olvido”. Pero es evidente que sus esfuerzos por establecer una separación radical entre el narrador y el asunto narrado no fueron del todo convincentes. Algunos siguieron

---

2 Según Castoriadis (2012: 149-150), esta clase de tiempo se percibe claramente en la oración fúnebre que Pericles les dedicó a los combatientes de la Guerra del Peloponeso: “Cuando elogia a los guerreros caídos [...] alaba antes a la polis, Atenas, porque los méritos de la ciudad justificaban que los ciudadanos den la vida para preservarlos. Atenas ha hecho de ellos lo que son y es justo que los ciudadanos le retribuyan. Pericles enumera todas las características que hacen de Atenas un ejemplo para Grecia y menciona, en primer lugar, el aporte de las generaciones sucesivas en la construcción de la ciudad, reconoce la tradición como una tradición explícita: Atenas es a la vez el sujeto de una creación humana y esa misma creación humana. Como es evidente, la generación presente participa en esa autocreación, y en este punto el tono del orador es de un orgullo bastante fantástico, muy justificado por lo demás: todas las cosas de que la ciudad puede enorgullecerse las hemos realizado nosotros, *heméis*, que estamos en la adultez. Se abre así, aunque Pericles no lo diga explícitamente, un proyecto de futuro que no es de manera visible la pura y simple repetición de lo que ya se ha hecho. Pues ese *heméis*, ese *nosotros* que es la unidad de la polis, el referente político que él toma del pasado para traerlo hasta el presente, da acceso necesariamente a un porvenir que también será autocreación y no fatalidad ni programa a cumplir”.

tildándolo de fabulador (*homo fabulator*). Aristóteles calificó a su *Historia* como un tejido de embustes, en tanto Plutarco le dedicó fuertes reproches en un tratado cuyo título contiene hasta una desacreditación moral, “Sobre la malignidad de Heródoto”, incluido en las *Obras morales y de costumbres*. Ambos lo responsabilizaron por sacrificar la verdad en pos de entretener al auditorio y conseguir la adulación de los lectores:

Padre de la historia [Heródoto], se convierte igualmente en padre de las mentiras. Este paralelo puede parecer paradójico si se lo asimila a la figura del oxímoron: el mentiroso veraz, no obstante lo cual, el historiador François Hartog señala que en la fórmula se muestra la gran abundancia de relaciones indisociables entre historia y ficción (Dosse, 2003: 16).<sup>3</sup>

Tucídides (c.460 a.C. – c.396 a.C.) también se encargó de denostarlo. Rechazó su estilo de escritura y juzgó insoportable que construyera ficciones allí donde existían faltantes testimoniales o documentales. Definitivamente, las “bellas palabras” no conducían a la verdad. El autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* tenía en mente una historiografía mucho más austera que fuera capaz de despojarse de mitos y artificios subjetivos:

Al exponer su método al comienzo de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (verso 430), Tucídides lleva la contraria a Homero y Heródoto. En el primero solo se

---

3 Heródoto también vacila y duda ante ciertas fuentes históricas: “No me ha sido posible obtener informaciones precisas sobre la cantidad de población escita y he escuchado juicios ‘muy diferentes’. Lo que se ha interpretado como un signo de amateurismo o una prueba de tolerancia también puede leerse como una prudencia metodológica. La expresión de la duda, confesión de la falta de certeza, es una especie de autocontrol crítico” (Jablonka, 2016: 151).

debe confiar con parsimonia, porque lo adornó y embelleció todo “como poeta que era”. El segundo brilló en los Juegos Olímpicos con “fragmentos pomposos”, para satisfacción de un instante (Jablonka, 2016: 29).

Si Tucídides, al igual que Heródoto, creía que la argucia de eliminar al sujeto narrador podía favorecer una exposición de los hechos que encauzara el relato historiográfico hacia un horizonte de credibilidad, a diferencia de su predecesor no estaba interesado ni en el aplauso de los espectadores ni en cautivar con su prosa. Estaba seguro de que la aspereza narrativa podía mantenerlo a salvo de la elocuencia del historiador-poeta. También le hacía otro cuestionamiento. Esta vez, concerniente a las fuentes. En una época en que la palabra oral ejercía más autoridad que la palabra escrita, en que la verdad estaba del lado del testigo directo y en que lo visual era mucho más potente que lo auditivo, Tucídides increpaba a su adversario por dejarse llevar por habladurías que no se había molestado en comprobar personalmente. “Solo hablo como testigo presencial o después de hacer una crítica tan cuidadosa y completa como sea posible de mis informaciones” —se justificaba—, lo que, por un lado, le permitía situarse en un lugar de autoridad que invalidaba cualquier criterio contemporáneo o futuro diferente al suyo y, por el otro, le possibilitaba sostener la ilusión de que los hechos hablaban por sí mismos, con prescindencia del escritor. Aunque este recurso pudo haberle proporcionado mayor confiabilidad, también lo sentenció a historiar exclusivamente el tiempo presente.

Historia y literatura no podían compartir los mismos fines, alegaba otro historiador griego. Polibio (c.208 a.C–c.128 a.C) estaba convencido de que “el poeta trágico busca excitar y encantar a su audiencia por un momento expresando discursos verosímiles a través de sus personajes, pero la tarea

del historiador es instruir y persuadir a estudiosos serios a través de la verdad de las palabras y acciones que presenta, y este hecho debe ser permanente y no temporal”. El fin último del historiador no era la invención sino la *verdad*. El relato que producía emoción en el lector e inventaba no cumplía con aquello que se esperaba de la Historia. Así, Polibio le exigía al historiador instruir a su auditorio sin arrebatarlo con palabras “extraordinarias” y especulaciones sin fundamento.<sup>4</sup>

Al contrario de los griegos, la cultura romana fue mucho más permeable al fortalecimiento de la estructura narrativa. Lo consiguió por intermedio de la retórica, a la que juzgó necesaria para dispensar coherencia, orden y lógica a la escritura de la Historia, siempre y cuando su empleo no importara resignar la imparcialidad, el sentido de probabilidad y el sustento en la evidencia. Según Marco Tulio Cicerón (106 a.C.- 43 a.C.), la Historia era un género literario sustancial para el orador. Como “maestra de la vida” (*magistra vitae*) portaba un carácter ejemplificador. Debía impartir lecciones morales sin descuidar la verdad. El jurista aconsejaba no decir nada falso, evitar la arbitrariedad y el favoritismo, respetar tanto la secuencia cronológica como el orden de los acontecimientos, no falsear las fechas y explicar cómo sucedieron los hechos del pasado (Mesa-Sanz, 2015). Los acontecimientos tenían que ser localizados e interpretados; las

---

4 “La leyenda negra de Heródoto y la querrela de los trágicos sacan a la luz un ideal adosado a su contrario: la historia-verdad, sin diversión, y la historia-poesía, teatralizada y llena de seducciones mentirosas. De ese modo, Tucídides y Polibio hacen coincidir una epistemología y una estética: la historia no puede cautivar ni emocionar. Solo aspira a la austera verdad [...] Hay, sin duda, una diferencia entre el efecto gratuito y el episodio edificante, pero lo importante aquí es la regla que los historiadores se fijan para transgredirla al punto: nada de puesta en escena, nada de emoción, nada de espectáculo. Esta concepción, que anuncia la historia-ciencia, acarrea consigo una desconfianza hacia el lenguaje, la palabra autotélica, iridiscente; tan imbuida de su poder que llega a sustituir al mundo” (Jablonka, 2016: 30).

fuentes organizadas y clasificadas; los detalles seleccionados y probados; los sucesos reconstruidos y, por último, el texto final debía guardar correspondencia con los hechos.

La oratoria latina constaba de cinco fases: el estilo (*elocutio*), el orden (*dispositio*), la memoria (*memoria*), la dicción (*pronuntiatio*) y la invención (*inventio*). Sin duda, la más problemática para la historiografía era la *inventio*, pese a que el significado de este vocablo no es inventar, sino argumentar por medio de la creatividad. En el caso de la reconstrucción del pasado, habilita un justificativo posible para la imaginación. Ante los detalles omitidos por las fuentes, el historiador no tiene otra alternativa que ocupar los espacios vacíos con inventiva, siempre que lo haga de manera medida y cuidando de no despegarse por completo de la verdad. Pero la *inventio* puede ser una “maliciosa” tentación. Compensar lo que falta en aquello que “debió haber pasado” exigía un amplio dominio de la retórica. Siempre se corría el riesgo de traspasar el límite de lo verdadero para adentrarse en un terreno minado de efectos poéticos o artísticos. La ubicuidad de la *inventio* preocupó a más de un historiador, porque los excesos de la retórica también podían deslucir el “cutis” de Clío haciéndolo irreconocible.

Desde la Antigüedad y hasta el siglo XIX, la historia intentó vanamente emanciparse de los otros géneros literarios y escabullirse de los dominios de las Bellas Letras.<sup>5</sup>

---

5 “Antes del siglo diecinueve, la relación entre la escritura histórica y la escritura literaria no era problemática. Desde Aristóteles, se pensaba que, aunque tanto la historia como la escritura imaginativa eran artes retóricas, lidiaban con diferentes cosas: la escritura histórica era acerca del mundo real mientras que la ‘poesía’ era acerca de lo posible. Durante el siglo diecinueve, sin embargo, el concepto de historia fue reformulado, la conciencia histórica fue por primera vez teorizada, y el moderno método científico de investigación histórica fue inaugurado. La historia ya no era el pasado o los relatos sobre el pasado, sino que ahora se la identificó como un proceso, una dimensión de la existencia humana, y una fuerza para ser controlada o ante la cual sucumbir. Durante la misma época, el que anteriormente había sido llamado discurso o *belles lettres* fue sometido a reconceptualización. Ahora la escritura literaria —tal como era practicada por Balzac



Las fronteras de la “República de las Letras” eran difusas: gramática, retórica, elocuencia, historia y poesía comparten, entrelazan y mezclan recursos similares. Aún más, en tiempos en que la profesionalización era inexistente. “En su larga carrera, la historia había sido escrita por aristócratas, monjes, humanistas y políticos en su tiempo libre” (Aurell y Burke, 2013: 221). Por si esto fuera poco, la literatura se atribuía todos los “bellos textos”, no tanto para acumular saberes, sino más bien para justificar su superioridad intelectual sobre el resto. Porque, al fin y al cabo, ¿no es todo literatura?

Pero es innegable que las tensiones entre escritura e historia se hicieron más evidentes con la llegada del positivismo. Era la hora de la ciencia. La Historia se dispuso a romper con las conjeturas y procuró acercarse al empirismo que, en rigor, se adaptaba mucho mejor a las ciencias de la naturaleza que a las humanidades, y terminó por apropiarse de un paradigma científico que le proponía observar prudentemente los hechos, rechazar la metafísica, repudiar las teorizaciones no cotejadas, y evaluar y criticar las fuentes. El objetivo: darle la palabra a los hechos para que hablaran “por sí mismos”. El historiador tenía prohibido entrar en polémicas y especulaciones. De la misma manera en que el químico se refugiaba en el laboratorio, el historiador se aislaba en el archivo, con la única colaboración de las ciencias auxiliares, entre otras, de la archivística, la paleografía, la diplomática, la bibliotecología y la museología.

Así surgió un nuevo ideal de objetividad que se sustentó en el giro documental o archivístico y en la profesionalización e institucionalización de la disciplina. Pronto se crearon titulaciones, programas y planes de estudios específicos en

---

y Flaubert, Dickens y Scott, Manzoni, etc.— fue disociada de la tarea de reunir las dimensiones inconscientes o latentes de la realidad humana. Ahora, la literatura se volvió lo otro de la realidad que los historiadores nunca reconocerían y desarrolló técnicas de escritura que socavaron la autoridad del estilo de escritura realista o simple favorecido por la historia” (White, 2011: 203).

ámbitos académicos, especialmente en Alemania; se fundaron academias de historia y cuerpos facultativos de archiveros y bibliotecarios, como la Escuela Superior de Diplomática Española; y aparecieron publicaciones científicas, entre ellas, voluminosas historias nacionales como la *Monumenta Germaniae Historica* (1833), la *Historia de Inglaterra* (1848) de Thomas Macaulay y la *Historia general de España* (1850-1867) de Modesto Lafuente y Zamalloa, además de revistas especializadas como la alemana *Historische Zeitschrift*, la francesa *Revue Historique* y la italiana *Rivista Storica*. Los grandes archivos nacionales se abrieron gradualmente a la consulta de los investigadores y se transformaron en una especie de tienda de insumos destinados a la producción de las memorias nacionales, que habrían de permitirle a las naciones diferenciarse documentadamente las unas de las otras.<sup>6</sup> Una vez conseguidos estos factores de diferenciación, la Historia se introdujo en las aulas como un catecismo laico para inspirar en los niños y jóvenes la idea de Patria. Una nueva religión, pero ahora secular, se dispuso a reemplazar a las desacreditadas religiones tradicionales.

Leopold von Ranke (1795-1886) fue, sin duda, la figura más emblemática del proceso de profesionalización de la Historia. Nacido en la pequeña localidad prusiana de Wiehe, recibió una formación basada en las culturas clásicas y en la tradición luterana, que completó después en la Universidad de Leipzig, donde se graduó en estudios clásicos, teológicos y filológicos. Las novelas de Walter Scott motivaron su interés por los estudios históricos. Desconfiaba de su veracidad y creyó conveniente compulsarlas con documentos de archivo, a los que terminó juzgando más

---

6 "Jacques Le Goff nos ha recordado que los incipientes depósitos documentales se crearon en el setecientos, pero que el primero entre los grandes, el que dio lugar a los Archives Nationales de Francia, no se instituyó hasta 1794, mientras que el Public Record Office de Londres no sería organizado hasta 1838 y el Archivo Histórico Nacional español se retrasaría hasta 1866" (Pons, 2013: 167).

bellos e interesantes que las propias novelas.<sup>7</sup> “At most, it seems, the comparison between Scott’s novel and the authentic sources confirmed Ranke’s idea that the latter were, as he writes in one of his autobiographical sketches, more beautiful and interesting than any product of purely literary imagination and representation” (Braw, 2007: 51). A nivel historiográfico, el autor que más influyó en sus obras fue Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), que escribió *Römische Geschichte* (1811-1832) —*Historia Romana* en español— aplicando en su trabajo el método usado por las ciencias experimentales.

Como buen alemán del siglo XIX, Ranke estaba convencido de que las naciones mediaban las actividades de los hombres, por eso los principales temas que abordó fueron las relaciones políticas, bélicas y diplomáticas entre los países. Entre 1834 y 1836 publicó uno de sus estudios más importantes, *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten* (*Historia de los papas en la era moderna*), donde curiosamente tomó como objeto de análisis a la única entidad supranacional que existía en la Europa de su tiempo y que estaba situada en las antípodas de su formación luterana. Analizó la historia del Papado desde el siglo XV hasta la primera mitad del XIX. Criticada por la historiografía católica, en particular por Ludwig von Pastor, esta obra abundaba en componentes religiosos: “Sin llegar a defender el providencialismo agustiniano, [Ranke] entendía

---

7 Hayden White acota al respecto: “[...] la novela histórica, fue anatémizada por el decano de los historiadores profesionales, Leopold von Ranke, virtualmente desde el momento de su invención en manos de Sir Walter Scott. A partir de ese momento, la historia y la ficción nunca debían mezclarse, aun cuando los historiadores continuaron favoreciendo el modo narrativo de representación característico del mito, la fábula, la épica, el romance, la novela y el drama. En efecto, puede argumentarse que lo que Ranke y sus seguidores hicieron fue ‘novelizar’ la historia mientras la privaban tanto de las técnicas como de los recursos imaginativos de invención y representación los cuales desde entonces fueron exiliados al dominio de la ficción” (2010: 172).

que se puede encontrar a Dios en la historia cuando esta se reconstruye sin artificios, sin teorías ni concepciones preconcebidas” (Aurell y Burke, 2013).

Como antes lo había hecho Niebuhr, Ranke también se apropió del modelo epistemológico de las ciencias de la naturaleza, que en Europa gozaban de un prestigio creciente, lo que lo indujo a tomar contacto con la crítica documental formal y con las citas al pie de página que los padres de la Diplomática, Jean Mabillon y los monjes benedictinos, habían introducido en el siglo XVII. Alejada de los laboratorios convencionales, la historia “científica” solo se podía convalidar a través de los documentos. En consecuencia, el archivo se fue convirtiendo en el instrumento más perfecto para medir la confiabilidad del relato histórico. El tratamiento metódico de las fuentes primarias le daba al historiador tanto la materia prima indispensable para aproximar su discurso a “lo que realmente ocurrió”, como legitimidad frente a sus pares y lectores. *Wie es eigentlich gewesen* fue la principal máxima rankeana. Así y todo, en su *Historia de los papas*, el propio Ranke no se privó de irrumpir sin permiso en los laberintos más recónditos de la mente de Cristina de Suecia, cuyos pensamientos íntimos —obviamente— no aparecían en ningún registro documental, sino que surgieron de sus propias elucubraciones como historiador. No era el psiquiatra de la reina. Solo especuló lo que ella pudo haber pensado. No importa. Al menos en el plano formal y teórico discursivo, el archivo eclipsó a la imaginación y contribuyó a desvalorizar cada vez más los aspectos narrativos:

El paradigma del documento histórico era la consideración del testigo ocular de un conjunto de acontecimientos que, cuando eran correlacionadas con otras consideraciones y otras clases de documentos rela-

cionados con estos acontecimientos, permitían una caracterización de “qué sucedió” en algún dominio finito de ocurrencias pasadas (White, 2011: 204).

El giro archivístico (o *archival turn*) de Ranke cobró especial dinamismo en *Über die Verschwörung gegen Venedig* (1831), en español, *Sobre la conspiración contra Venecia*, producto del recorrido que emprendió entre agosto y diciembre del año 1830 por los principales archivos de Austria e Italia. En este estudio, presentó el célebre complot diplomático de 1618 entre la casa real española de Felipe III y la Serenísima República de Venecia, conocido como la “Conjuración de Bedmar”. Tanto las fuentes italianas como las españolas se habían recriminado recíprocamente el origen de la revuelta. O todas decían la verdad o todas incurrieran en falsedades. Ambas partes apelaban a los mismos argumentos, lo que acentuó la desconfianza de Ranke hacia la literatura secundaria que, por lo demás, sabía que históricamente había sido manipulada. Si el químico del siglo XIX dejó atrás la alquimia para confinarse en el laboratorio, el historiador cambió la fabulación por el archivo.<sup>8</sup> Ranke descubrió que el peor complot no estaba en la política veneciana de 1618 sino en las fuentes. Su intención fue mucho más allá de mostrar los hechos del pasado. En realidad, se dirigió a proponer una nueva metodología. Desde el inicio del libro, explicó las dificultades de su trabajo. Primero, los autores de algunas de las fuentes secundarias cometieron errores, a veces involuntarios, a veces deliberados. Segundo, muchos de los documentos no eran auténticos. Aunque varios de ellos habían sido falsificados con tanta delicadeza que hasta

---

8 “Only during his journey through Austria and Italy did Ranke fully convince himself that history and archival research were inseparable. In the archives he learned to view human history as a history of documents” (Eskildsen, 2008: 435).

imitaban los daños causados en el soporte por los insectos xilófagos, a él no lo iban a engañar. Tenía bajo la manga una formación filológica que lo ayudaría a identificar las piezas apócrifas y a desenmascarar el fraude.<sup>9</sup>

Este texto, si bien breve, contiene tanto las bases teóricas y metodológicas que desplegó en sus obras posteriores, como las lecciones que quiso legar a sus discípulos. El archivo era el único punto de partida posible para la producción del conocimiento historiográfico.<sup>10</sup> Sin el contacto personal e íntimo con los documentos, los historiadores estaban condenados a repetir tradiciones inventadas. La Historia se escribía en los archivos y con documentos. Además, la opción por los textos escritos le sirvió a Ranke para delimitar las fronteras entre la Historia y las otras disciplinas afines. Aquí se originó el *fetichismo* positivista por el documento, que el historiador francés Fustel de Coulanges se encargaría de llevar hasta la exasperación. Descartando de plano la interpretación, afirmó que la lectura de los documentos debía desecharse si se realizaba con ideas preconcebidas, porque la “única habilidad” del historiador era “[...] extraer de los *documenti* todo lo que contienen y [...] no agregarles nada que allí no esté contenido. El mejor historiador es aquel que se mantiene lo más próximo posible a los textos” (Cit. por Le Goff, 1991: 228). [En cursiva en el original].

---

9 “The first programmatic words of the book read: ‘The investigation, on which I venture, poses more than one difficulty. The authors, whom it concerns, often make unintended, and sometimes even deliberate, errors; many of the documents, which are presented to us, are not authentic; the actors themselves are faced with false as well as well-founded indictments. As I strive to recognize undeceived the authentic, and to discern the true course of these matters, it is my wish, to lead the reader out of this labyrinth and to a pure and satisfactory conviction’. Ranke began the book with ‘the first reports’, emerging in chronicles, letters, and printed pamphlets, shortly after the conspiracy had been exposed” (Eskildsen, 2008: 436).

10 “Ranke invita al lector a visualizar el archivo y a ponerse en su lugar, a imaginar que recorre el edificio, que pisa los mismos corredores, entra en las salas, revisa los estantes y siente la luz y el frescor del aire de agosto” (Pons, 2013: 169).

Pero el vínculo mágico entre el historiador y el archivo, eje de la historiografía rankeana, fue cuestionado impiadosamente, primero a partir de 1920 por la Escuela de Annales, y después, entre las décadas de 1960 y 1980, por un nuevo tipo de razonamiento historiográfico, el giro lingüístico. En el primer caso, los nuevos historiadores sembraron sospechas sobre las fuentes narrativas demasiado directas, abrieron el juego a las fuentes no textuales y propusieron una nueva crítica documental, esta vez, atinente al contenido. No obstante, resulta sorprendente que uno de los historiadores más notables de la Escuela, Fernand Braudel, acusara al positivismo precisamente de promover aquello que tanto denostaba: “La historia narrativa tan cara al corazón de Ranke nos ofrece [un] destello pero no iluminación; hechos pero no humanidad. Nótese que esta historia narrativa siempre dice relatar *las cosas solo como ellas realmente pasaron* [...]. De hecho por el contrario, en su propia manera encubierta consiste en una interpretación, una auténtica filosofía de la historia” (Braudel cit. por White, 2010: 68). Fue una suerte que Ranke, con toda su hostilidad hacia Hegel, no pudiera escucharlo. A diferencia de Braudel, los intelectuales del giro lingüístico censuraron a los positivistas por el pecado de subvalorar el lenguaje y privilegiar el documento. Barthes sostuvo que todo discurso histórico era una elaboración ideológica, es decir, *imaginaria*: el hecho histórico portaba una realidad extralingüística.<sup>11</sup> Lentamente,

---

11 “[...] el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica, o, para ser más precisos, *imaginaria*, si entendemos por imaginario el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) ‘rellena’ el sujeto de la enunciación (entidad psicológica o ideológica). Desde esta perspectiva resulta comprensible que la noción de ‘hecho’ histórico haya suscitado a menudo una cierta desconfianza. Ya decía Nietzsche: ‘No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho’. A partir del momento en que interviene el lenguaje (¿y en qué momento no interviene?) el hecho sólo puede definirse de manera tautológica: lo anotado procede de lo observable, pero lo observable —desde Heródoto,

frente a la narración, el documento fue perdiendo cada vez más vitalidad como sustento de la realidad objetiva.

## La imaginación autorizada: la novela histórica de Walter Scott y la preocupación por el estilo de Hugh Blair

Antes de pasar a considerar el género novela histórica, se debería precisar primero qué es una novela. Problema colosal: asociar en una misma oración el verbo “precisar” con el sustantivo “novela” parece, a primera vista, una tarea condenada al naufragio. No obstante, la teoría literaria nunca ha cesado de buscar definiciones tentativas para un tipo de narración tan compleja que, a la vez, es tan fascinante.

Lo primero que surge al mencionar la palabra novela es la idea de extensión: la novela sería entonces una larga ficción en prosa. Sin embargo, hay novelas en verso como *Eugenio Oneguín* de Pushkin. En rigor, la cantidad de páginas tampoco es un alivio para manejar esta incertidumbre. El *Gordon Pym* de Edgar Allan Poe ¿es un cuento largo, una *nouvelle* o una novela corta?, ¿cuál es el “patrón” exacto para medir la extensión de una novela?

Walter Ong (1997) observaba que, hasta donde se sabía, toda narración larga antes de principios del siglo XIX era más o menos episódica. Las primeras “novelas” en admitir este nombre, mostraban hechos enhebrados laboriosamente en torno a un personaje o asunto, como sucede —por ejemplo— en *El Quijote*. La trama lineal que va alcanzando

---

para el que la palabra ya ha perdido su aceptación mística— no es más que lo que es digno de memoria, es decir, digno de ser anotado. Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertinencia del discurso histórico (en comparación con otros tipos de discursos): el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la ‘copia’ pura y simple de otra existencia, situada en el campo extraestructural, la ‘realidad’ ” (Barthes, 1994: 174).



un clímax —funcional también al relato historiográfico y una de cuyas iniciadoras fue la británica Jane Austen— recién adquirió una forma definitiva en las historias de detectives, donde se pueden percibir, todavía con mayor claridad que en los libros de la autora de *Sense and Sensibility* (1811), la tensión inexorablemente ascendente, el descubrimiento y la inversión exquisitamente logrados, y el desenlace perfectamente resuelto.

Aunque se conoce con bastante certeza cómo empezó, la novela no es fácil de delimitar. Peor aún, en algunos casos hasta puede convertirse en un “anti-género”. Una especie de texto caníbal que mezcla y devora a su antojo otras formas literarias (Eagleton, 2009). La novela se resiste al diccionario, tiene flexibilidad para adaptarse a los cambios estéticos y cierta permeabilidad para admitir, inclusive, fragmentos expropiados de otros géneros literarios. La novela combina casi todo lo que hay en el mundo. Tampoco se auto impone límites ni se elucida a partir de un referente externo. Más bien, disfruta de muchos otros textos, se apodera de ellos, los parodia, los desarma, los cita y los transforma. Todo aquello que se aproxima a ella puede terminar absorbido y neutralizado, inclusive la propia novela. James Joyce insistió lo suficiente con esa idea.

Ahora bien, dentro de esta clase de obra literaria casi indefinible, la novela histórica presume de sus propias lógicas. En principio, acota el tiempo de la acción, ya que siempre se sitúa en el pasado. Pero, ¿toda novela sobre el pasado es histórica? No. El enlace con la historia es lo que le permite exhibir su propia especificidad. Esta conexión viene dada por conducto de los *personajes*. El afamado poeta y bibliotecario británico, Philip Larkin, dijo que los poemas tratan más bien sobre uno mismo y las novelas sobre los otros. Frecuentemente, esos otros —en términos de novela histórica— tienen nombre y apellido reales. En medio de los

personajes ficticios que recorren la trama, deambulan los personajes reales salidos de los documentos y de la bibliografía, o sea, los sujetos identificables del pasado. Cuando la vida se desarrolla en el contexto de la historia, se está en presencia de una novela; pero cuando los personajes de la novela habitan el mismo mundo que los personajes históricos, lo que hay es una novela histórica.

Lukács (1966), uno de los primeros críticos del género, sostuvo que la novela histórica anterior a Walter Scott adolecía de la actuación de personajes históricos en la singularidad propia de una época. Una novela que se considere histórica tiene que manifestar precisión (*accuracy*) y cumplir con determinados mandatos de verosimilitud. El novelista histórico se asemeja al restaurador de tapices: teje y reconstruye la escena deteriorada por el paso del tiempo, con sus figuras, detalles, tramas y colores. Cada puntada recompone y actualiza lo perdido. Pero ninguna restauración puede reclamar una exacta identidad con el original dañado. Hoy es poco probable reparar un gobelino de Claude Audran III usando un hilo del siglo XVIII. El restaurador debe encontrar en el presente los materiales más afines para intervenir un objeto del pasado.

El novelista “restaurador” del pasado regenera el tiempo histórico, superando al archivo y apelando a personajes y a hechos que exceden la insignificancia del dato. A la masa amorfa de documentos le insufla vida, diálogos, sensibilidad y coherencia, por intermedio de su dominio narrativo y de su capacidad estética para captar el espíritu vital de una época que irremediablemente ha desaparecido. Al inicio de su novela biográfica sobre la vida del escritor H. G. Wells, el crítico literario David Lodge (2012) aclaraba que aquello que sucedía en su obra estaba basado en fuentes factuales. Su intención era presentar un retrato de personajes reales y de las relaciones entre ellos, siempre ciñéndose

a las fuentes. No obstante, algo les faltaba a los documentos, algo que Lodge iba a suplir con su “licencia de novelista”. Ciertamente, los archivos y libros consultados omitían todo lo que esos personajes pensaban, sentían y conversaban.<sup>12</sup> Las numerosas fuentes que citó al final de su libro solo le suministraron datos. Lodge proveyó todo el resto, imaginó lo que no estaba en el archivo. Por más que estuviera respaldado en documentos, su propio presente fue la clave principal para descifrar el pasado.

Algo parecido sucede en el relato historiográfico. La imaginación y el dato confluyen en un mismo espacio textual. Como afirmaba Le Goff (1983) en el prefacio de *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*: “La historia se hace con documentos y con ideas, con fuentes y con imaginación”. Solo las demandas externas separan un estudio histórico de una novela, y lo hacen en la medida en que modifican las exigencias sobre el grado de verdad. A la Historia se le reclaman más datos que imaginación, se le requieren las certezas del “archivo”. A pesar de este pedido de verdad, Collingwood argumentaba —con razón— que el historiador no puede construir una réplica exacta de los acontecimientos del pasado. No conoce de primera mano los hechos, sino apenas sus representaciones en documentos y en otros equivalentes simbólicos. “Moreover, the historian, according to Collingwood’s own testimony, may try to tell what *did* happen, but he can only reconstruct what *must have* happened” (Fleishman, 1971: 7).

---

12 “Nearly everything that happens in this narrative is based on factual sources [...] All the characters are portrayals of real people, and the relationships between them were as described in these pages. Quotations from their books and other publications, speeches, and (with very few exceptions) letters, are their own words. But I have used a novelist’s license in representing what they thought, felt and said to each other, and I have imagined many circumstantial details which history omitted to record” (Lodge, 2012: III).

Según Lukács, la novela histórica terminó de definirse a principios del siglo XIX. Posiblemente eligió esta fecha debido a su gran admiración por el *Waverley* (1814) de Walter Scott.<sup>13</sup> Este libro se centra en la vida de Waverley, un personaje envuelto en los levantamientos jacobitas, una sucesión de revueltas, rebeliones y guerras entre ingleses y escoceses que se prolongaron entre 1688 y 1746. Antes de sentarse a escribir, Scott revisó numerosas fuentes escritas y recogió testimonios orales.<sup>14</sup> Sin embargo, su literatura adquirió una legitimidad que fue más allá de la consulta de fuentes, y que obtuvo echando mano al amplio abanico de recursos que le suministró la novela realista del siglo XIX.

Este género funcionó casi como un cristal reflectante de la realidad: describía, analizaba, exploraba y devoraba incesantemente datos objetivos. Las obras de Balzac, Defoe, Dickens, Zola o Proust son *documentos* adecuados para nuestro sentido del mundo, decía Steiner (2002). De la mente del novelista fluía la sociedad en sus más diversas facetas y estratos, la percepción dramática del propio tiempo. Pero no eran momentos fáciles. El mundo se había tornado casi

---

13 "Suele afirmarse que Walter Scott es el padre de la novela histórica realista; y fue ciertamente Scott quien, merced a la fama que consiguió en toda Europa y América, que no desmerecería la que disfruta actualmente cualquier ídolo pop, jugó un papel fundamental en el reconocimiento de la novela como un género literario genuinamente 'serio'. Scott le confirió un prestigio y autoridad nuevos, de tal manera que, para consuelo de los críticos, la novela dejó de ser un género literario propio únicamente de mujeres soñadoras. Su novela *Waverley* logró la clase de éxito que envidiarían incluso las grandes estrellas literarias de hoy en día" (Eagleton, 2009: 127).

14 Al final del *Waverley*, Scott se disculpa por su mal manejo del idioma escocés, y describe cómo recibió esos testimonios orales y cómo construyó sus personajes ficticiales. "It was my accidental lot, though not born a Highlander (which may be an apology for much bad Gaelic), to reside during my childhood and youth among persons of the above description; and now, for the purpose of preserving some idea of the ancient manners of which I have witnessed the almost total extinction, I have embodied in imaginary scenes, and ascribed to fictitious characters, a part of the incidents which I then received from those who were actors in them. Indeed, the most romantic parts of this narrative are precisely those which have a foundation in fact".

ininteligible. Los espejos en donde todos se habían mirado y reconocido hasta ese momento lucían empañados y la razón prometía muy pocas respuestas. A pesar de que los cimientos de la cultura humana estaban tambaleándose, estos escritores consiguieron captar el pulso de la vida, más específicamente de la nueva vida que había surgido de la Revolución Francesa: el ascenso de la burguesía como clase social, junto a la imposición hegemónica de su particular visión cultural del mundo, el predominio del capitalismo como sistema económico y social, la emergencia de los nacionalismos, el crecimiento desordenado de las ciudades. La novela realista pudo salir de este atolladero y presentarse como una forma de lo pleno. Supo exactamente cómo fundar escenas y figuras que tuvieran la capacidad de dar cuenta de la novedad. Es más, hasta alcanzó un efecto de verosimilitud, y lo logró dándole un lugar esencial a los aspectos más prosaicos de la vida:

... la novela realista [...] ofrece información abundante acerca de diversos períodos, regiones y estratos sociales; destaca lo inesperado, lo fortuito y lo factual (*chosisme*); favorece la referencialidad; el hombre como producto de su herencia y su ambiente histórico y social (Taine); el énfasis está en lo habitual más que en lo excepcional [...] (Ankersmit, 2004: 278).

Simultáneamente, la novela realista actuó como respuesta cultural a un problema político. Novela y Estado nación convergieron, porque la primera permitió materializar en escenas y personajes cotidianos la abstracción que suponía el segundo. Como género popular tuvo éxito en representar un mundo fragmentado y heterogéneo, y pudo reaccionar a las rupturas y revoluciones que estaban desgarrando el tejido social. Una de las formas de desafiar

esta conmoción fue refugiarse en lo local. En el caso de Walter Scott, lo local era lo escocés:

Estas formas literarias constituían realmente el registro de una cultura fragmentada, de una identidad sometida a una crisis permanente y de una historia marcada por la destrucción y el expolio. Si Walter Scott desempeña un papel de tanta importancia en la simbólica empresa que supone la construcción de la nación, es, en parte, merced a su sentido de lo regional, de lo situado en los confines, de lo local, y no a pesar de ello. Scott se siente vinculado emocionalmente, y de un modo veraz, con estos enclaves amenazados; no desea ver cómo su especificidad cultural resulta aplastada por un Estado-nación moderno, uniforme y abstracto (Eagleton, 2009: 133).

El programa político de Scott se conjugó con su programa estético y cultural. Para dejar atrás los traumas del pasado colonial y la “barbarie” tribal, era indispensable construir una Escocia “ilustrada y moderna”, una nación “civilizada” y convenientemente asentada en los valores de la tolerancia, el progreso, la moderación y la libertad. Pero solo la escritura ofrecía alguna posibilidad de templar la crispada existencia escocesa, tironeada por dos realidades bien diferentes.<sup>15</sup> Particularmente podía disimular, y en algún punto hasta conciliar, las profundas divisiones entre las tierras altas y las tierras bajas (*Highlands* y *Lowlands*). Las *Highlands*, las tierras menos desarrolladas y marginadas, representaban la Escocia del pasado, la de los mitos, las tribus y los

---

15 “Scott’s problem has subsequently been described as typifying the ambivalence of Scottish writers toward the transition between agrarian tradition and capitalist modernity, as though this was a peculiarly Scottish phenomenon” (Fleishman, 1971: 38).

clanes, perpetuados en lo telúrico. Las *Lowlands*, por el contrario, ya habían sido alcanzadas por el capitalismo y, por lo tanto, pudieron participar con éxito del crecimiento industrial y económico. Edimburgo y Glasgow simbolizaron la Escocia educada e iluminada que adhería al liberalismo inglés y estaba lista para entrar sin turbulencias en el mundo moderno. Esta fractura social, cultural y territorial tuvo su origen el 16 de abril de 1746 en la dramática batalla de Culloden, un enfrentamiento cruento entre los jacobitas y la Casa de Hannover que, además de las bajas humanas, del aniquilamiento de clanes enteros a manos de los ingleses y de la cacería despiadada en contra de sus líderes, sumió a los escoceses en un abismo cultural. Se les prohibió su lengua vernácula y el uso de las famosas faldas (*kilts* y *tartans*) y de las gaitas (*bagpipes*). Escocia entera debía ser reformulada.<sup>16</sup>

Scott fue producto de un gran movimiento intelectual que tomó el nombre de Ilustración escocesa (*Scottish Enlightenment*) después de 1760. Desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII, la antigua Caledonia vivió una verdadera eclosión cultural, atada al desarrollo industrial de sus dos principales ciudades. Fue una época plétórica de creatividad artística, cultural y filosófica. Edimburgo fue apodada la “Atenas del Norte”. Desde el punto de vista arquitectónico, basta observar el edificio neoclásico de la Galería Nacional Escocesa (*National Gallery of Scotland*), un símbolo de la

---

16 Scott enfatizaba que no había existido en toda Europa un reino que hubiera cambiado tan bruscamente y en tan poco tiempo como el reino de Escocia: “There is no European nation which, within the course of half a century or little more, has undergone so complete a change as this kingdom of Scotland. The effects of the insurrection of 1745—, the destruction of the patriarchal power of the Highland chiefs,—the abolition of the heritable jurisdictions of the Lowland nobility and barons,—the total eradication of the Jacobite party, which, averse to intermingle with the English, or adopt their customs, long continued to pride themselves upon maintaining ancient Scottish manners and customs,—commenced this innovation. The gradual influx of wealth and extension of commerce have since united to render the present people of Scotland a class of beings as different from their grandfathers as the existing English are from those of Queen Elizabeth’s time”.

ciudad nueva. En el campo científico se destacaron John Napier, famoso por desarrollar los logaritmos; James Gregory, inventor del telescopio que lleva el apelativo de “gregoriano”; James Hutton, impulsor de la geología académica; James Hunter, artífice de la medicina experimental y fundador de la cirugía moderna; y Joseph Black, un físico-químico que revolucionó las teorías de la termodinámica. En filosofía, historia y economía sobresalieron David Hume, Adam Ferguson, William Robertson y Adam Smith. Los salones y las sociedades de estudios, junto con las universidades, cumplieron un rol transcendental en el florecimiento y la divulgación de las ciencias. Profesores, clérigos, juristas y catedráticos produjeron los textos más sobresalientes. A todos ellos los movía una curiosidad incesante y una enorme capacidad para descubrir y mejorar el mundo en el que vivían, valiéndose de los métodos racional y empírico:

Las universidades de Glasgow, St. Andrews, el Marischal College en Aberdeen, y principalmente, la de Edimburgo, constituyeron escenarios vitales para la generación y propagación de ideas ilustradas. Fueron los únicos centros en Gran Bretaña, y de los pocos en el mundo, donde podía obtenerse una educación integral y acceder a numerosas oportunidades formativas; sus aulas vieron nacer a médicos, profesores y científicos que adquirieron fama internacional. Su esplendor fue de tal magnitud que Thomas Jefferson en 1789 escribió en París que *no había sitio en el mundo que pudiera competir con Edimburgo* (Wences Simon, 2007: 17). [En cursiva en el original].

Siendo un joven abogado, Scott se unió a una sociedad de Edimburgo llamada *The Speculative*, de la que también participó Robert Louis Stevenson, el autor de *El extraño caso del*



*doctor Jekyll y el señor Hyde*, una novela inspirada presumiblemente en las disecciones de cadáveres que los médicos escoceses practicaban de forma más o menos clandestina.<sup>17</sup> Fundada en 1764, la sociedad estaba constituida por estudiantes, académicos e intelectuales y alentaba el intercambio de opiniones y conocimientos literarios, jurídicos y retóricos. Uno de los temas de debate fueron los estudios históricos y la necesidad de encararlos mediante el método inductivo. El pasado suponía realizar una reconstrucción anclada en el presente y en el marco de una civilización en constante progreso. Sin embargo, su abordaje no estuvo exento de elitismo intelectual. Unos pocos se arrogaron la potestad de seleccionar e interpretar algunos hechos en detrimento de otros. Valiéndose de la crítica, pretendieron liberarse de la autoridad de la tradición. Observar, comparar y analizar los hechos empíricamente, descartando las fuentes de dudosa procedencia, fueron las llaves de esta revolución historiográfica:

Los escoceses estaban seguros de que su aproximación histórica era empíricamente comprobable, incluyendo aquello que dedujeron mediante la práctica conjetural. Segundo, fue sistemática, ya que, por un lado, el respeto al método —habitualmente el de la comparación «siempre ha tenido un lugar central en la teoría social»— y a las fuentes antiguas y modernas fue, en la medida de lo posible, una práctica constante; y, por el otro, porque adaptaron al mundo social el concepto físico de la operación causa-efecto (Wences Simon, 2007: 38).

---

17 En un artículo de 1883, Stevenson (2005) aseguraba que la literatura había experimentado un cambio significativo con la incorporación del *detalle*. A continuación destacaba que el ciclo, inaugurado por Scott y profundizado por Balzac, al fijar su atención en las condiciones de vida de los hombres, permitió convertir el realismo en un género canónico.

Scott incorporó en sus ficciones los cambios historiográficos de principios del siglo XIX. Gracias a la apropiación de estos nuevos recursos, pudo leer con singular maestría la naturaleza del pasado histórico escocés. En sus novelas persiste el espíritu y la vida social de las *Highlands*. “Si Scott tiene algo de historiador, no es solo por situar *Ivanhoe* (1819) en la Inglaterra del siglo XII y dedicar *Quentin Durward* (1823) a un arquero de Luis XI. Es también por apoyarse en una documentación rica y variada para esbozar el telón de fondo de la intriga” (Jablonka, 2016: 57). Apenas toman contacto con su obra, los lectores intuyen que los hombres del pasado siguen con vigor, a pesar de la muerte y de la distancia temporal. Y esto fue así porque los personajes de sus libros están agujoneados por pasiones que fueron narradas a través de descripciones profusas, retratos detallados, escenas, acciones y diálogos. Scott se transformó en un cronista con el ingenio suficiente como para transportarse a sí mismo, y transportar a los otros, a una realidad ausente. Aquí radica su *invención*: se permitió comunicar las relaciones e intereses que escapaban a las fuentes. No es aventurado decir que hay más verdad en sus novelas que en la propia historia. “Lo que esta fábula [*Ivanhoe*] tiene de real y verdadero es el calor de la vida y la inteligencia del pasado, justamente las cosas de las que es incapaz la monótona erudición” (Jablonka, 2016: 59). Consiguió animar una historia medieval lejana, recurrentemente mancillada y conocida solo en sus fragmentos, exhumando al pueblo que yacía enterrado en el olvido, sin recurrir para ello a una escolástica aburrida y tendenciosa. Una sucesión de criaturas impregnadas de costumbres en extinción, con hábitos insulsos y miserias prosaicas, y hasta figuras estrafalarias como la del bufón, volvieron a la luz reelaboradas estéticamente, haciendo de su creador un gran coleccionista literario de seres anónimos y vulgares. Por detrás de la erudición bibliográfica

y del polvo de los documentos, emergía la bulliciosa masa de gente que había gobernado el pasado. Scott quiso ampliar las voces, tal vez porque pensó que la Historia también debía ser democratizada. Una de las claves para entender su singularidad reside en la construcción de personajes:

Los héroes de Scott tienen, en cuanto figuras centrales de la novela, una función enteramente distinta. Su misión consiste en conciliar los extremos cuya lucha constituye justamente la novela, y por cuyo embate se da expresión poética a una gran crisis de la sociedad. Mediante la fábula que tiene por centro de acción a este héroe se busca y se encuentra un terreno neutral en que se pueda establecer una relación humana entre las fuerzas sociales que se hallan en extremos opuestos (Lukács, 1966: 36).

A Scott no le interesaba el héroe romántico, no idealizaba personajes para esculpirlos en el mármol. Por su obra transitan los mediocres, los nuevos héroes que son los que en verdad dinamizan sus tramas. Eso sí, pacta con el lector grados de verosimilitud desterrando la visión mítica de sus protagonistas:

El carácter anodino de los héroes de Scott constituye, asimismo, una reacción de índole realista frente a la visión romántica del “gran hombre”. El realismo de Scott humaniza a estos personajes mitificados en exceso, poniéndolos en el lugar que les corresponde y volviéndolos más creíbles (Eagleton, 2009: 136).

Esta clase de héroe funcionó como un nexo entre los dos extremos políticos en pugna y reflejó las profundas heridas que la discordia había abierto en la sociedad escocesa.

Waverley es un noble provinciano y oficial inglés que presta servicios en Escocia, donde, por intermedio de amistades y romances, entra en contacto con los círculos rebeldes partidarios de los Estuardos. Por antiguas relaciones familiares, también mantiene vínculos con los hannoverianos, enemigos de los jacobitas. La posición de Waverley, por momentos ambivalente, simboliza la ambición de Scott por encontrar una alternativa a la lucha facciosa. En *Ivanhoe* se advierte la misma polaridad —en este caso— entre los sajones y los normandos, los dos pueblos que, tras una prolongada y muy laboriosa reconciliación, le dieron forma final a la identidad nacional inglesa.

Empero, no todos los protagonistas de los libros de Scott son gente común. De su obra también participaron las personalidades más influyentes de la historia británica: Ricardo Corazón de León, Juan Sin Tierra, Leonor de Aquitania, Oliver Cromwell, María Estuardo, que estuvieron allí, precisamente, para aportarle dimensión histórica a sus ficciones. No obstante, templó sus caracteres con la pretensión de que pudieran lucirse los personajes secundarios, insustanciales e insignificantes. A diferencia de Thomas Carlyle, no construyó héroes románticos de culto. Si incluyó algunos de ellos en la trama, no perdió la oportunidad de banalizarlos. En esto basó su objetividad. Sus novelas históricas son asimismo pedagógicas: se esforzó por demostrar las causas de las crisis, el origen de los conflictos y las reacciones sociales que provocaron. Los personajes históricos surgen *entre y desde* los hombres, lo que los vuelve mucho más humanos. De la misma manera, las crisis del pasado no son abstractas, tienen cuerpo y sangre. Todos padecen el mismo destino cotidiano de exasperación: padres e hijos, amigos y amantes, en fin, el conjunto de las relaciones humanas. Con este artificio, consiguió transmitirles vida y credibilidad:

La genialidad histórica de Walter Scott, inalcanzada hasta hoy, se manifiesta en la manera en que dispone las cualidades individuales de sus personalidades históricas dirigentes, por la que estas efectivamente resumen los lados positivos y negativos sobresalientes del movimiento en cuestión. Esta conjunción histórico-social de dirigente y dirigido está elaborada en Scott con una diferenciación extraordinariamente fina (Lukács, 1966: 41).

Otro autor que formó parte de la Ilustración escocesa fue Hugh Blair. Su manual, titulado *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783), analizaba la sintaxis, las figuras retóricas, los estilos y los géneros literarios. Blair publicó esta magnífica obra ni bien abandonó su cargo en la Universidad de Edimburgo. Como sospechaba que sus alumnos podrían plagiarlo utilizando los apuntes que habían tomado durante sus clases, decidió seleccionar 47 lecciones sobre el discurso escrito y organizarlas didácticamente. Articuló la perspectiva latina de Cicerón con la estética de lo sublime de Edmund Burke, uniendo de forma coherente y accesible cientos de años de retórica para que el buen gusto, la majestuosidad y la belleza pudieran dar forma al lenguaje, ya que llegar a dominarlo también era sinónimo de movilidad y de ascenso social.

Blair concebía la poética a partir del concepto neoclásico de imitación de lo posible. La representación ficticia de los acontecimientos no podía descuidar la verosimilitud:

In fact, fictitious histories might be employed for very useful purposes. They furnish one of the best channels for conveying instruction, for painting human life and manners, for showing the errors into which we are betrayed by our passions, for

rendering virtue amiable and vice odious. The effect of well contrived stories, towards accomplishing these purposes, is stronger than any effect that can be produced by simple and naked instruction; and hence we find, that the wisest men in all ages have more or less employed fables and fictions, as the vehicles of knowledge. These have ever been the basis of both epic and dramatic poetry. It is not, therefore, the nature of this sort of writing, considered in itself, but the faulty manner of its execution, that can expose it to any contempt. Lord Bacon takes notice of our taste for fictitious history, as a proof of the greatness and dignity of the human mind. He observes very ingeniously, that the objects of this world, and the common train of affairs, which we behold, going on in it, do not fill the mind, nor give it entire satisfaction. We seek for something that shall expand the mind in a greater degree: we seek for more heroic and illustrious deeds, for more diversified and surprising events, for a more splendid order of things, a more regular and just distribution of rewards and punishments, than what we find here: because we meet not with these in true history, we have recourse to fictitious (Blair, 2005: 421).

Blair comenzaba esta extensa cita atribuyendo a la ficción una finalidad moralizante. La literatura tenía que ser empleada para propósitos útiles (*useful purposes*), esto es, para resolver cuestiones externas a ella. A partir de la descripción precisa de la vida humana y de sus costumbres (*painting human life and manners*), podía ofrecer historias edificantes (*well contrived stories*) que producirían en los lectores el efecto de distinguir entre el vicio y la virtud. Valiéndose de su destreza literaria, el novelista conseguía codificar los consejos morales, evitando a la vez cualquier tono imperativo.

Los mensajes sutiles que transmitía la ficción, al carecer de mandatos conminatorios, concitaban una mayor aceptación. Blair no pretendía ser original. En todas las épocas, los hombres sabios habían utilizado la fábula o el relato ficcional para vehicular el conocimiento (*vehicles of knowledge*), lo que acabó por sentar las bases de la épica y de la poesía dramática.

Al igual que Bacon, consideraba que escribir era un acto moral digno y magnánimo. Sin embargo, la ficción podía fracasar si el lector no conseguía relacionar la advertencia moral contenida en el artefacto literario con su vida cotidiana. Por eso, el escritor estaba obligado a convencer, recurriendo a una literatura verosímil y pedagógica que fuera capaz de exhibir la justa regulación entre premios y castigos. Así, podía lograr que la mente se expandiera (*expand the mind in a greater degree*). Es más, la literatura podía hacerlo mucho mejor que la Historia, porque las técnicas que proporcionaba la retórica eran mucho más eficaces y poderosas en el arte de la persuasión que la historia verdadera.

## El retorno de la narrativa

No cabe duda de que cualquier aproximación al conocimiento histórico resulta improbable con prescindencia de la narratividad.<sup>18</sup> Entonces, el historiador, ¿es también un

---

18 A partir de la pregunta sobre las condiciones de posibilidad de una estructura de la historia que no fuera narrativa, en *El contenido de la forma*, Hyden White (1992, 24-25) ponía el ejemplo de los *Anales del Monasterio de Saint Gall*: "709. Duro invierno. Murió el Duque Godofredo. /710. Un año duro y con mala cosecha. /711. 712. Inundaciones por doquier. /713. 714. Murió Pipino, mayor del palacio. /715. 716. 717. 718. Carlos devastó a los sajones, causando gran destrucción. /719. 720. Carlos luchó contra los sajones. /721. Theudo expulsó de Aquitania a los sarracenos. /722. Gran cosecha. /723. 724. 725. Llegaron por vez primera los sarracenos. /726. 727. 728. 729. 730. 731. Murió Beda el Venerable, presbítero. /732. Carlos luchó contra los sarracenos

literato?, ¿es posible tal conjunción?, ¿acaso la literatura no distorsiona y hasta falsifica la realidad?

Durante buena parte del siglo XIX, la Historia realizó intentos estériles por despegarse de la literatura, a la que juzgaba incompetente para la consolidación escrituraria del saber científico. En este escenario, lo retórico, lo poético y lo ficcional quedaron reservados a las “bellas letras”, en tanto que a la Historia le correspondía ocuparse de lo “real” y de lo “verdadero”. Básicamente, este modelo epistemológico de distanciamiento sugería que el relato historiográfico no podía ir más allá de los hechos probados por los documentos. Los historiadores no tenían otra opción que agachar la cabeza en señal de respeto y limitarse a explicar el “archivo”.

Recién con la irrupción del giro lingüístico (*linguistic turn*)<sup>19</sup> a mediados de la década de 1960, se terminó de tomar plena conciencia de que las palabras no eran simples combinaciones aleatorias de letras para transmitir ideas. Desechando la noción idealista y deteniéndose en las interacciones producidas entre lo subjetivo y lo objetivo, estos

---

en Poitiers, en sábado. /733. 734”. En este texto no hay ninguna introducción ni conclusión —los anales simplemente terminan—, como tampoco un principio moral ordenador o un tema central que sostenga la narración, solo la regularidad del calendario previene al lector sobre el realismo del relato.

- 19 El historiador italiano Enzo Traverso explica: “El *giro lingüístico* —etiqueta bajo la cual se agrupan un conjunto de corrientes intelectuales nacidas en Estados Unidos, hacia fines de los años sesenta, del encuentro entre el estructuralismo francés y la Filosofía analítica y el pragmatismo anglosajón— tuvo un impacto fecundo sobre la historiografía contemporánea. Permitió quebrar la dicotomía que separaba hasta entonces la Historia de las ideas de la Historia social, como así también superar los límites simétricos de una Historia del pensamiento autorreferencial y de un historicismo fundado sobre la ilusión general según la cual la interpretación histórica se reduciría al simple reflejo de una propuesta de objetivación y de contextualización de los acontecimientos del pasado. El *linguistic turn* subrayó la importancia de la dimensión textual del saber histórico, reconociendo que la escritura de la historia es una práctica discursiva que incorpora siempre una parte de ideología, de representaciones y de códigos literarios heredados que se refractan en el itinerario individual de un autor” (2011: 63).



pensadores introdujeron modificaciones sustanciales en la concepción misma de lenguaje. Coincidieron en que este no es un mero transmisor de informaciones relativamente neutro, vale decir sin implicancias ideológicas, ni tampoco un simple reflejo de realidades exteriores objetivas. Toda discursividad verbal reviste el carácter de práctica social y productiva.

La Historia también estaba obligada a conocer el lenguaje, ahora considerado como una materia prima tan importante o más que el documento. Por lo tanto, el esfuerzo rupturista del siglo XIX fue percibido como una rémora del positivismo. Por fin, se volvía a reparar en el hecho de que historia y literatura compartían recursos similares. Paul Veyne, Hayden White, Paul Ricoeur, Jacques Rancière, Roland Barthes y Michel de Certeau, entre otros, comenzaron a cuestionarse acerca de la manera en la que se escribía la Historia y concluyeron en que la oportunidad de conocer el pasado estaba mucho más atada al lenguaje que al archivo.

Ciertamente, el conocimiento histórico se construye en el umbral de la escritura. Desde la consulta de las fuentes documentales hasta que se plasman las ideas en una obra, la heterogeneidad de textos va perfilando la forma en que se ejecuta la tarea. Paul Ricoeur lo expresó con contundencia: *la historia es de principio a fin, escritura* (2004: 53). Pero, si bien la historia no es más que un relato entre los múltiples relatos posibles, no puede perder su conexión con la verdad ni descuidar la pretensión de reconstruir el pasado con exactitud, o sea, tal como fue. El problema principal radica en la clase de coherencia que se le exige, una cuestión que no concierne tanto a la explicación de los acontecimientos del pasado sino, más bien, a su *representación*. Michel de Certeau afirmaba:

La representación —escenificación literaria— no es “histórica” sino cuando se apoya en un lugar social de la operación científica, y cuando está, institucional y técnicamente, ligada a una práctica de la desviación referente a modelos culturales y teóricos contemporáneos. No hay relato histórico donde no está explicitada la relación con un cuerpo social y con una institución del saber. Además, es necesario que haya representación; debe formarse el espacio de una figuración (2006: 101).

Según Ricoeur, en el discurso histórico existe una tríada compuesta por la archivación, la explicación y la representación. Los archivos con sus fuentes abren la primera escritura; le sigue la explicación-comprensión, que constituye el momento de articulación entre los documentos y el texto del relato histórico; y, cerrando el círculo de la operación historiográfica, viene la fase de la representación, o sea, el estadio de la configuración escrituraria del pasado como artificio ofrecido al lector. El historiador debe partir de la prueba documental, del testimonio fundado en la memoria o de la combinación de ambos, para después objetivarlos en un relato con pretensiones de veracidad. Esta aspiración es la clave de lo que Ricoeur denominaba el pacto tácito entre el lector y el autor del texto histórico.

Mientras reformulaba el concepto de Historia, la escuela positivista había atizado el conflicto con los otros discursos, especialmente con el literario. Historia y poesía dejaron de ser complementarias. Fueron separadas abruptamente por el anhelo de la primera por la objetividad. En su desesperación por dar cuenta de lo “real”, los historiadores del siglo XIX se empeñaron en despojar al discurso histórico de cualquier indicio de *literaturidad*. Revivir “lo real” perdido en el tiempo, valiéndose apenas de las palabras, es una

acción harto compleja que ha estado agobiado a la historiografía desde sus inicios como disciplina.

Para Roland Barthes (1994), la fascinación del positivismo por una historia emparentada con “lo real” alentó la manía por registrar y documentar lo más fidedignamente posible.<sup>20</sup> Más que el espíritu desinteresado de indagación científica, la intensidad de esta pasión era un indicador de la *ansiedad cultural* de la época y revelaba “un profundo miedo a que la “realidad”, especialmente la realidad social, se les haya escapado de las manos a los instrumentos del conocimiento destinados a descubrirla y controlarla” (White, 2011: 341). El debate sobre la “autonomía” de la Historia frente a las demás disciplinas es inseparable de la pregunta acerca de la narratividad: *quién* habla en el discurso “objetivo”, con qué *autoridad*, con qué *finalidad*, y especialmente, con qué *medios*.

En la década de 1920, los historiadores de la *Escuela de los Annales* comenzaron a revisar las premisas de sus colegas de la generación anterior, incluidas las de sus propios maestros. Marc Bloch, discípulo de Charles Seignobos, fue uno de los primeros en negar que su oficio consistiera simplemente en *restituir* los hechos tal como ocurrieron. La historia no podía perseguir la utopía de revivir el pasado, sino que debía conformarse con re-componer y re-constituir el encadenamiento retrospectivo. Aunque sin cuestionar la científicidad de la disciplina, Bloch modificó drásticamente el método. Observar los acontecimientos temporalmente

---

20 No es una casualidad que la fotografía naciera en ese momento como una nueva prueba documental. Susan Sontag destacaba que su historia podía ser contada a partir de la lucha entre dos imperativos diferentes: el embellecimiento (*beutification*), el cual proviene de las bellas artes, y la narración-verdad (*truth-telling*), la cual es un legado de la ciencia y de los modelos literarios y del periodismo independiente del siglo XIX. “Like the post-romantic novelist and the reporter, the photographer was supposed to unmask hypocrisy and combat ignorance” (2008: 86).

lejanos, siguiendo las huellas, implicaba una nueva forma de *apropiación* del pasado:

Hay que estar agradecido a Marc Bloch por haber llamado “observación” al acercamiento al pasado por parte del historiador: retomando la palabra de Simiand, que denominaba a la historia un “conocimiento por huellas”, muestra que esa aparente servidumbre de no estar nunca ante su objeto pasado, sino ante su huella, no descalifica de ningún modo a la historia en tanto ciencia: la aprehensión del pasado en sus huellas documentales es observación en el sentido fuerte de la palabra; porque observar no significa nunca registrar un hecho bruto (Ricoeur, 2015: 31). [En cursiva en el original].

Bloch desafió a los historiadores a interrogar al documento, a forzarlo a hablar, pero nunca sin partir de una hipótesis previa. Los documentos —insistía— no hablan por sí mismos, solo lo hacen cuando se les pregunta. Y agregaba: “Nunca en ninguna ciencia, la observación pasiva —aun suponiendo, por otra parte, que sea posible— ha producido nada fecundo [...] No se puede dar peor consejo a un principiante que el de que espere, en actitud de aparente sumisión, la inspiración del documento” (1974: 54). Por lo tanto, es la investigación la que eleva un dato del pasado a la dignidad de hecho histórico. La Historia no puede resucitar nada. Es apenas un juego entre la vida y la muerte que se desenvuelve en el fluir del relato. La revelación del pasado muerto no es más que el resultado de una práctica presente.<sup>21</sup>

---

21 Hablar de los muertos es al mismo tiempo negar la muerte y casi desafiarla. Por eso se dice que la historia los “resucita”. Literalmente esta palabra es un engaño, pues la historia no resucita a nadie. Pero evoca la función permitida a una disciplina que trata a la muerte como un objeto de su saber, y al obrar así, da lugar a la producción de un intercambio entre vivos (Certeau, 2006: 63).

El discurso está siempre vinculado a las condiciones en las que el mundo se presenta a sí mismo como real, y a la forma en que las instituciones y prácticas históricas se convierten en regímenes de verdad y de posibilidad. El acontecimiento histórico deriva, así, en acontecimiento lingüístico.

La confluencia entre historia verdadera y relato ficticio, según Heidegger, se produce en el *éxtasis del tiempo*. Y modelizaba el triple éxtasis del tiempo originario en esquemas horizontales: el pasado por medio de la retención, el futuro a partir de la anticipación y el presente por el instante. El lenguaje ordinario se constituye como un tesoro de expresiones ajustadas a la experiencia y en su especificidad propiamente humana. Desde este punto de vista, desempeña la función de abastecer la reserva de sentido. Nada más distante de la historiografía positivista y su proscripción de la narrativa. En efecto, la historia científica pretendió presentarse como una disciplina explicativa antes que narrativa. Y lo hizo con la intención de *disimular* el relato.

En las antípodas, Ricoeur cree que un acontecimiento es histórico justamente en la medida en que contribuye a la progresión de una historia susceptible de ser contada. La *intriga* le proporciona la marca histórica al acontecimiento y supone comprender una historia (*story*) correlativamente: acciones, pensamientos y sentimientos siguen una dirección particular (*directedness*). La puesta en intriga constituye un ejercicio de construcción narrativa o *mythos* aristotélico.<sup>22</sup> Desde esta perspectiva, la historia consiste en poner en intriga acciones representadas. Si ante las contingencias no se puede sostener la atención en suspenso, no hay historia. No se trata de hilvanar despreocupadamente un episodio tras otro. El relato se va instalando en el tiempo por conducto de la *repetición*, entendida esta como recapitulación

---

22 Ricoeur se interesaba, en particular, por la construcción de la trama trágica descrita en la *Poética*.

de episodios sucesivos bajo el signo de su conclusión. He aquí la clave de la idea de historicidad. La conclusión permite percibir la sucesión de episodios hacia un desenlace, mientras la intriga instala el orden de secuencias. Se narra un destino y se repite una acción. En tanto que exige un público, la repetición es un acto comunitario que implica una fundación nueva o inauguraciones recomenzadas. Según Ricoeur, “hace-historia”, a la vez que garantiza su escritura. Necesariamente la historiografía es, primero, pasaje a la escritura, y luego, a la *re-escritura crítica*, bajo el signo de la repetición articulada en modo narrativo:

Al sellar el vínculo entre transmisión y re-solución, el concepto de repetición logra a un tiempo preservar la primacía del futuro y el desplazamiento sobre el haber-sido. Esta secreta polarización entre herencia transmitida y resolución anticipadora hace, además, de la repetición una réplica (*erwidern*), que puede llegar hasta la revocación (*widerruf*) del influjo del pasado en el presente. La repetición hace más: pone el sello de la temporalidad sobre toda la cadena de conceptos constitutivos de la historicidad: herencia, transmisión, reasunción —historia, co-historia, suerte, destino— y lleva la historicidad a su origen en la temporalidad (Ricoeur, 1996: 743). [En cursiva en el original].

La historia y la ficción presentan implicaciones mutuas que están enmarcadas en el procedimiento de *refiguración*. Ricoeur puso en evidencia la falacia de creer que la lectura solo interesa al receptor de textos literarios. Todos somos al mismo tiempo lectores de historia y lectores de novela. Asimismo, toda *grafía* depende de una teoría de la lectura, un espacio de intercambio que comparten tanto la historia como la ficción:

Hemos fingido creer que la lectura interesa sólo a la recepción de los textos literarios. Pero somos lectores de historia tanto como de novela. Toda grafía, incluida la historiografía, depende de una teoría ampliada de la lectura. De ello resulta que la operación de implicación mutua antes mencionada tiene su asiento en la lectura. En este sentido, los análisis del *entrecruzamiento* de la historia y de la ficción que vamos a afrontar incumben a una teoría ampliada de la recepción, cuyo momento fenomenológico es el acto de lectura. Es en esta teoría ampliada de la lectura donde adviene el cambio, desde la divergencia hasta la convergencia, entre el relato histórico y el de ficción (Ricoeur, 1996: 901). [En cursiva en el original].

En consecuencia, el acto fenomenológico de la lectura presupone el entrecruzamiento entre historia y ficción. Ambas se valen la una de la otra para refigurar el tiempo. Lo imaginario se instala en la perspectiva del “haber-sido”, aunque intentando no debilitar su perspectiva “realista”. La historia reinscribe el tiempo de la narración en el tiempo del universo, porque solo la narración tiene la potestad de convertir el tiempo en tiempo humano. El “realismo” está implícito, ya que la historia somete su cronología a la única escala del tiempo común. La reconfiguración del tiempo se lleva a cabo mediante determinados instrumentos de pensamiento como el calendario, y de ciertas nociones como la idea de “generación”, además del uso de documentos. Los archivos conducen a otro concepto fundamental: la *huella*, percibida como un efecto-signo “de lo que ya no es”. Seguir el enigma del vestigio presupone una mediación imaginaria entre el *ya no* del transcurso y el *todavía* de la marca. En la huella hay una marca dejada, además de actividades de

interpretación vinculadas al carácter de significancia como cosa presente que vale por cosa pasada. La lectura de archivos y documentos (actividades de custodia, selección, agrupamiento y consulta) mediatizan y le dan forma a la huella hasta convertirla en un operador efectivo del tiempo histórico, toda vez que se la configure en el contexto de la vida, y en el entorno social y cultural. La figuración de la ausencia es una operación de lo imaginario que impide que la alteridad se hunda en lo *indecible*. La imaginación posibilita la visión del Otro: el pasado es lo que yo habría visto, aquello de lo habría sido testigo ocular si hubiera estado allí y, consecuentemente, la tropología se convierte en lo imaginario de la *representancia*. Luego, la escritura de la historia no es un añadido exterior al conocimiento histórico, sino que forma parte intrínseca de él, tomando prestados de la literatura los tipos de construcción de la trama, desde el plano de la composición hasta la función representativa:

Lo que constituye precisamente la perennidad de ciertas grandes obras históricas, cuyo progreso documental ha comprometido, sin embargo, la fiabilidad propiamente científica, es el carácter perfectamente apropiado de su arte poético y retórico a su manera de *ver* el pasado. La misma obra puede ser así un gran libro de historia y una extraordinaria novela. Lo sorprendente es que esta interconexión de la ficción con la historia, no debilita el proyecto de representancia de esta última, sino que contribuye a realinearlos (Ricoeur, 1996: 908).

Este texto permite sacar dos conclusiones. La primera es que Ricoeur no renuncia al rol que desempeñan los documentos en la narración, antes bien, considera que resultan indispensables para que un relato sea fiable. La segunda,



por cierto la más atractiva, es la posibilidad que tiene el lector de aproximarse a un libro de historia de la misma manera que lo haría frente a una novela, aunque confiando en que el historiador le proporcionará un relato verídico. En este pacto de lectura reside la originalidad de Ricoeur y su posición intermedia entre el extremismo positivista y el giro lingüístico.

Considerando lo expuesto en estos dos capítulos —incluidas las reflexiones teóricas acerca de las particularidades de la disciplina provenientes de algunos pensadores de la segunda mitad del siglo XX— a continuación se estudiarán, primero, la influencia del discurso europeo sobre el origen de las naciones y la centralidad del documento escrito en el concepto de representación historiográfica de Bartolomé Mitre; y después, la recepción y readaptación de los recursos estilísticos de la novela histórica que le dieron vida a la idea de la historia que sostuvo Vicente Fidel López.



## Parte II

---



## Capítulo 3

### Bartolomé Mitre

#### La Historia como discurso científico

#### “Gobernar es historiar”

Bajo la influencia de la historiografía liberal nacionalista de la Europa de la Restauración, Mitre consagra a la Nación como protagonista única del proceso histórico, lo cual le permite tomar una distancia prudente y objetivable de los sujetos parciales y aparentar la ecuanimidad de juicio que cree imprescindible para alcanzar una reconstrucción histórica con aspiraciones de validez científica. Mientras que en el intento de narración fundacional de Vicente Fidel López hay un reconocimiento implícito a la burguesía liberal porteña como centro del proceso histórico, Mitre apuesta todo por el marco nacional, al que concibe en clave romántica y teleológica. ¿La razón? Sentar las bases de una tradición interpretativa que pudiera suturar las divisiones y darle el acabado final a una República que aún distaba mucho de estar concluida. “Gobernar es historiar” fueron las tres palabras que eligió Juan Bautista Alberdi (2013: 36) para sintetizar el estilo mitrista de hacer política. Es comprensible que así fuera, para Mitre era una exigencia de la función pública.

A fin de cumplir con este compromiso, no vaciló en adaptar el pasado a los desafíos que le planteaba cada presente y hasta se ocupó de rescribir la historia cuando juzgó que era necesario. En efecto, cada etapa de su acción pública se correspondió con una etapa de su meditación histórica (Romero, 1943). De manera que aquello que modeló su historiografía fue el ajuste constante entre el pasado y el presente, con la expectativa de que el futuro se pudiera engarzar en esta línea de desarrollo continuo. Publicó sus escritos mientras el país se constituía y en medio de la agitación política. Fue simultáneamente autor y actor decisivo. “Soy a la vez diputado, inspector general de armas, periodista, editor de mis obras, revolvero de todos los archivos y sigo adelante con mis trabajos biográficos”, le confesaba en 1853 a su amigo entrañable de la adolescencia y juventud, Andrés Lamas (Museo Mitre, 1912: I, 44). Ninguna función parecía imponerse sobre las otras. Una década después bien podría haber agregado la de primer mandatario. Su vida fue una fluctuación intermitente entre la política y la historia. De hecho, se identificaba con aquel “personaje histórico de que habla Macaulay [...] que al dejar el ministerio se encerraba en su biblioteca, olvidándose de la política, porque no tenía papel que desempeñar en ella, y cuando volvían a llamarle a la vida de la acción interrumpía su lectura, hacía una señal en el libro, para volver a estudiarlo sin amarguras, después de llenar virilmente sus tareas de hombre y de ciudadano de un pueblo libre o en vías de serlo, enseñando que la acción es trabajo y que pensar es también acción” (Museo Mitre, 1912: II, 288). No obstante, la comparación no es del todo acertada. Los cargos públicos nunca alcanzaron a apartarlo por completo de sus trabajos históricos. En ningún momento cerró sus libros. Juzgaba que el estudio del pasado era un insumo esencial para el análisis sistemático de la política.

Más aún cuando la Nación que le tocó presidir existía en sus escritos más que en la realidad. Efectivamente, su condición excluyente y homogénea apenas asomaba sobre los papeles que garabateaba con tinta. Si la escritura de la historia es una modalidad expresiva al servicio de la memoria o, si se quiere, una materialización de la experiencia existencial del tiempo, en este contexto también podía convertirse en un instrumento eficaz de poder y transformación. Por eso, más que en una vocación se constituía en una necesidad, en especial pedagógica. Tal como había enseñado Voltaire, los estudios históricos contribuían al bien común. Tener siempre a la mano esta clase de obras era como disponer de una lección viva para inculcar modelos cívicos que regularan la conducta y contribuyeran a formar la identidad nacional (Mitre, 1864; 1889). “La historia es la estatua de la imagen de la patria; necesitamos levantarla, ancha como nuestro río, alta como el Aconquija”, ampliaba Juan María Gutiérrez, por ese entonces rector de la Universidad de Buenos Aires (Museo Mitre, 1912: I, 145). Con una alta dosis de pragmatismo, Mitre decía haber escrito la *Historia de Belgrano* para despertar el sentimiento de nacionalidad, que estaba alejargado por las divisiones internas. Desaparecida la figura agonística de Rosas, había que resolver perentoriamente el enfrentamiento entre unitarios y federales, una antinomia esterilizante que no podía conducir más que a un punto muerto. La fundación del país exigía cicatrizar de una buena vez las heridas del pasado.

A pesar de los desencuentros, Mitre (1864) esperaba validar a través de sus textos la idea de que la Argentina tenía una sola raíz genealógica y una única tradición político-cultural. De ahí que muchos historiadores le atribuyeran la autoría del mito de los orígenes, es decir, de la tesis que supone la prefiguración de la nación desde los tiempos coloniales. Por más que las pasiones de los pueblos hicieran

que por momentos se olvidara, el país ya traía en sus genes una unidad constitutiva e indisoluble. Para algunos, Mitre plasmó este pensamiento en el capítulo I de la tercera edición del *Belgrano*, titulado “La sociabilidad argentina” (Levene, 1948; Chiaramonte, 1991 y Palti, 2000); en tanto que para otros lo hizo por primera vez en el discurso político que pronunció en la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires de 1854 (Romero, 1943; 1987).<sup>1</sup> Por el contrario, no faltan quienes opinan que el ex presidente sabía muy bien que ni siquiera en su época el proceso de construcción nacional estaba concluido (Chami, 2007). Más allá de esta controversia, es indudable que desde muy joven supo que la creación de una conciencia histórica que disolviera las diferencias, o al menos las enmascarara, infundiendo a la vez un efecto balsámico sobre las preocupaciones políticas del presente, podía convertirse en un instrumento generador de consenso y de legitimidad para la gestión de gobierno. Nadie lo explicó mejor que él: la “santa hermandad de las ciencias y las letras, que identifica a todos en un mismo pensamiento, gasta las preocupaciones, corrige las divisiones sociales, promueve la saludable agitación de las ideas, dignifica a los seres racionales, y salva a los pueblos de perturbaciones peligrosas en otro sentido” (Mitre, 1889: 114). Visto de esta manera, el principal rol del historiador era servir a la Patria.

Las historias de Mitre se presentan como continuidad y como promesa. Por un lado, el autor evita cualquier alteración brusca en la sucesión de los hechos, con lo que consigue una sensación placentera y relajante en el lector. Por caso, Mayo no fue un desvío inesperado sino el despliegue

---

1 “Hay, señores, un pacto, un derecho, una ley anterior y superior a toda Constitución, a esta Constitución, así como a cualquiera otra que nos demos más adelante. *Hay señores, una nación preexistente, y esa nación es nuestra patria, la patria de los argentinos*” (Mitre, 1889: 80). [Cursiva de esta edición].



natural de una idea revolucionaria que desde hacía largo tiempo estaba en embrión y que por una sucesión de causas complejas se había ido ensanchando gradualmente. La tosca república municipal de los cabildos —con su ficción de elección popular— y la disconformidad frente a la opresión del mercantilismo metropolitano, convergieron para abrir las primeras grietas en las vallas de contención de la burocracia indiana, dispensándole a la revolución sus condiciones de posibilidad. De modo que a la libertad económica del Virreinato le siguió la libertad política de la independencia (Botana, 1990). Mientras afianzaba su teoría, Mitre se permitía objetar a Varela, acusándolo de sembrar dudas sobre la propia Revolución de Mayo, y a Alberdi, denunciándolo por tratar este acontecimiento con un paso de comedia y por tildar a sus promotores de falta de convicciones y hasta de fe.<sup>2</sup> Volvió a insistir con el argumento de la continuidad temporal en la *Historia de San Martín*, donde también confirmó su creencia en la factibilidad de enunciar leyes comprobables en los fenómenos históricos:

---

2 Dice Mitre (1864: 9-10) que Varela en sus estudios de 1841 “no se atrevía a pronunciarse, entre si los revolucionarios de aquella época tuvieron en vista la emancipación del país de la tutela peninsular, o si solo se propusieron imitar el ejemplo de la Junta de Montevideo, instalada en 1809 bajo la inspiración de Elio y en odio a la revolución y a los americanos”. Por su parte, Alberdi “niega a nuestros prohombres hasta la previsión, hasta la constancia, hasta la conciencia de las cosas que iniciaron y llevaron a cabo acaudillando o dirigiendo los pueblos” (1864: 9-10). La respuesta de Alberdi (2013: 42) no se hizo esperar: “Si la revolución fuera para mí una comedia, mi posición no sería la que es. Mis opiniones me cuestan el destierro de toda mi vida [...] no hay derecho de decir que se burla de la revolución el que quiere un *presidente verdadero*, en lugar de un *gobernador adicional*, disfrazado de presidente” [En cursiva en el original]. Y aclaraba en un artículo que describía el estado actual de la República: “Este es el sentido en que he podido decir que la revolución es una comedia; en cuanto al gobierno actual de la Nación Argentina es una comedia de Mitre, quien como Molière *se ha puesto él mismo a representarla en el carácter de presidente*” (Alberdi, 2013: 176). [En cursiva en el original].

... la historia de la emancipación sudamericana, presenta un carácter homogéneo, con unidad de acción y con una idea dominante que da su nota tónica en el concierto general en medio de aparentes disonancias. Y si se considera simplemente del punto de vista de la condensación de las fuerzas y de su dirección constante y de sus conjunciones, en medio de sus desviaciones accidentales, esa unidad se manifiesta más de bulto y revela la existencia de una ley que gobierna los hechos consumados, dándoles un significado concordante (Mitre, 1903: 4).

Por otro lado, sus páginas rezuman optimismo. Está convencido de que, pese a la modestia inicial y a los fracasos, es posible encontrar en el pasado el germen de la magnificencia del porvenir. ¿Es que no bastó una población diminuta y heterogénea para iniciar el proceso de la Independencia y fundar en el continente sudamericano seis repúblicas soberanas, de las cuales cuatro se habían formado con los elementos desagregados del antiguo virreinato? (Mitre, 1887).

Haciéndose eco de la esperanza de las mayorías, que ayudó a que su obra concitara desde discípulos fieles hasta la aceptación colectiva —es cierto que con las excepciones más puntuales de Dalmacio Vélez Sarsfield y Vicente Fidel López y las más penetrantes de Alberdi, que aborrecía su discurso centralista—, Mitre consiguió finalmente disimular los problemas políticos, económicos, raciales y sociales pretéritos, sobre los que operó una transformación simbólica que habilitó una expectativa idealizada del futuro. Sin duda, contribuyeron con este entusiasmo tanto el rol que le asignó a Buenos Aires, la principal beneficiaria de la apertura al Atlántico promovida por los borbones, como su profunda convicción en la excepcionalidad

argentina, la herencia europea, la tradición republicana y la inevitabilidad del progreso.<sup>3</sup> Aseguraba que en el Río de la Plata la revolución había desmantelado el absolutismo del Antiguo Régimen y sacado a relucir una sociedad “instintivamente” igualitaria que, en sintonía con muchos liberales, conjeturaba que había surgido del espíritu individualista de los conquistadores, aunque terminó de madurar a la sombra de los cabildos.<sup>4</sup>

El proceso revolucionario tuvo tal potencia que se irradó muy rápido americanizándose. Bajo su auspicio, se gestaron nuevas naciones independientes y soberanas, con formas y tendencias democráticas a imagen y semejanza suya. La idea se había convertido repentinamente en acción. El advenimiento de un mundo republicano inédito inauguró un nuevo derecho de gentes que repudió

---

3 En una crítica a un artículo de Diego Barros Arana publicado en la *Revista chilena*, Mitre dejaba muy en claro su opción por la tradición europea y su posición contraria a la unidad del género humano, con comentarios racistas actualmente inaceptables y carentes de cualquier sustento científico: “Las razas moralmente inferiores que no pueden elevarse hasta las regiones superiores de la inteligencia, algunas de las cuales aparecen en el último eslabón de la cadena de la vida entre el hombre y la bestia; las facultades superiores de ciertas razas, a las que está reservado el porvenir y el gobierno del mundo en los tiempos; la fusión de estas diversas razas, en que fatalmente y por una ley demostrada, la raza superior debe prevalecer, trayendo la humanidad al fin a la unidad de un tipo, perfeccionada físicamente con la noción de perfectibilidad en su mente, son cuestiones filosóficas, fisiológicas o históricas, que interesan tanto a la ciencia antropológica y la etnología, como la sociabilidad, y de que no puede ni debe prescindirse en un libro de ese género” (Museo Mitre, 1912: I, 290).

4 “La colonia argentina, como todas las colonias hispano-americanas, que no tenían ni libertad política, ni libertad civil, tenía por acaso un derecho tradicional, que había pasado inapercibido y que se consideraba por pueblos y gobiernos más como una mera formalidad que como un derecho. ¿Qué tenía la colonia? Apenas tenía una carta otorgada, que le daba una especie de municipalidad, en que los oficios eran vendibles por dinero y aun se trasmitían por herencia, siendo limitadísimas sus atribuciones y no concurriendo el pueblo a su composición. Pero existía la Municipalidad bajo el nombre de Cabildo, aunque solo fuese en el nombre. Esta institución que la España nos había otorgado entrañaba un principio democrático y de libertad que debía dar con el tiempo el fruto que en la madre patria no había podido madurar” (Mitre, 1889: 584). Entre sus paredes se habían realizado los primeros ensayos parlamentarios (Mitre, 1903).

conquistas y anexiones. Dos hegemonías políticas y militares concurren a la emancipación sudamericana, la argentina, representada por San Martín, y la colombiana, representada por Bolívar. El primero se reconoció a sí mismo inferior en esfuerzos y hazañas, pero en virtud de su actuación el subcontinente pudo organizarse autónomamente según su plan de división política, que concibió por instinto en observancia a las leyes naturales y a la constitución geográfica regional; en tanto el segundo, pese a recibir la corona del triunfo final de la independencia, cayó repudiado políticamente por haber intentado imponer modelos absorbentes y monocráticos para unificar de manera artificial las colonias recientemente independizadas (Mitre, 1903). Con este razonamiento, Mitre consiguió estampar su firma en una página de los manuales escolares argentinos. Vendrían muchas más.

A la hora de armar la Patria no sobraba ninguna pieza, siempre y cuando se la supiera acomodar convenientemente. Todo aquel que examinara nuestra historia, si lo hacía con ánimo sereno y espíritu filosófico —decía en el discurso de 1871 ante la Convención Constituyente de Buenos Aires— “hallará siempre un hilo conductor que nunca se pierde y que muestra que el pueblo argentino en medio de sus grandes evoluciones ha sabido siempre por dónde caminaba”. Jamás, ni aun en los días más aciagos, cuando hasta la noción del derecho parecía haberse borrado, el pueblo perdió el rumbo. Tenía una “estrella guiadora” (Mitre, 1889: 583). A diferencia de otros intelectuales de su tiempo, no renegaba de la actuación de los caudillos quienes, a su entender, terminaron de detonar el estado heredado de la tradición virreinal, consumando así la emancipación y consolidando la vocación democrática. Por su mediación, la revolución política devino en revolución social. La igualdad instintiva que creyó

percibir en el pasado indiano pronto se confundió en su discurso con las primeras manifestaciones de la libertad (Botana, 1990).

Pero cuidado. Esta reivindicación tenía sus límites. Si bien Mitre (1903) les adjudicaba originalidad a las agrupaciones políticas de las masas, reconociendo sus antecedentes espontáneos, su autonomía y su defensa de la integridad territorial, le endilgaba vicios ingénitos procedentes del grosero molde colonial en el que se habían forjado. Categorizó a su sociabilidad como rudimental en la *Historia de San Martín* y difamó a esta democracia tachándola de semibárbara en su *Manuscrito sobre Artigas*.<sup>5</sup> Ahora, estos defectos eran inaceptables porque ponían en riesgo la construcción nacional. Los nuevos caudillos se parecían demasiado a los viejos. Su rol como Presidente y la necesidad de imponer a sangre y fuego la autoridad porteña, lo obligaba a lidiar contra la amenaza desestabilizadora de Chacho Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordán.

Con “la descomposición del régimen colonial en 1820” —escribió— “se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que *tiende a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos*” (Mitre, 1887: 1-2). [Cursiva de esta edición]. De lo que se deduce que para Mitre la historia está regida por algo similar a una ley de gravitación universal que parece orientar automáticamente los acontecimientos hacia un centro, restableciendo una y otra vez la armonía del conjunto. Como le resultaba imperativo reconstruir una línea de cohesión con el pasado, concebía el

---

5 Alberdi (2013: 218) dedujo que para Mitre hubo dos democracias en América, “la *democracia bárbara*, es decir, la popular, y la *democracia inteligente*, es decir, la *anti-popular*, la democracia militar, la democracia de línea, en una palabra, el *ejército*, antítesis del *pueblo*, expresión de la indisciplina y la insubordinación, que es barbarie para Mitre. [...] Los realistas no emplearon contra la revolución peor lenguaje”. [En cursiva en el original]. En tanto para López (1882), la anarquía popular no era democracia.

nudo de la historia como un juego permanente entre equilibrio y desequilibrio (Romero, 1943).<sup>6</sup>

Además, como buen liberal, tendía a destacar el aspecto de la evolución por sobre las disrupciones. Esta fue una característica inherente a la historiografía europea de su tiempo, que mostró una preferencia exagerada por el sentido de la continuidad, urgida como estaba por el afán de rastrear los orígenes y el desenvolvimiento de las naciones. Como explicó Herbert Butterfield “el historiador whig está inclinado a imaginar la constitución bajando hacia nosotros en virtud del trabajo de largas generaciones de whigs, a pesar de las obstrucciones de una larga línea de tiranos” (cit. por Pasamar, 1994: 194). En la Argentina, todavía restaba organizar el caos que estos pretendidos tiranos habían sembrado a su paso. Esa era la gran tarea pendiente que le esperaba a su generación (Halperín Donghi, 1996). Debía ponerse de inmediato a trabajar para “coronar el edificio” de la “organización política”, aunque sin apartarse de la herencia recibida: “Tomamos por punto de partida los antecedentes

---

6 Así explicó José Luis Romero (1943) las conclusiones a las que había llegado Mitre sobre la superación de las crisis y el restablecimiento del estado de armonía en el proceso histórico: “Las grandes y las pequeñas Crisis constituyen los momentos de disgregación de los elementos, cuando cada uno se manifiesta con la totalidad de sus fuerzas exigiendo un nuevo ajuste en el que se le conceda un nuevo papel [...] todo ello encuentra frente a sí términos homólogos o estructuras constituidas que se resisten, y la lucha —sorda o violenta— resulta inevitable. Hasta entonces un cierto esquema reconocido jerarquizaba la posición de cada uno [...] [pero] en un momento dado, o por un juego regular de las fuerzas o por un mero azar, uno de ellos se insubordina y declara caduco el esquema jerárquico. He aquí una Crisis; lo que antes parecía un orden constituido y estable se enmaraña diabólicamente y el principio de ordenación que debe restablecer el equilibrio de las fuerzas se oculta de modo pertinaz; la forma más elemental y más peligrosa de ceguera histórica es la del que persiste en realizar el ajuste de los elementos desencadenados, según el viejo esquema; la clarividencia es, por el contrario, la indagación —o a veces la intuición genial— de los principios directores de un equilibrio que comprenda los elementos que una nueva Realidad impone. Toda Crisis se manifiesta, pues, como un complejo haz de interrogantes sobre la validez de lo que existe y sobre el derecho y la fuerza de lo que ha surgido, sobre la validez de la vieja Estructura y sobre las líneas directoras de la nueva”.

de la revolución argentina, perseverando en la tarea de las generaciones que nos han precedido en la labor, pudiendo decirse que tenemos nuestro punto de partida determinado por nuestros antecesores” (Mitre, 1889: 581).

Si Mitre no renuncia a la naturaleza narrativa de la historia que, por cierto, estructura a partir de un punto de vista preciso, recusa identificarse únicamente con la visión de los que dominaron la escena. En este sentido, critica a Sarmiento por menoscabar la participación de los pueblos y porque considera que no formula más que opiniones desprovistas de análisis científico y, por ende, rayanas con el comentario político.<sup>7</sup> La insatisfacción del autor del *Facundo* con el pasado argentino quedó más que clara en una carta que le envió a Mitre en 1862. Buscando su complicidad le dijo: “usted sabe que los pueblos felices no tienen historia” (Museo Mitre, 1911: 83). Pero Mitre también le apuntó a los que se posicionaban en el bando contrario:

Dos escuelas históricas (si podemos dar este nombre a incompletos ensayos y simples opiniones o polémicas) han pretendido estudiar y explicar de distinta manera, las causas y el desarrollo gradual de la revolución Argentina. La una ha pretendido atribuir esclavamente todo el mérito a la minoría inteligente que la inició y que sucesivamente la dirigió hasta su complemento [...] lo que equivale a negar la existencia de las fuerzas sociales al servicio de la idea. La otra ha pretendido dar toda la gloria al pueblo como entidad colectiva [...]

---

7 “Sarmiento piensa que la revolución Argentina fue una revolución sin pueblo, sin opinión eficaz en el sentido de la iniciativa y de la acción, y que los directores de ella fueron las poderosas palancas que movieron esas masas casi inertes, cuando no reaccionarias, que se llamaron pueblos, ejércitos, masas, mayorías. Otros solo ven en nuestros anales héroes vaciados en los moldes de Plutarco, que hacen y piensan todo por sí solos, especie de semi-dioses ante los cuales el pueblo es cero, y la opinión pública se convierte en aureola de gloria” (Mitre, 1864: 10).

bajando a los héroes de su pedestal, eliminando su influencia en los acontecimientos históricos, y negando a los pensadores iniciativa y alcance en las ideas [...] Estos extremos, producto más bien de un instinto que de una convicción razonada, han sido modificados por el estudio parcial de los sucesos y documentos de la historia, dando origen a otros juicios o sistemas, que pueden considerarse como los medios tintes de aquellos dos colores pronunciados (Mitre, 1864: 8-9).

Mitre, por ese entonces Presidente, quería ser reconocido en este último lugar. Para eso, confiaba en mantenerse en su eje, conservando la equidistancia y resistiéndose a las pasiones, sin “crear héroes con atributos que jamás tuvieron, ni infamar y calumniar a los pueblos”. Precisamente aquello que impulsaba hacia adelante el proceso histórico era la acción del genio individual, animada por la fuerza viva que le comunicaba la suma de las voluntades espontáneas que representaba. En la conjugación de ambos factores radicaba la estabilidad (Mitre, 1903). Esto no significa que su historiografía sea neutral. Todo lo contrario. Se inscribe en un sistema de pensamiento dualista, donde se alternan las fuerzas de la virtud y las fuerzas del vicio. En el prólogo a la *Galería de Celebridades Argentinas*, sus héroes arquetípicos, como Belgrano o San Martín, cobran verdadera dimensión comparándolos con “la vida de Artigas, el Atila del caudillaje; la de López, levantando en lanzas sangrientas y proclamando entre el pillaje y la matanza los principios de Washington, que deshonoraba; la de Quiroga, el flagelo de Dios en las provincias del interior; la de Ramírez, caudillo impetuoso, armado de la espada y de la tea del genio del mal; la de Aldao, el fraile apóstata, tirano de la escuela de los Borgias; y la de Ibarra, cacique feroz, inmortal como Iván el terrible por sus crímenes y sus crueldades inauditas”.



No es casualidad que todos ellos fueran hombres del interior que mal o bien habían resistido con tenacidad la dominación porteña, como tampoco lo es que desde la Presidencia se dedicara a combatir con tanto ensañamiento cualquier indicio de actualización.

## El método historiográfico

Mitre no se cansaba de advertir que era imposible hacer alquimia histórica “pues, así como sin oro no se hace oro, sin documentos no se hace historia”. En efecto, para él la Historia no era una rama de la metafísica ni de la religión. Ante todo, se definía como científico y confiaba en que podía estar alerta para no caer en las herejías de la filosofía de la historia, que rechazaba de plano como modelo de investigación historiográfica. Probablemente porque no le otorgaba a la Historia las garantías de su auténtico valor nacional. Apeló al método inductivo para arribar a conclusiones generales con pretensiones de objetividad y distantes —al menos eso es lo que él creía— de las convicciones facciosas y de las perspectivas parciales, recurriendo para ello a los datos empíricos que le proporcionaron unos documentos presuntamente asépticos. La fijación documental lo hizo acreedor al título de “gobernante anticuario propenso a las elucubraciones”, expedido no sin sorna por su enemigo Carlos Guido Spano.<sup>8</sup> Mientras tanto, Vicente Fidel López le añadió los apelativos de “archivista” y “arqueólogo”, que usó con una fuerte carga peyorativa.

Pero Mitre estaba tranquilo. Documentando bien sus juicios podría descalificar a los antiguos cronistas y dejar sin sustentación la “palabra desnuda de todo comprobante”.

---

8 Fondo Archivo General de la Nación, en adelante AGN. Informes, 1876.

Los documentos eran los que particularizaban cabalmente el quehacer del historiador científico distinguiéndolo del filósofo. El 2 de marzo de 1865 le escribía al historiador chileno Diego Barros Arana: “incurrirá en los más groseros errores el que tome por guía a los cronistas y no vaya a investigar la verdad en los documentos originales que se hallan inéditos casi en su totalidad” (Museo Mitre, 1912: II, 134-135).

Falta de sustento documental es justo lo que le endilga a Dalmacio Vélez Sarsfield a propósito de la disputa que ambos mantuvieron en las *Rectificaciones* (1942).<sup>9</sup> En general, acerca de lo que Vélez entendía como el sobredimensionamiento de la figura de Belgrano con respecto a los pueblos del interior y, en particular, en torno a la permanencia en Salta de Güemes, quien se negó a acompañar a las tropas de Rondeau tras la derrota de *Sipe Sipe*.<sup>10</sup> No vacila en afirmar que los testimonios clásicos y los documentos desconocidos a la larga terminarán seduciendo a sus detractores más cerriles. Después de acusar a su oponente por la osadía de pretender objetar un libro histórico fundado en documentos

---

9 La discusión se inició en 1864 con una serie de artículos que Vélez Sarsfield firmó en su diario “El Nacional”, que fue respondida por Mitre en el suyo, “La Nación Argentina”. Ese mismo año se convirtieron en libros: *Rectificaciones históricas: General Belgrano, General Güemes*, del primero; y *Estudios históricos sobre la Revolución Argentina: Belgrano y Güemes*, del segundo. Mitre estaba cursando el segundo año de su Presidencia, pero se hacía tiempo para todo.

10 “Por una parte [Vélez Sarsfield] pretende decapitar a la revolución, eliminando la acción eficaz y la influencia incontestable de sus cabezas conocidas, cuando se trata de algo grande o de algo bueno, tal como la de Belgrano, por ejemplo, en el tono que dio al espíritu público y en el triunfo de Tucumán. Pero cuando se trata de errores, entonces les reconoce influencia, y constituye a sus corifeos en editores responsables de los errores de la época, en los que por lo general son inocentes pueblos y gobiernos, o fueron (con raras excepciones) cómplices los dos; de lo que se deduce que en su sistema histórico el pueblo de entonces fue la suma razón, la suma sabiduría, la suma virtud. [...] No obstante esto, a renglón seguido vuelve a contradecirse [...] exagera en la figura de Güemes, su rol histórico y su importancia en la revolución, al punto de indignarse de que alguno se haya atrevido a llamarle caudillo, (bien que el mismo se encargue de probar que lo fue); y en seguida pone su nombre más arriba del de Belgrano, y casi más alto que el de San Martín! lo declara en parte superior a Bolívar!” (Mitre, 1864: 12-13).

con apreciaciones anónimas y desautorizadas, carentes de comprobación, y sin haber asistido como testigo a los hechos que rectifica, le recuerda que sin comprobantes solo hay “historia hipotética”, que está en las antípodas de la “historia verdadera”. Y finaliza recomendándole a Vélez Sarsfield que, antes de emitir un juicio, encuentre otros documentos fehacientes y de más valor que los contenidos en la obra que cuestiona (Mitre, 1864). Lo condenaba a un trabajo difícil. Los pueblos rara vez tienen una presencia significativa en la documentación oficial. No obstante, le estaba agradecido. Su crítica había contribuido a darle mayor autoridad al libro, demostrando la solidez de sus argumentos (Mitre, 1882).

López también salió a criticarlo. Le recordaba a Mitre que los documentos siempre están mediados por la interpretación, y que la mera presencia de estos no es un antídoto efectivo contra las representaciones espurias del pasado. Lo denunciaba por producir su propia versión de la historia, basándose exclusivamente en documentos oficiales contaminados de posiciones partidarias, cuyas condiciones de producción solo podrían develarse a través de la compulsión con la palabra de los protagonistas. Pensaba que su rival, como andaba desorientado y perdido entre una vorágine de papeles, que por lo demás utilizaba de manera acumulativa, no podía discernir los acontecimientos importantes de los secundarios (López, 1882). A partir de este defecto inicial, obtenía como resultado una explicación parcial y deformada de la realidad.

Mitre se encargó de devolverle las gentilezas en una carta de 1875 a Barros Arana, quien venía de comentar elogiosamente una obra de López. Demolió el libro con elegancia, pero también con una superioridad que, por momentos, se parecía bastante a la conmiseración:

Aunque su versión lleva cierto sello de parcialidad marcada, debido a impresiones propias o a las fuentes en que ha bebido, hay allí algunas noticias nuevas tomadas oralmente, que pueden utilizarse, ligándolas a otras, más auténticas y comprobadas. *Excuso prevenirle que este escritor debe tomarse con mucha cautela, porque escribe la historia sin documentos (al menos muy escasos, fuera de los impresos), guiándose por ocurrencias o ideas preconcebidas, afirmando dogmáticamente, puede decirse, cada página, lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos, que no conoce [...]* (Museo Mitre, 1912: II, 316-317). [Cursiva de esta edición].

Doce años después de las *Rectificaciones*, Vicente Fidel López, sin razón, sin equidad y, lo que es infinitamente peor, sin documentos —decía Mitre olvidando la carta de 1875, publicada indiscretamente por Barros Arana en el tomo IV de la *Revista Chilena*—, lo obligó a volver a tomar la pluma para improvisar un libro en pocos días, las *Comprobaciones Históricas*, y antes, a salir a avituallarse con contra-pruebas para fundamentarlo (Mitre, 1882). Así, se iniciaba en la Argentina la polémica más importante del siglo XIX, referida a la validez de los modelos de hacer historia y al papel que representan las fuentes documentales y el relato en la reconstrucción del pasado. Al principio, entre 1881 y 1882, los debates se publicaron en la *Nueva Revista de Buenos Aires* y en la prensa periódica, para adquirir luego el formato de libro. Los dos polemistas tenían personalidades diferentes. Sin embargo, en política, si a veces se distanciaron como en los Debates de Junio de 1852, donde se discutió la aprobación del Acuerdo de San Nicolás, otras tantas coincidieron (Botana, 1990). Pero lo que ahora estaban dirimiendo era nada menos que el control de la verdad histórica. ¿Cuál de los dos finalmente se quedaría con el crédito?

Para responder a esta pregunta, primero se imponía crear los factores de diferenciación y, a partir de ellos, conseguir la mayor legitimidad intelectual posible en términos de reconocimiento y poder dentro del sistema de relaciones del que formaban parte (Mosejko y Costa, 2005).

Mitre acordaba con una máxima de López: la Historia no podía escribirse con pereza. Había que ser claro, metódico y categórico al exponer la vida de las generaciones pasadas y juzgar a sus actores. En consecuencia y después de un arduo trabajo de pesquisa complementario, prometía incorporar en su alegato nuevas revelaciones dignas de recogerse, además de documentos ignorados hasta esa fecha, que permitieran echar luz sobre hechos o personajes “oscuros o mal definidos”. No lo hacía por amor propio literario sino, antes bien, en homenaje a la verdad y para defender su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* de las críticas puntuales del autor de la *Introducción a la Historia de la Revolución Argentina*, que se había puesto a escudriñar “defectos microscópicos en tres volúmenes que suman dos mil páginas” (Mitre, 1882: 103). Estimaba que ambas obras guardaban relación por el asunto, pero que por “su plan y tendencias como por los materiales que las forman, difieren radicalmente, habiendo sido una y otra vaciadas en distinto molde y constituyendo cada una según su genialidad una producción original” (Mitre, 1882: 12). Si bien tomaba en cuenta algunas de las correcciones que resultaban de la comparación entre los dos textos —para él muchas de ellas semánticas y circunscriptas a tres o cuatro errores o descuidos de detalle— ponía en claro que la regla impuesta en su tarea de historiador era registrar archivos, descifrar documentos justificativos y comparar testimonios que se tuvieran a la vista, “reuniendo los elementos dispersos de la vida del pasado que deben constituir la musculatura de su obra y darle valor y consistencia real, a fin de ofrecer un

contingente nuevo y un cuadro animado y verdadero, sea en el orden de los hechos, sea en el orden de las ideas, pues el que no da algo de esto a la historia, no le da absolutamente nada” (Mitre, 1882: 14).

Por lo demás, el *Belgrano* era un libro de iniciación. Mitre admitía que su escrito no solo tenía defectos de detalle, sino deficiencias esenciales insanables, vicios orgánicos y de conformación, e incluso, falta de proporciones armónicas tanto en su concepción y en su plan, como en su ejecución y desarrollo, resultantes de los fines limitados que lo inspiraron en los comienzos. El argumento central, en sus propias palabras, era: “el desarrollo gradual de la idea de la independencia argentina, desde sus orígenes lejanos a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, periodo que comprendía la biografía y encerraba el ciclo revolucionario en sus evoluciones, transformaciones y conjunciones históricas”. No obstante, las sucesivas ediciones y reescrituras alteraron su objetivo inicial. La primera edición, esbozada en la *Galería de Celebridades* a partir de tres fragmentos de las memorias del prócer que, según Mitre, antes de llegar a sus manos habían pasado por las de Rivadavia y Florencio Varela, “fue el germen de esta composición, en la segunda asumió su forma definida, y la tercera ha sido complementada, excediendo las primitivas proporciones en que fue concebida, violentando en cierto modo su naturaleza y conformación nativa” (Mitre, 1882: 350). Resumió la objeción principal que le merecía su propio trabajo en la siguiente pregunta: “¿cómo es que el autor ha pretendido meter tan grande revolución en molde tan estrecho?” (Mitre, 1882: 361).

Mitre se sentía con derecho a ser el único crítico de su obra. Lo irritaban los juicios de los demás, aunque hacía una excepción con las observaciones de Manuel Pardo. Después de detenerse en los problemas estructurales del libro, en los

que coincidía íntegramente con el autor,<sup>11</sup> el ex presidente peruano vertía un comentario que era música para los oídos de Mitre. Refrendaba en su condición de extranjero la tesis mitrista de la excepcionalidad argentina. Y va otra página de los manuales escolares argentinos:

... el pueblo argentino tiene la gloria de no deber su independencia, sino a sí mismo, y ningún nombre propio puede compendiarla, ni aun el del gran San Martín. Este es uno de los caracteres más originales de la emancipación argentina, y de los más ricos materiales, fecundos en enseñanza para el historiador y para el político. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, por una rara combinación de circunstancias, comenzaron a ejercer actos de soberanía en todo su territorio, mucho antes de declarar su independencia; tuvieron la vida de nación antes de tener el nombre, y con esa vida prepararon sus fuerzas democráticas, que debían producir su organización política y sus ejercicios. La democracia nació de ellas, antes que el pabellón español hubiese sido arriado, y se organizó

---

11 "El general Mitre ha comenzado por escribir la historia de un hombre; pero conforme profundizaba sus estudios, ha visto que para escribirla tenía que escribir la historia de un pueblo, no porque la primera valiese la segunda, sino porque iba envuelta en ella: y sea efecto de corazón, sea modestia literaria, se ha mantenido en el título en un plan inferior al que corresponde al libro. Esa primera falta ha ocasionado una segunda, de que se resiente la composición, porque ha arrastrado al autor a subordinar las exigencias del conjunto, que es lo más, a la unidad prescrita por el asunto nominal, que es lo menos, dando a ésta una extensión excesiva para él, y haciendo sufrir deficiencias sensibles al objeto verdadero de la obra. La historia de Belgrano no puede llenar los volúmenes que el general Mitre le asigna; y la historia de la independencia argentina no permite que se la subordine o se la asocie a la biografía de ninguno de los que representaron un papel en ella: con esa asociación pierde algo el drama y pierde más el héroe favorecido, que no es bastante grande para llenar el cuadro" (Pardo cit. por Mitre, 1882: 362). López argumentaba lo mismo. Mitre no había respetado el plan de la obra. Sin embargo, como había fuertes recelos entre ellos, el ex presidente se hacía el distraído.

y funcionó a la sombra de ese pabellón, que desapareció, tan solo cuando la nación se había hecho a sí misma, y se había armado de punta en blanco para sostener el propio [...] Esta circunstancia da a la independencia argentina en su aspecto político y social, un carácter mucho más elevado que a las de sus hermanas hispano-americanas y enteramente original (Pardo cit. por Mitre, 1882: 364).

Por lo demás, ¿acaso los documentos que desempolvaba no le habían abierto una conexión directa con el pasado, que lo erigía en una suerte de médium? Gracias a ellos podía decir con confianza: “he vivido largos años en intimidad con él [se refiere a Belgrano], penetrándome del espíritu de sus escritos, identificándome con su ser moral” (Mitre, 1882: XIV). La mejor manera de no extraviarse en el laberinto de la historia, adentrándose en sus caminos tortuosos y en sus antros oscuros, era tomar el hilo conductor de su musa, jalonado de papeles escritos (Mitre, 1882). Para hacer un análisis de lo ocurrido en conciencia y correctamente, y más aún para rectificarlo —sostenía Mitre—, nadie podía actuar “de su cuenta y por autoridad propia”, como pretendía López. El principal valor de un estudio histórico derivaba de los materiales con los que estaba formado. Todo —hasta las mismas emociones— se debía documentar. Los documentos originales eran los únicos que les conferían autoridad a las aseveraciones; evitaban los anacronismos e inconsistencias; y colocaban al resguardo, ya sea de repetir las inexactitudes que otros habían dicho previamente, como de proferir sentencias vagas desprovistas de todo comprobante. En fin, le concedían a la obra perennidad y una continuidad cronológica que la aproximaba a lo “real”, cuyo conocimiento era una exigencia ineludible de la racionalidad científica. Estaba persuadido de que el principal



mérito de su libro eran sus documentos fehacientes, expuestos a la luz de un severo criterio histórico, y ajustados a un método riguroso de comprobación y de verificación comparada. Su objetivo, asaz pretensioso, había sido encontrar la “verdad”, “tanto por lo que respecta a la realidad de los hechos, cuanto por lo que respecta a las consideraciones de ellos deducidas; habiéndome permitido rarísima vez hacer uso de la facultad que tiene todo historiador, que es la de interpretar los documentos que le sirven de guía, no poniéndose en contradicción ni con su espíritu, ni con su letra” (Mitre, 1887: XXXIV). Quien se arriesgara a corregirlo, debía transitar el mismo camino.

Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones. Se sabe que el registro documental se resiste a ser domesticado y suele resultar insuficiente para asegurar la coherencia narrativa, debido unas veces a la escasez de testimonios y otras a su antítesis, la desmesura, a sus ambivalencias, a su dispersión y, finalmente, a su irremediable intencionalidad ideológica; sobre la cual a los eruditos, *papelistas profesionales*, no les convenía llamar demasiado la atención. La representación del pasado siempre exige la mediación de la forma literaria para organizar la trama y darle sentido a los hechos. Mitre se inclinó por el romance,<sup>12</sup> aunque nunca dejó de soñar con la utopía de la correspondencia absoluta de los documentos con lo que “realmente sucedió”.

El formato que eligió para tramar, pese al gran componente poético y ficcional que porta, le fue de utilidad para obtener el resultado que deseaba sobre el imaginario político. Ya venía practicado estas habilidades desde la juventud mientras escribía sus mediocres y desvaídas novelas de

---

12 “El romance es fundamentalmente un drama de auto identificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre este y su liberación final de ese mundo, el tipo de drama asociado con la leyenda del Santo Grial o con el relato de la resurrección de Cristo en la mitología cristiana” (White, 1992: 18).

folletín.<sup>13</sup> Pese a que ya en ese entonces había reparado en que esta especie literaria le resultaba útil para popularizar la historia patria (Mitre, 1847), recién cuando se decidió a cambiar el arte libre o creativo de los poetas y novelistas románticos por una escritura más realista, tuvo en claro que no podía tomar prestado del género más que sus técnicas y mecanismos de narración que, de paso, le podían insuflar a su obra un carácter artístico e incluso entretenido. Con todo, procurará mantenerlos embozados para no arriesgar el rigor científico, que considera su principal capital y que en parte pretende reafirmar con los datos duros de la cronología. “Sin exagerarme el valor de mi trabajo —le comentaba a Andrés Lamas— [...] pienso que he abierto una nueva vía al modo de escribir entre nosotros, haciendo hablar a los hechos y a los personajes en acción por sí mismos, en estilo natural, en términos concretos, sacrificando la forma literaria al fondo sólido de la verdad comprobada”.<sup>14</sup>

Como historiador sabe que tiene el tiempo a su favor y utiliza las fechas como medio matemático para demostrar la verdad histórica (Mitre, 1864). Está convencido de que la sucesión temporal es un instrumento más que efectivo para transferirle al relato la apariencia de lo real. Por eso, sostiene que un error en la datación es “imperdonable en todo escritor histórico” que solo por este desliz, o por cualquier otro apartamiento del orden cronológico, merecería

---

13 Entre ellas, *Soledad*, un romance nacional que cuenta una historia de amor idealizada signada por la caracterización polarizante de sus personajes y por su dejo anticuado y nostálgico. “En el contexto hispanoamericano el romance privilegia el futuro más que el pasado, y como la mayor parte de la literatura del siglo pasado, está relacionado con la ideología del liberalismo y la formación nacional. El desplazamiento de la historia de amor a la historia de la nación se facilita generalmente mediante personajes representativos, así como un héroe que es tanto amante esposo como leal patriota y encarna los ideales y la visión histórica del liberalismo hispanoamericano” (Unzueta, 2006: 244).

14 Carta de Bartolomé Mitre a Andrés Lamas del 2 de enero de 1888. AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2689.

hacerse acreedor de la anatema de sus pares.<sup>15</sup> Para Mitre, los hechos de la historia podían ser asimilados a un encadenamiento de acciones y reacciones similares a las que ocurren en los fenómenos físicos. Por comentarios como estos, López lo calificó de “compilador paciente e incoloro de la cronología” (1882: I, 67). E insistió: irreductible a una ecuación matemática, la historia no responde a un método de conocimiento objetivo, sino que:

... es lucha, o seno insondable de pasiones y de intereses, movimiento incesante y siempre problemático, constituye un orden de cosas propio, que es totalmente ajeno al carácter y a los proceder de una ecuación matemática, y en el que los actores mismos obran impulsados por principios de convención, de debate, de interés, sin poder resolver ni definir el problema final, como se resuelven todos los problemas de la geometría y de la aritmética (López, 1882: II, 617).

La gran aspiración de Mitre fue emular a Jules Michelet, tal vez porque este había conseguido elevar la concepción romántica del mundo a nivel de comprensión científica (White, 1992). Al igual que él, creía que el historiador tenía la facultad sobrenatural de hacer hablar a los muertos, recogiendo sus testimonios directamente de ultratumba. Después estaban los otros grandes historiadores románticos como Carlyle, Niebuhr, Thierry, Thiers, Cousin,

---

15 Mitre dejó bien en claro el disgusto que le provocaba la falta de precisión cronológica en una carta que le dirigió a Lamas: “Con motivo de ocuparme de esta materia [las instrucciones a Lecor] he leído con alguna atención lo que dice López sobre el particular en el tomo que ha publicado sobre la revolución argentina. No he encontrado allí nada que utilizar, sino una cita que necesito comprobar. Desgraciadamente la tal cita que la hace tres veces tiene tres fechas distintas, de modo que necesito establecer este punto, y es este el objeto literario con que me dirijo a V”. AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2689.

Quinet y Guizot, los republicanos franceses y Tocqueville pero, ante todo, Abel François Villemain, al que ponía por delante de Thiers. La manera en que Villemain había escrito la *Histoire de Cromwell* no le era ajena. En sus años juveniles coincidió con él en que un hombre tenía el potencial suficiente como para poder representar por sí solo a toda una época. En una carta a Lamas de 1854, hablando de la *Galería de Celebridades*, le decía: “cabe que cada biografía sea un cuadro histórico” (Museo Mitre, 1912: I, 63) y durante gran parte de su vida literaria se ciñó a esta afirmación. Probablemente porque todavía faltaba en la cultura argentina un discurso integrador capaz de dotar de pleno sentido a la trama histórica.

Al promediar el siglo XIX, y salvo raras excepciones, los trabajos históricos locales solían restringirse, por un lado, a las referencias de algunos episodios y piezas documentales descabaladas que aparecían en las efemérides de los almanques y revistas, a veces precedidas por una sucinta noticia del contexto —un mosaico o colección de materiales, se aventuraba a calificar Trelles— y, por el otro, a los relatos de los viejos cronistas, una parte inédita hasta ese momento y el resto muy difícil de hallar.<sup>16</sup> Los sacerdotes jesuitas Pedro Lozano, posiblemente el más prolífico, Juan Pastor,

---

16 Algunos de estos escritos fueron editados por Andrés Lamas. La *Colección de obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política y literaria del Río de la Plata* es un ejemplo. Como consta en el subtítulo, colaboraron con él Bartolomé Mitre y Juan María Gutiérrez. En 1874 se publicó la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, del padre Lozano; y, en 1882, la de José Guevara de título muy similar. En una carta enviada por Mitre a Lamas el 13 de febrero de 1869 se puede acceder a la trastienda de la investigación. Tras devolverle el índice de documentos de las Misiones Jesuíticas que Lamas preparó para la colección, Mitre opinaba que “Todo es nuevo, interesante y útil, aunque fragmentario; pero a menos de no hacer una colección cronológica de documentos, haciendo de ellos la historia misma, no le puede exigir más a una colección como la que tenemos entre manos”. A continuación, se comprometía a enviarle copias y originales de documentos de su propiedad para completar los faltantes. AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2689.

Nicolás del Techo, Pedro Cano, Pierre François Xavier de Charlevoix, Andrés de Guevara y José Sánchez Labrador, a quienes Mitre en más de una ocasión acusó por impostura, fueron algunos de los más conocidos en el Río de la Plata.<sup>17</sup>

Pero las crónicas, noticias y transcripciones de documentos eran una cosa, mientras que escribir la historia era otra bien diferente. No hay manera de recrear la realidad sino es a través de la producción narrativa. El propio Mitre (1857) aseveraba que hasta ese momento el país no había dado historiadores —quizá con la única excepción del Deán Gregorio Funes— y, por lo tanto, nadie que pudiera ilustrar los anales, es decir, representar los eventos de manera secuencial a través del lenguaje, proveyéndoles una legalidad generadora de sentido.<sup>18</sup> Lo atribuía en parte a que la historia del Río de la Plata había sido menos dramática que la de Chile, Perú o México (Museo Mitre, II, 1912). A falta de otro principio, encontró en la biografía un modo de garantizar la

---

17 No solo Mitre, sino la mayoría de los historiadores eruditos hispanoamericanos construirán sus historias a partir de la confrontación con los cronistas, cuyas obras fueron objetadas por transmitir una verdad falseada y superficial. Por ejemplo, Toribio Medina (1888, VI) señaló que en los relatos de los cronistas se nota “tan monstruosa variedad de unos mismos hechos, trascendental hasta en el orden cronológico, que no hay arbitrios para conciliarlos. Escribieron unos siguiendo relaciones sueltas de los hechos que cada uno refiere, o según lo que vio, o adhiriendo a su pasión, o con la referencia a la más o menos parte que tuvo en la acción. Otros tomaron la pluma para decirnos lo que oyeron a los indios, y conducidos, ya del odio a la nación conquistada y ya a la natural propensión que tiene el hombre a disculpar sus excesos, aunque sea en perjuicio del honor ajeno, falsamente criminalaron la conducta de los conquistadores y denigraron la de otros jefes que los subrogaron, sin que su maledicencia perdonara lo sagrado. [...] La historia del descubrimiento mismo del Nuevo Mundo era casi un mito para los literatos de la colonia [...] los que pretendían escribir tropezaban diariamente con que carecían de los medios para poder consultar las obras y manuscritos hoy más comunes”.

18 Aunque rudimentario y construido a partir de un collage de fragmentos de historiadores precedentes, el *Bosquejo de Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* del Deán Gregorio Funes, fue el primer intento de analizar el pasado colonial desde la óptica de la Revolución. No obstante, en sus *Noticias históricas*, Ignacio Núñez (1857) calificaba a este ensayo como defectuoso. Funes no había presenciado los sucesos, no tuvo tiempo de consultar los mejores documentos y sus consideraciones filosóficas eran erróneas y oscuras.

coherencia del relato. Pero con la experiencia y serenidad de la madurez se dio cuenta de las limitaciones de su plan. Se excusaría diciendo que sus textos eran apenas preparatorios a la redacción de la historia patria, en cuya consecución se consideraba un simple obrero que concurría a aproximar los materiales del edificio futuro. Tenía el suficiente tino como para notar que su obra no había logrado por sí sola darle un marco a la historia nacional. Acto seguido, se permitía dudar de la eficacia de la estrategia:

Por grande que sea un hombre y el espacio que ocupe en la historia de una época no es posible encerrar dentro de sus lineamientos la vida múltiple de un pueblo y el movimiento colectivo que constituye la verdad histórica [...] Y tratándose de un hombre histórico de la talla de Belgrano, que a pesar de su grandeza, no es sino uno de tantos, y no siempre el primero; y de una revolución como la argentina, tan compleja, cuyo dualismo no había sido bien estudiado aún, se comprende que la historia no cabía en la biografía y que aquella tenía que ser necesariamente deficiente, y aun deforme a veces. Así, nos ha sucedido que el molde que habíamos preparado para vaciar una gran figura, no nos ha bastado para modelar artísticamente en él todo el metal en fusión de que podíamos disponer, resultando de aquí que ha estallado en partes, y en partes ha sido ampliado con formas que alteran la armonía del conjunto, el cual tampoco se presenta claro y de bulto cual correspondería (Mitre, 1882: 350-351).

Pese a esta aflicción tardía, a esas alturas había hecho uso y abuso del recurso biográfico. Lo aplicó en su *Manuscrito* sobre Artigas; en la *Historia de Belgrano*, un libro que era “al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una

época” (Mitre, 1887: 1) y, por supuesto, lo siguió explotando en la *Historia de San Martín*. Por eso Alberdi no desaprovechó la oportunidad de calificarlo de “parásito” que vivía “de la vida póstuma de los muertos ilustres” (2013: 53). La desaparición física de Belgrano lo relevó de avanzar mucho más allá de 1820, concretamente llegó en su última edición hasta 1821 —casualmente el año de su nacimiento—, porque consideraba que en esa fecha la nación argentina quedó de hecho y de derecho en posesión de sus propios destinos, independiente y libre, bajo una constitución republicana y federal. Algo similar le ocurrió con San Martín. Su exilio lo ancló en 1830. El don de la oportunidad de ambos personajes lo eximió de acercarse peligrosamente al tiempo que lo tenía a él mismo como actor protagónico. Estaba aliviado. La distancia de treinta años era un plazo suficiente para evitar el contacto morboso con su propia época, que hubiera podido comprometer la objetividad que tanto pregonaba.<sup>19</sup> Para asegurarla, pensaba que era suficiente con hacer “hablar siempre a los documentos e [intercalarlos], siempre que viniese al caso, sin extractarlos y hacerles perder su color, como hacen los actuarios en un elocuente discurso” (Mitre, 1937). Transcribir párrafos aislados podía llegar a despertar sospechas en sus lectores y erosionar su credibilidad.

Para el momento en el que Mitre escribía, el saber histórico ya estaba instalado en occidente como un conocimiento metódico. Según la historiografía erudita del siglo XIX, la investigación consistía en concurrir a los archivos sin preconceptos, estudiar los documentos allí conservados,

---

19 Mitre no era el único que creía que la inmediatez temporal le restaba credibilidad al historiador. En el Prólogo a las *Noticias históricas* de su padre, escrito en 1857, el hijo de Ignacio Núñez decía que “el historiador necesita no ser parte en los sucesos que relata: de otro modo, la verdad padece, porque muy rara vez hay la suficiente *honradez política* para confesar las faltas y errores de su propio partido”. [En cursiva en el original].

someterlos a la crítica filológica y obligarlos a develar sus misterios o, en otros términos, exigirles que den una explicación concluyente sobre lo que realmente había sucedido. Esto no quiere decir que Mitre haya alentado la repetición de los contenidos de las piezas palabra por palabra. Un historiador que “no ve los hechos que se esconden tras ellas, careciendo del sentido real de las cosas y de la penetración moral de los caracteres, es apenas un copista superficial, que mal puede reflejar en sus escritos la vida del pasado, ni presentar a sus actores en la escena, moviéndose, obrando y pensando, y menos aún juzgarlos *in animo et factis*” (Mitre, 1882: 326-327). Luego, no se trataba de hacer “un perfil recortado con tijera en el papel de los documentos” (Mitre cit. por Romero, 1943).

Cumplida la etapa empírica obligatoria, el significado de los datos se presentaba bajo la forma de una narración que se imaginaba libre de preformaciones ideológicas y de residuos conceptuales. Así, la explicación de lo que había acontecido se desprendería del relato de manera fluida y espontánea, liberando presuntamente a los historiadores de la responsabilidad por la organización de la trama. En el Prólogo a la *Historia de Belgrano* afirmaba:

... alumbrados en nuestro camino por los testimonios del pasado a la par que por las advertencias del presente creemos [haber penetrado el] verdadero espíritu de los hombres y [el] valor de las cosas de la época historiada, procurando dominar su conjunto para encontrar su correlación, su armonía y su significación, *a fin de que fluya de los mismos documentos sin propósito preconcebido, la unidad de la acción, la verdad de los caracteres, el interés dramático, el movimiento de la vida, el colorido de los cuadros, y se desprenda de su masa concreta el espíritu filosófico o moral del libro mismo,*



condiciones esenciales a toda obra histórica, y sin las cuales, aun siendo exacta, puede no ser verdadera (Mitre, 1867: LXIII). [Cursiva de esta edición].

Su defensa acérrima de la imparcialidad le exigía aferrarse al artificio de que la verdad, la unidad de acción, la puesta en intriga, todo, hasta el principio moral ordenador del relato, provenían de los mismos documentos. Pero esto no es más que una fantasía, cuya única virtud es reconfortar a los espíritus perturbados por la amenaza de la subjetividad. No se puede ir a los archivos sin propósito preconcebido. Solo la pregunta de investigación tiene el potencial suficiente como para desencadenar la metamorfosis que lleva a que un documento inerte se transforme en fuente. Este es el momento supremo del descubrimiento. Lo que no se sabe es si alguna vez Mitre se puso a pensar seriamente por el responsable del guion y de la selección de las piezas que, sin el planteamiento previo de un problema que encauzara la pesquisa, permanecerían sin respuesta, impávidas en sus estantes o, por lo menos, contribuirían muy poco a esclarecer “lo que realmente había sucedido”. Seguramente lo hizo. Al menos así lo supuso José Luis Romero (1943). La historia —señaló Romero— no podía ser otra cosa que elaboración y conceptualización para el hombre que fue capaz de observar que “la historia de Grecia o la de Roma estaba aún escribiéndose con novedad sin salir de los documentos conocidos”. Sin embargo y como les ocurrió a casi todos los historiadores eruditos, el positivismo imperante y su obsesión por la objetividad, lo condujo a considerar al archivo como un ámbito esencialmente neutro. Frente a la materialidad de las hojas, que incita a palparlas, manosearlas y hasta a olerlas, es muy difícil no caer en la sugestión de estar comunicándose con la historia sin ningún tipo de intermediación. En el momento del contacto, los

sentidos se obnubilan, a tal punto que transcurre casi inadvertida la complejidad de operaciones que se requieren para reconstruir el pasado. Y esa era la idea, que pasara inadvertida. Su estrategia no solo iba dirigida a convencer a los especialistas, sino que apuntaba sobre todo al público no iniciado, más proclive a dejarse seducir por el hechizo de los documentos.

Mitre compartía con Barros Arana su fruición por hurgar entre los papeles viejos: “nos gusta pasar horas tras horas cubriéndonos con el polvo que cubre los mamotretos y demás papeles olvidados en viejos estantes” (Museo Mitre, 1912: II, 135). Empero nadie —incluyendo a Mitre— puede hacerse el ingenuo. El archivo no escribe la historia. Sin un modelo explicativo que lo dote de sentido, el documento no dice nada. Este mutismo constitutivo, que indefectiblemente requiere de un sujeto que lo calle o que lo haga hablar, a veces hasta torciendo su voluntad, le permitió a Alberdi (2013) aseverar con seguridad que el *Belgrano* no era más que una leyenda documentada. Una fábula revestida de certificados en “apoyo a las lisonjas derramadas sobre el amor propio de los argentinos”. Su autor había coleccionado cinco mil documentos con la única intención de ir emancipándose de ellos mientras configuraba la trama. Y enredaba con astucia el método y el tema principal de la obra:

... su mismo libro es una revolución de la independencia contra la autoridad de sus documentos [...] [los formó en batallones como soldados bajo disciplina militar] [...] [pero] el general historiador llega hasta imponer silencio a sus soldados, esto es a sus documentos; les da su consigna, les hace hablar como él quiere y hasta cierto punto contra sí mismos, todo revolucionariamente y todo en gloria de la América. Pero los documentos, que se sienten *documentos de li-*

*bertad*, se muestran con frecuencia indisciplinados, y, tirando hacia la *democracia bárbara*, sacuden la autoridad del Excmo. autor y aclaman a Artigas, a Güemes, a las provincias sometidas y humilladas en nombre de la patria; poniendo en derrota al general historiador, que no por eso se da por vencido. Cuanto más alto hablan los documentos contra él, más grita él contra ellos. El cabeza de motín, es, naturalmente, la *Autobiografía* de Belgrano (Alberdi, 2013: 111-112). [En cursiva en el original].

Alberdi estaba convencido de que, solo forzando los documentos, Mitre había podido conseguir el milagro de reunir en un mismo discurso dos sistemas, resultando de su combinación una mitología política con base histórica. Así, el Belgrano real quedó atrapado en una novela y convertido en un héroe romántico: “si desgraciado fue en vida el vencedor de Tucumán, más lo ha sido después de muerto en poder de sus historiadores” (Alberdi, 2013: 269). Es que en cada legajo siempre acecha el peligro de oír lo que se quiere oír. Mitre había presentado sus documentos para que se vieran y no para que se leyeran. En este punto, López (1882) coincidía: en el Apéndice a la *Historia de Belgrano* había publicado documentos que repudió durante el proceso de escritura. Según el autor de *Las Bases*, para Mitre la historia fue una pieza más de su política de imposición de una nacionalidad violenta y forzosa que, en el plano más mundano de la fiscalidad, confiscó las rentas de la Nación en beneficio de una provincia. La falsa historia daba por resultado la falsa política (Alberdi, 2013). En consecuencia, pensaba que desde el mismo instante en que se sentó a escribir, Mitre tenía una idea preconcebida. La de sostener a toda costa una “verdad” amañada que no lastimara ni el orgullo del país ni la gloria de sus grandes hombres y que, al mismo tiempo, cumpliera

su deseo de probar que la revolución había germinado en Buenos Aires, una provincia que —paradójicamente— no había escuchado más balas que las de las guerras civiles.<sup>20</sup> Con esta intención deliberada, señala Alberdi (2013: 179), obtuvo un relato que no solo estaba reñido con los documentos sino también con los mismos hechos, de los que era un “narrador rutinario y cortesano de la vanidad de Buenos Aires”. Al adjudicar a los soldados americanos la autoría de la revolución, “que era obra de la acción civilizada de la Europa” y de la extenuación del poder español, idolatró la gloria militar, “que es la plaga de nuestras repúblicas”<sup>21</sup> (Alberdi, 2013: 100). Y concluyó lapidariamente que el hombre y su época habían sido historiados dos veces: una por el autor y otra por los documentos.

Solo en la vejez, Mitre pareció admitir más abiertamente la fuerte presencia que todo historiador tiene en su obra. En la crítica agria que disparó contra el libro de Adolfo Saldías y que publicó el 15 de octubre de 1887 en forma de epístola en el diario *La Nación*, tras aceptar que su otrora discípulo no había hecho más que seguir sus consejos y examinar escrupulosamente las fuentes, dejaba al descubierto las intenciones que subyacían detrás de sus propios escritos.<sup>22</sup>

---

20 Para Alberdi (2013: 223), el propio Mitre era un ejemplo: “desde cadete a general no ha peleado más que en la guerra civil, es obra exclusiva de la revolución y de la anarquía doméstica, y no ha derramado más sangre que la argentina, incluso la suya, derramada por una bala argentina también, cuya serial lleva en la frente como signo de anarquista consumado”.

21 Mitre (1903: 10) escribirá, en la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*: “Las colonias hispano-americanas eran libres de hecho y de derecho por su propio esfuerzo, sin auxilio extraño, luchando solas contra los poderes absolutos de la tierra coaligados en su contra [...] Pocas veces el mundo presenció un génesis político semejante, ni una epopeya histórica más heroica”.

22 Carta de Bartolomé Mitre del 5 de octubre de 1887. Saldías había quedado perplejo, casi asustado, después de terminar su propio libro. En una carta a Andrés Lamas del 15 de octubre de 1887, el mismo día en que había salido publicada la epístola de Mitre en *La Nación*, le decía: “Me permito enviar a V. el tomo último de un libro que comprende el estudio general de la época que media

Aparte de la indignación que le provocó la lectura del texto, que pretendía proseguir la narración de la historia argentina donde él la había dejado, creyó que el autor de la *Historia de Rosas y su época*, renombrada *Historia de la Confederación Argentina*, lo estaba desafiando en forma directa. Sintió que le hablaba a él sin rodeos cuando afirmaba que perseguiría la verdad histórica con prescindencia de las ideas que habían tenido su explicación en la efervescencia de las pasiones políticas. Y cuando concluía que era imposible servir a la libertad manteniendo los odios del pasado. Cegado por la ira, Mitre le respondió:

Si por tradiciones partidistas entiende usted mi fidelidad a los nobles principios porque he combatido toda mi vida, y creo haber contribuido a hacer triunfar en la medida de mis facultades, debo aclararle que conscientemente los guardo, como guardo

---

para los países del Río de la Plata desde 1820 hasta 1852. Cuadro incorrecto, imperfecto y más o menos exacto, es cierto, y que si algo demuestra es la ímproba tarea que ha aburrido mi tiempo durante seis años, en los cuales he debido leer, consultar, estudiar y utilizar unos quinientos volúmenes, como ocho mil hojas impresas y cerca de treinta mil manuscritos, calculando estas cifras muy por lo bajo, que ya las fijaré con exactitud. El espíritu prevenido contra este libro, ha alcanzado al desgraciado autor, cuyas ideas y principios en materia de libertad y de Gobierno, que ha sostenido su esfera humilde, pero en todos los terrenos de la cosa pública, podría haberlo escudado contra los que gratuitamente lo han motejado de defensor de la tiranía de Rosas, como si tal estrechez mereciera la pena de sacrificios, tiempo, salud y goces en los mejores años de la vida. Por lo demás, yo no entiendo haber terminado ese trabajo. Hoy por hoy he hecho la parte más o menos completa de los sucesos de la época. Todavía me queda mucho que hacer, lagunas que llenar, deficiencias que subsanar, muchos motivos que complementar, según los nuevos datos, aclaraciones y pruebas que recoja; y quizá juicios que modificar con mi ayuda propia, y si la crítica sana aunque serenísima (como debe serlo respecto de libro que se pretende de historia) encuentra que merece la pena fijarse en un libro con el cual pasa algo muy singular: es muy leído porque se agota prontamente en las librerías y sin embargo la prensa y los mejor preparados (en este país) hasta ahora han dicho nada sobre él". AGN. Fondo y colección Andrés Balmori, VII-2690. Con la excepción de la invectiva de Mitre, como el libro irritaba pero no se lo podía cuestionar desde el punto de vista documental, la respuesta fue el mutismo absoluto.

los nobles odios contra el crimen que me animaron  
en la lucha.

Ahora sí revelaba sin vueltas que, escondidos bajo una página de objetividad, los suyos habían sido verdaderos textos de combate.

De modo que pese al empeño que haya puesto Mitre —o ponga cualquier otro historiador pasado o futuro— para que pase desapercibida, la secuencialidad narrativa abre un abanico de significaciones sobre los sucesos y, en consecuencia, es capaz de desplegar escenarios alternativos derivados de la intencionalidad del autor. En el “acto creativo reside el valor de la historia como conocimiento, pero para realizarlo es preciso rechazar la idea de que por un lado existen los sucesos, que tienen un contenido objetivo, y por el otro las interpretaciones que se añaden a los sucesos: las interpretaciones no son secundarias, sino que son el medio por el que se construyen los propios sucesos” (Flores, 2010: 164). El hecho histórico no deja de ser una construcción y lo que le da forma a la obra histórica es precisamente el entrelazamiento inextricable entre el historiador y sus hechos.

## ¿Un presidente archivista?

Muchos de los documentos con los que trabajaban los historiadores eruditos como Mitre —además de estar atravesados por los intereses de grupo o las visiones del mundo que sustentaron su elaboración— habían sido apartados de su contexto de producción, algunas veces inconscientemente y otras de forma deliberada. Si bien la archivística moderna había nacido en 1841 con la teoría del historiador francés Natalis de Wailly y su enunciación explícita del principio de procedencia, un alto porcentaje de sus colegas conceptuaba

a los archivos como “restos”, constituidos por la agregación de un conjunto de individualidades inconexas que no pocas veces caían bajo la calificación de “curiosas”. Valoraban excesivamente las piezas disgregadas con el criterio subjetivo de importancia y competían por la posesión física del soporte, intercambiando manuscritos e impresos en su círculo íntimo de amigos. Pero, al quebrar el diálogo necesario entre los documentos, también se arriesgaban a que el pasado apenas pudiera enseñarles sus retazos.

Por eso Mitre sabía que la búsqueda documental no le iba a ser nada fácil. No todos los documentos estaban donde debían estar. Y su ambición era recuperar la completitud del tejido documental porque, tal como le recomendaba Andrés Lamas en 1854, “en colecciones no hay nada superfluo”. Todo servía. La originalidad radicaba en encontrar el santo grial, es decir, una fuente rica, inagotable y, principalmente, ignorada por los demás investigadores. Como exclamaba Carranza —parafraseando a Mitre— había que cavar en una mina desconocida (Museo Mitre, 1912: III, 116). Lamas se lamentaba porque “son tan incompletos los materiales que poseemos que se requiere largo tiempo y perseverancia para hacer algo medio completo”, por lo que le rogaba a Mitre: “coseche usted por mi cuenta todo lo que pueda y sírvase irlo depositando en poder de Andrés Somellera”. Atrayéndolo definitivamente hacia los caminos de la anticuaría, se permitió también darle un consejo: “La experiencia que he adquirido en mi trabajo sobre Belgrano, me hace rogarle que no precipite la publicación del suyo sobre Artigas” (Museo Mitre, 1912: I, 58-59). En efecto, la biografía de Belgrano fue originariamente un proyecto de Lamas. Según Alberdi (2013), había sido pergeñado en el Brasil, que debía su éxito al sistema monárquico que el prócer propuso para el Río de la Plata. No obstante, Mitre terminó apropiándose del tema y, en lugar de mandar los documentos “para

servir a la *Historia de Belgrano* de Lamas, los hizo servir para escribir la *Historia de Belgrano* por Mitre” (Alberdi, 2013: 48).<sup>23</sup> La biografía que se publicó en la *Galería de Celebridades* salió de su pluma. Finalmente, y sin pudor, se había adueñado del héroe. En el Prólogo del *Belgrano* confesó la expropiación. Estaban entre caballeros, ¿o no? Porque quizá lo más probable, tal como sospechaba Alberdi, es que lo hizo para exhibir los títulos de propiedad de la obra y alejar el fantasma del plagio. Si no había descubierto el tema, al menos consiguió erigirse en “el descubridor de documentos que estaban en los archivos, esto es, descubiertos ya. *Descubrir en los archivos* es como descubrir plata en los bolsillos de otro” (Alberdi, 2013: 49). [En cursiva en el original]. Después de quedarse con los materiales que había reunido por encargo ajeno, a cambio de la vida de Belgrano le cedió la de Artigas, que no había alcanzado a concluir.<sup>24</sup> Pese a las advertencias de Lamas, en el *Manuscrito* que bosquejó sobre el caudillo oriental no había llegado a documentar bien sus juicios.

La erudición de Mitre fue ascensional. Solo con los años y mientras se dedicaba a la acción política, se fue ejercitando en el oficio y definiendo una posición historiográfica rayana

---

23 Sarmiento prevenía a Mitre desde Río de Janeiro que Lamas: “Tiene a punto de concluir la vida del general Belgrano, de que Vd. me había hablado; pero de simple biografía que Vd. conoció, es ahora historia profunda, que como un río y de largo curso atraviesa majestuosamente todas las fases de la revolución en que el general Belgrano tomó parte desde la invasión inglesa hasta su muerte. La ha enriquecido con estudios completos hechos por varios de nuestros antiguos generales sobre las primeras batallas, y con documentos diplomáticos que arrojan una grande luz sobre aquellos oscuros sucesos. Su aparición será un verdadero acontecimiento, y su autor, Oriental, escribiendo uno de los episodios más notables de nuestra historia, tomará carta de ciudadano en nuestra literatura, haciéndole el mismo servicio que Guizot a la Inglaterra, escribiendo la de los Stuardos o de Monck”. En AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2620 y VII-2656, se conservan los apuntes y las copias de documentos de este trabajo inconcluso.

24 Mariano Vedia y Mitre recién publicó El *Manuscrito de Mitre sobre Artigas* en 1937. Es probable que Mitre iniciara este trabajo contagiado por el *Facundo* de Sarmiento. En estos apuntes no se ahorró ninguna calificación negativa sobre Artigas. Lo llamó el “caudillo del vandalaje” y el “jefe natural de la anarquía permanente”.



con el positivismo científico. Al principio confió demasiado en las leyendas, en lo que por ahí se decía y, en especial, en la palabra de su suegro Nicolás de Vedia, que participó en las expediciones libertadoras a la Banda Oriental y en las guerras civiles, y escribió unos apuntes históricos sobre la Guerra de la Independencia y biográficos sobre José Artigas. No obstante, si bien con el paso del tiempo su entusiasmo por el papel viejo creció en intensidad, nunca renegó de los relatos orales:

... a la vez de registrar los archivos y exhumar los documentos escritos sepultados en el polvo del olvido, que ninguna mano había removido en el espacio de medio siglo, procuramos vivificarlos por el testimonio oral de los contemporáneos que habían sobrevivido a su época, y tuvimos la fortuna de comunicar desde nuestra juventud con muchos hombres notables que han figurado en primera línea en la revolución argentina a los que debo preciosos datos (Mitre, 1882: 351).

Luego, el método consistía en desenterrar los documentos y amalgamar sus datos con las noticias que se encontraban desperdigadas en algunas obras y con la tradición oral, antes de la desaparición física de los principales actores. Además de Vedia citaba, entre otros informantes, a su padre Ambrosio Mitre, a su padrino José Rondeau, quien le legó sus memorias y su espada; a Julián Álvarez, conocedor de la historia anecdótica de la Revolución de Mayo y “cuya cabeza era un repertorio vivo de figuras animadas”, a los generales Tomás Guido, Enrique Martínez, José Matías Zapiola, José María Paz, Félix de Olazábal e Ignacio Álvarez Thomas; al almirante Manuel Blanco Encalada; y a Lucio Mansilla, Nicolás Rodríguez Peña, Pedro José Agrelo, Vicente Anastasio Echevarría, Pedro Somellera, Juan

Andrés Gelly, Nicolás Anchorena, Juan Bautista Peña, José Eusebio Agüero y al canónigo Pedro Pablo Vidal, “crónica andante de la murmuración de una época” (Mitre, 1882).

Sugería que era conveniente sistematizar primero los recuerdos para racionalizarlos después. Los procedimientos más frecuentes —tanto los suyos como los de sus colegas— eran la conversación directa con los protagonistas, “de silla a silla”, la remisión de cuestionarios a los personajes que habían intervenido en las acciones o dejar la posibilidad de este diálogo en manos de terceros que fueran dignos de confianza. Por encargo de Mitre, el 24 de diciembre de 1856, Carlos Calvo se ocupó de hablar en Montevideo con Ramón Cáceres, recién llegado de Salto: “después de varias visitas, he conseguido que me conteste a las interrogaciones de usted con bastante minuciosidad” (Museo Mitre, 1912: I, 84). Pero estos historiadores no solo se apoderaban de los recuerdos, sino que también se abalanzaban sobre los papeles. En este caso, no era mucho lo que se podía hacer. Se habían perdido irremediablemente “entre curas y sacristanes”. Mitre siempre conseguía corresponsales officiosos, atentos y diligentes en quienes descargar una parte significativa del trabajo de campo. Ciertamente, solo él podía darse el lujo de disponer de un colaborador de la talla de Calvo, y encima, con semejante nivel de compromiso:

No puede usted imaginarse, mi estimado amigo, [afirmaba Calvo] las personas que he visto y las cosas que he presentado para llenar cumplidamente sus exigencias, y, a pesar de las contrariedades que he sufrido, me anima, empero, la esperanza como he dicho a usted antes, que he de reunir cuanto usted necesita; tenga, pues, confianza en mi dedicación y mi perseverancia (Museo Mitre, 1912: I, 84).

En el caso de que los personajes buscados hubieran muerto, no quedaba otra alternativa que apelar a sus familiares para depredar los pocos documentos que todavía conservaban y que habían conseguido sobrevivir a un pasado turbulento. Si para adueñarse de los originales no alcanzaban las promesas de vindicar a sus antepasados y rescatarlos de las brumas del olvido, se conformaban con obtener copias. Las damas —viudas, hijas y hermanas—, eran las presas más fáciles:

La señora Ana Monterroso, viuda del general Lavalleja [le informaba Calvo], ha manifestado mucho pesar por no poderme proporcionar los papeles de su finado hermano, que solicité para tomar copia y remitir a usted, porque no existen en su poder, encontrándose confundidos con los demás de la testamentaria, que, aunque sabe que existen muy pocos, ha comisionado al escribano don Ramón García, para que le separe todo escrito que encuentre de su hermano y también de su esposo. Agregó la señora de Lavalleja que, de su esposo serían muy raros los que pudiese encontrar, especialmente de la época de Artigas, porque el año de 1832, el general Oribe había hecho un saqueo completo del archivo del general, apoderándose de la correspondencia secreta oficial y particular; que ella suponía, que don Juan León de las Casas podría, tal vez, darme alguna noticia de su paradero. Me dijo también, que más tarde, cuando el señor Andrés Lamas fue encargado de escribir la *Historia de la República*, solicitó al general Lavalleja algunos documentos, y éste le envió cuanto conservaba en su poder, con lo cual llenó un gran baúl (Museo Mitre, 1912: 83-84).

Para un escritor obsesionado con la objetividad, los testimonios orales arrastraban demasiados vicios, entre otros, los errores de la percepción; la observación realizada durante coyunturas de violenta conmoción afectiva; los humores del espectador, muchas veces sujeto a la fatiga o a la emoción, y sus diferentes grados de atención; los condicionamientos derivados de reparar solo en aquello que premeditadamente se quiere percibir, la intencionalidad de las fuentes cuando son muy directas; y el pedido tardío del historiador, en ocasiones sobre asuntos que en su momento no habían concitado el interés del testigo (Bloch, 1974).<sup>25</sup> El 23 de noviembre de 1864, Mitre le hizo llegar un interrogatorio de este tipo a Juan Gregorio de las Heras. No lo entrevistó personalmente porque el guerrero de la independencia vivía desde hacía mucho tiempo atrás en Santiago de Chile. En la contestación de Las Heras aparece expuesta con crudeza una limitación más de este recurso. El anciano general no quería entrar en disensiones ni ganarse el odio postrero de sus camaradas de armas. Deseaba morir en paz, sin legarles a sus hijos pleitos inútiles:

También he recibido el plieguito de preguntas que usted me hace respecto de los sucesos de nuestra revolución; él contiene cosas que me serán fáciles de

---

25 Mitre le detalló a Lamas las inexactitudes que contenían los *Apuntes para la historia de Santa Fe* de José Urbano Ramón de Iriondo, yerno del primer gobernador de Santa Fe, Francisco Antonio Candiotti y, de paso, aprovechó una vez más la oportunidad para lanzarle un tiro por elevación a López: "El folleto de Iriondo tiene su interés; pero como lo escribí [...] de memoria, comete errores cronológicos y de hecho, que producen gran confusión en el que no conozca la historia. Inventa combates que nunca tuvieron lugar, exagera otros que fueron insignificantes, de dos o más combates hace uno en distintas épocas. López que lo ha tomado por guía [...] ha reincidido en los mismos errores. [...] [Y concluía su crítica con una amenaza erudita] La especie del ejército de San Martín para ocupar Santa Fe, es otra originalidad desmentida por la correspondencia oficial y confidencial, como lo demostraré con documentos". AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2689.

llenar, pero hay otras, que si hubiera de conferenciar con usted, como se dice, de silla a silla, no sería difícil el dar a usted datos suficientes para que pudiera formar su juicio, principalmente quedando algunas personas vivas que han hecho un gran rol y por quienes sería preciso entrar en polémicas, de que yo huyo, y que no quisiera dejar por herencia a mis hijos (Museo Mitre, 1912: II, 97-98).

Prefería exponer sus opiniones oralmente y no sobre el papel. El sonido tenía la ventaja de ser fugaz, e incluso hasta se podía acomodar según la conveniencia, mientras lo escrito quedaba fijado para siempre. Al final de su carta le imploraba:

Suplico a usted, mi general, que admita usted mi súplica y es que mientras yo viva, que no será muy largo el plazo, que no escriba usted nada sobre mí, y que haciéndole usted después, si así lo quisiese, le quede la libertad a todos de juzgarme como les parezca (Museo Mitre, 1912: II, 99).

Por lo tanto, la búsqueda de materiales escritos se hizo imprescindible e inevitable. Pero la situación de los archivos argentinos conspiraba contra el método que habían impuesto y divulgado los historiadores europeos. Hacer historia erudita sin documentos sistematizados era imposible. Si bien en esa época ya existía en Buenos Aires un archivo público provincial, fundado en 1821 y nacionalizado después de 1884, tras la caída de Rosas presentaba un estado alarmante. En el Prólogo a la *Historia de Belgrano*, Mitre denunciaba hasta sustracciones patrimoniales producidas en períodos de desorden. Daba como ejemplo aquellos manuscritos referidos a las negociaciones para la

coronación del Infante Francisco de Paula, que se hubieran perdido totalmente si tanto Rivadavia como Pedro José Agrelo no hubiesen salvado de la destrucción las principales piezas originales. A continuación, reconocía que en su “archivo particular” guardaba una de las varias convenciones proyectadas, que había quedado primero en poder de Rivadavia y después de Florencio Varela. No hacía ningún cuestionamiento sobre la forma en la que estos documentos públicos habían ido a parar a las manos de todos ellos.

En lugar de exigir a las autoridades que reafirmaran la posición institucional del Archivo general, o mejor aún, hacerlo él mismo cuando ocupó los más altos cargos en el gobierno provincial y nacional, Mitre evaluó seriamente la idea que su Instituto Histórico-Geográfico del Río de la Plata, fundado el 3 de septiembre de 1854 a partir de las bases orgánicas que él mismo redactó, desempeñara a la vez la función de repositorio histórico para ponerle un punto final al dislocamiento de la documentación. Un espacio integrado por “amigos” que se hubieran “consagrado a los estudios políticos y sociales”, porque “el fuego sagrado de la ciencia no tiene entre nosotros un altar público, y solo arde en el fondo del gabinete del hombre estudioso” (Mitre, 1889: 113). Y no solo de amigos. El hecho de que invitara a participar a un viejo adversario político, Pedro de Angelis, es una prueba más que evidente de su intención de contar con el aporte de los valiosos manuscritos e impresos que el ex funcionario de Rosas había reunido a lo largo de su vida. Era indispensable que las “meditaciones solitarias se magnificasen por la discusión y el contacto” permanente con escritores y con las corporaciones literarias y científicas tanto locales como del exterior. Ponía en primer lugar al Instituto Histórico e Geográfico Brasileño, creado en 1838, nueve meses después que el Archivo del Imperio. En una carta invitó a sumarse al entonces embajador oriental en Río de Janeiro, Andrés

Lamas, mencionándole que esperaba convocar, entre otros, a Alsina, Vélez Sarsfield, Tejedor, Barros, Pazos, Acevedo y Sarmiento. Pese a que todavía no estaba profesionalizada la disciplina en el país, la escritura de la historia ya venía demandando la conformación de una comunidad científica que legitimara el método, normalizara los controles y socializara el valor y la incidencia de los resultados de las investigaciones individuales. Por el momento, el grupo era reducido. Tal como se quejaba Carranza:

... los que cultivamos esta clase de literatura, no tenemos *público*, ni otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido, y el aprecio glacial de un pequeño círculo de aficionados, que si no es poco, no es bastante para sacrificar el tiempo (moneda inglesa) a las tentaciones estériles de la gloria *sin pan*. Falta el estímulo de los que están en el poder, para que con esa palanca de Arquímedes, se eleve a profesión, la que ahora no pasa de un simple entretenimiento con limitados horizontes (Museo Mitre, 1912: III, 119). [En cursiva en el original].

Por otra parte, y más allá de fungir como espacio de sociabilidad masculina para la elite que estaba construyendo el país desde la acción, pero también desde la pluma, uno de los objetivos principales del Instituto, según Mitre (1889: 113), era “reunir todos los documentos históricos que andan dispersos” y “poner algún orden en el caos de documentos que constituye nuestra herencia historial”, de modo que la historia nacional pudiera erigirse sobre sólidas bases heurísticas. Esperaba publicar una parte de ellos en una revista mensual de alrededor de doscientas páginas (Museo Mitre, I, 1912). Era una lástima, porque solo los organismos públicos pueden garantizar la accesibilidad universal

evitando que la práctica historiográfica quede reservada a unos pocos y permitiendo que los demás historiadores puedan verificar las fuentes.

Las ediciones no resolvían el problema y, en ocasiones, hasta lo agravaban. Siempre eran tendenciosas. Alguien ya se había encargado de elegir las piezas, e incluso de desnaturalizarlas, de acuerdo a su propia perspectiva de la historia. José Manuel Estrada acusaba a Pedro de Angelis de suprimir arbitrariamente párrafos en sus transcripciones para deslucir la acción de los jesuitas, concluyendo que nadie tenía derecho a desfigurar obras ajenas y exigía a los editores que guardaran con escrúpulo la integridad de los documentos que publicaban.<sup>26</sup> Por su parte, Vicente Fidel López (1882) desconfiaba de un documento de Pedro Andrés García que Mitre había tomado de la antigua *Revista de Buenos Aires*. Tenía faltas de ortografía, adjetivación parcial y un contexto sospechoso. Para salir de las dudas, inmediatamente consultó con el editor y obtuvo el original que le fuera regalado a Navarro Viola por Ildefonso García en 1858, atribuyéndolo erróneamente a su antepasado. Así pudo confirmar sus presunciones. El manuscrito no era de Pedro Andrés García. No era su letra, no llevaba ni su firma ni la fecha al pie, por lo que terminó concluyendo que era apócrifo.

A la incertidumbre acerca de la procedencia y autenticidad de algunos documentos, se sumaba la displicencia que estos eruditos demostraban a la hora de referenciarlos obviando señalar, premeditadamente o no, el lugar de dónde

---

26 *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. Año I, núm. 1. Buenos Aires, mayo de 1863. Estrada (1863: 156) escribió: "importa salvar esos preciosos documentos tanto de la destrucción de la polilla, dándolos al público; como de las graves alteraciones porque hayan pasado, cuando al imprimirlos se ha desfigurado el fondo de sus pensamientos y hecho perder las huellas distintivas del carácter de sus autores. En este caso se encuentra la primera edición que el literato italiano don Pedro de Angelis, hizo de la *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* escrita por el Padre José de Guevara".



los habían obtenido. Fuera del contexto de producción, es mucho más difícil llegar a un pronunciamiento concluyente acerca del carácter auténtico o apócrifo de una pieza documental. Trelles (1863: 357-358) reconoció en un artículo sobre el puerto de Buenos Aires en el siglo XVII:

Los pocos documentos que conocemos todavía de la época que nos ocupa, y la creencia en que estamos, de que han desaparecido en su mayor parte los que podrían darnos más luz sobre los hechos que tratamos de esclarecer, nos obliga a estudiar con la mayor atención todo papel que llega a nuestras manos, por insignificante que parezca. A este número corresponde el que ahora haremos conocer, que hemos encontrado sin firma, ni fecha, y sin más pruebas de autenticidad que la escritura secular en que está extendido y una rúbrica que no tiene igual en los documentos contemporáneos con que hemos podido compararlo. Pero, aun cuando pudiesen verificarse, esos datos no bastarían para determinar la fecha con la precisión que se requiere; y para mayor confusión, hemos encontrado ese papel, entre documentos que corresponden a veinte años después de aquella que pertenece en realidad.

Todos estos problemas se agudizaban porque por fuera del Estado, una cantidad ingente de documentos yacía en poder de particulares, tanto de los protagonistas de la historia, de sus familiares y descendientes, como de coleccionistas y bibliófilos, ya sea historiadores, libreros y editores o, lo que es peor, el paso del tiempo ya se había encargado de ellos destruyéndolos para siempre. Vale decir que el espacio que dejaba la falta de solidez de las instituciones públicas, fue ocupado por un vasto sistema privado de bibliotecas y colecciones de documentos que suplió los ámbitos oficiales

de socialización. Con la intención de constituir una enorme biblioteca americana colectiva, aunque sin dejar de abonar un modelo caracterizado por la consulta restringida y el acceso discrecional a las fuentes, la red pudo trascender las fronteras nacionales extendiéndose particularmente por la Argentina, Chile y Uruguay. Algunos de los integrantes más conocidos fueron los argentinos Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Florencio Varela, Antonio Zinny, Juan Manuel Estrada, Juan María Gutiérrez, Manuel Ricardo Trelles, Enrique Peña, Alejandro Rosa, Estanislao Zeballos, José Marcó del Pont, Juan Manuel de la Sota, Samuel Lafone Quevedo, Francisco Berra, Ángel Justiniano Carranza y Adolfo P. Carranza, más el francés Martín de Moussy; los uruguayos Teodoro Vilardebó, Clemente Fregeiro, Andrés Lamas, Alejandro Magariños Cervantes, Ángel Floro Costa, Carlos Calvo y Francisco Bauzá; y los chilenos Toribio Medina, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, José Víctor Lastarria, Gonzalo Bulnes, Carlos Morla Vicuña, Gregorio Beeche, Crescente Errázuriz y los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate. Sus temas de investigación no siempre coincidieron con la nacionalidad.

A la red se llegaba por amistad o parentesco. En 1875, Barros Arana, propietario de una biblioteca de alrededor de diez mil volúmenes, le escribió a Mitre en nombre de Ignacio Zenteno, hijo del ministro de guerra y marina de O'Higgins, para que autorizara a este escritor a consultar los papeles del Libertador que el ex presidente había obtenido de su hija Mercedes. Zenteno deseaba publicar algunos de ellos, junto a otros tres mil documentos oficiales y centenares de cartas que formaban parte de su colección sobre la historia de Chile entre 1817 y 1823 (Museo Mitre, 1912, II). Lamas le enviaba a Mitre los planos de Concepción y Talcahuano que habían pertenecido a San Martín, de autoría del ingeniero

militar José Alberto Bacler d'Albe; en tanto un par de años después, Mitre le solicitaba tomar copia del plano de la batalla de Sipe Sipe, que había sido de Rondeau y que en un arranque de generosidad le había obsequiado a Lamas en Montevideo.<sup>27</sup>

Estos contactos intra-elites también les permitieron a estos primeros historiadores divulgar y comercializar sus títulos, así como enterarse tanto de las investigaciones que emprendían sus colegas, como del nombre de aquellos que ya se habían apropiado de las piezas que ellos no habían podido conseguir. Julio Zuviría prevenía a Mitre desde Montevideo: “Un señor Lamas, residente en Río de Janeiro, que, como usted sabe, escribe o aspira a tener parte en el honroso trabajo de publicar la historia sudamericana o de estas repúblicas, ha escrito a varios individuos, incluso mi papá, para que le procuren a toda costa, documentos antiguos, o sus copias y toda noticia política de aquella época de interés para la historia” (Museo Mitre, 1912: I, 144). El general Lavalleja, el doctor Juan I. Aguiar, el coronel Cáceres y cuantos contemporáneos del general Artigas existían, o sus herederos, todos, absolutamente todos, terminaron pagando un tributo a Lamas, a título de historiador de la república. Los documentos públicos se intercambiaban y obsequiaban como si fueran las figuritas de un álbum. Hacia 1884, Carranza le decía a Mitre:

Ahora tres años, cedí al señor Lamas, entre otros, un expediente muy curioso, iniciado en 1821, por el alcalde Palavecino (que fue quien recibiera la denuncia del negro Ventura) reclamando su parte de premio por aquel sonado servicio. [...] Si desea usted hojearlo, no

---

27 Cartas de Bartolomé Mitre a Andrés Lamas del 27 de agosto de 1874 y del 8 de junio de 1876. AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2689.

será difícil obtener esa pieza: a no ser que prefiera solicitarla directamente. Recuerdo que con dicho expediente iba la causa instruida a Goyeneche en Chuquisaca por los asuntos de la Carlota con la relación original del doctor Moreno; la seguida a Cabello y Mesa por infidencia (N. Perdriel), y el sumario levantado con motivo de la muerte del general Mackenna en el desafío con L. Carrera, todas de gran importancia histórica. Le mando el proceso que instauró Monteagudo a los conjurados de 1819 (Museo Mitre, 1912: III, 110-111).

En otra carta parecía reprender al ex presidente por no incluir en su capítulo sobre la guerra del corso un documento de su colección:

He sentido no recordase usted en la introducción de la Argentina, al pasar en revista las operaciones de corso durante la guerra de la independencia, la célebre cuanto desastrosa campaña de la fragata nacional Heroína, mandada por el comandante David Jowett [sic.], el mismo que se distinguió pocos años después, secundando al marqués de *Maranhão* en el norte del Brasil. Poseo su interesante relación (Museo Mitre, 1912: III, 117).

Carlos Casavalle cobraba una parte de los trabajos de edición que realizaba su empresa comercial en piezas documentales, que inmediatamente pasaban a formar parte de su vasta colección de manuscritos.

Para la intelectualidad de la época esta endogamia documental, que en ningún caso conseguía traspasar los límites de la sociabilidad burguesa, no era un problema sino más bien una solución. Habilitaba una perspectiva

mucho más monolítica del pasado nacional. Si la historia exhibía un país agitado por la ebullición de las divisiones internas, al menos era imperativo llegar a un acuerdo sobre la manera de contarla.

A fin de acceder a la totalidad de los testimonios que se conservaban, Mitre debía activar sus contactos e iniciar el peregrinaje por las casas de la ciudad en procura de dar con algún vestigio, con alguna “pieza rara”, antes de que las huellas se desvanecieran del todo. “La que Ud. me pide es muy rara —le advertía a Lamas en ocasión de la solicitud de un impreso— y sólo se halla entre los folletos encuadernados de un bibliófilo de la ciudad, quien me dará una copia en el caso que no encuentre un ejemplar” (Museo Mitre, 1912: I, 63).

Como había que disimular la presencia del historiador en la trama, el valor de una obra dependía demasiado de la posesión fortuita y clandestina de un testimonio individual. El ocultamiento de las piezas hasta tanto el poseedor ocasional concluyera su propio trabajo estaba a la orden del día. En 1856, Carlos Calvo le avisaba a Mitre, enceguecido por encontrar documentos sobre Artigas:

El señor Ignacio de las Carreras le lleva a usted un grueso paquete para el Instituto Histórico, que, entre muchos documentos que le envía el señor La Sota, acompaña el índice de la historia que tiene escrita, y en que se encuentran mencionados cuanto existió en el Archivo del Cabildo; aunque me ha ofrecido dar una copia para mí, bueno sería que usted me indique, marcando en él, lo que pueda necesitar, porque *a pesar de mostrarse el señor La Sota muy celoso de que no se aprovechen de sus trabajos antes de haber dado cima a la publicación que se propone hacer por medio del Instituto*, creo que con la frecuencia que nos vemos actualmente, he de conseguir copias de todos los do-

cumentos que usted precise (Museo Mitre, 1912: I, 83).  
[Cursiva de esta edición].

Más grave aún era el hecho de que el santafesino Juan Manuel de La Sota escribió la *Historia del Territorio Oriental del Uruguay* con los documentos que escamoteaba a sus pares mientras se desempeñaba como archivero público en Montevideo: “ningún otro tiene en el país la colección de documentos que existe en poder de este señor, porque ningún otro ha podido mejor que él reunirlos, por su empleo de archivero general que conservó tantos años” (Museo Mitre, 1912: I, 87).<sup>28</sup> Además, Calvo observaba que el estado de ese departamento era tan deplorable que la revisión de los escasos legajos que lo componían podía ser una empresa de largo aliento. Y agregaba que la única manera de conseguir sin tantos vericuetos las piezas que había recopilado este archivero circunstancial era que el Instituto se decidiera a publicar sus transcripciones. Vale decir que La Sota usaba la repartición pública exclusivamente para sus trabajos personales. Mientras tanto, imponía condiciones arbitrarias a la consulta de los demás. No conforme con esto, su labor en el organismo era cuasi nula. Y, por último, apelaba a la extorsión para facilitar el acceso. Pero La Sota no era diferente a sus colegas. Todos hacían lo mismo. Incluso, para poder entrar en el Instituto Histórico-Geográfico era indispensable contar con “buenos documentos”.<sup>29</sup>

---

28 Pivel Devoto (1965: IX) sostiene que el mérito de la obra de La Sota no está en la originalidad de la información, ni en el plan de la obra, que sigue el modelo de los cronistas antiguos, sino en “el hecho de que sus páginas contribuyeron a perfilar la individualidad histórica del Uruguay, que compareció desde 1841 ante los demás países del continente, a través del relato ordenado circunscripto a su territorio, con una historia desglosada del vasto panorama en el que hasta entonces se hallaba inserta”.

29 “Ayer me he permitido dar una carta de introducción para usted, al apreciable caballero doctor don Adolfo Rodríguez [ex ministro de gobierno y relaciones exteriores del Uruguay] que, acom-

Calvo también le advertía a Mitre que no era el único que estaba tras esta clase de papeles: “Tiene usted también muchos concurrentes, que no solo *hace tiempo coleccionan documentos históricos de la misma época*, sino que se ocupan de escribir sobre el mismo tópico” (Museo Mitre, 1912: I, 85). [Cursiva de esta edición]. Antonio Díaz preparaba la *Vida y hechos de armas del general Artigas* para probar que este caudillo era el glorioso “fundador de la nacionalidad oriental”. Después estaban el doctor Castellanos, que venía apropiándose de gran cantidad de documentos —probablemente lo hacía “por las dudas” porque Calvo intuía que no tenía el tiempo suficiente para esta clase de digresiones intelectuales—; y el médico, naturalista y paleontólogo uruguayo Teodoro Vilardebó, uno de los socios fundadores del Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo, a quien Mitre conocía muy de cerca.<sup>30</sup> Y, por supuesto:

... viene el gran historiador oficial, el señor Lamas, quien, no solo por su alta inteligencia, sino muy especialmente, por la riqueza de sus colecciones, que forman el archivo todo de esta república, me parece el más apto para hacer algo serio, de todos los que he mencionado; y aunque el proyecto del señor Lamas sea vasto, desde que se extiende a la historia toda del

---

pañado de su señora va a visitar nuestra hermosa capital. El doctor Rodríguez podría ser un miembro útil para el Instituto, tiene muy buenos documentos, y acaba de publicar una colección de leyes, decretos y tratados de la República Oriental, con que le obsequiará”. Carta de Carlos Calvo a Bartolomé Mitre del 24 de diciembre de 1856 (Museo Mitre, 1912: I, 87). En cuanto a La Sota, Lamas, que desdénaba su trabajo pero codiciaba sus transcripciones, no lo incluyó como miembro fundador del Instituto ni lo incorporó más adelante. Años después no perdió la ocasión de sumar a su papelería histórica los manuscritos y apuntes que el santafesino había compilado (Pivel Devoto, 1965).

30 Vilardebó, entre otros papeles públicos, tenía en su poder el extracto de la contienda judicial y política entre Liniers y Elio, de los años 1808 y 1809. La copia está incluida en el Fondo y colección los López, VII-2375, pieza núm. 5.269.

país, es natural que ha de detenerse en gran parte de su obra, a narrar la época en que tanto figuró el general Artigas, como el más conspicuo personaje de la guerra de la independencia (Museo Mitre, 1912: I, 86).

Llamativamente, pareciera que Calvo le atribuía más valor a la “riqueza de las colecciones” de Lamas que a “su alta inteligencia”.

Juan María Gutiérrez, otro de sus proveedores habituales de libros, folletos, catálogos y cartas originales “para que se sirva [conservarlos] entre la valiosa colección de documentos patrios que usted ha logrado formar con tanto celo como inteligencia” (Museo Mitre, 1912: I, 217), también presionaba a Mitre para que se ocupara más activamente del Instituto, para que trazara el plan de ediciones —muchas de ellas de fuentes— y para que aprobara la lista de las investigaciones que se debían publicar, por orden de prioridades.<sup>31</sup> Nada podría pasar a la imprenta sin su “exequátur”. Y con obsecuencia le decía: “Si no me oprimiese tanto nuestro *farouche* espíritu democrático, mañana mismo colocaría su retrato de usted sobre los estantes [de la Universidad]” (Museo Mitre, 1912: I, 194). Por su parte, el ex gobernador de Tucumán, Agustín Justo de la Vega, lo incordiaba para pedirle que el Gobierno nacional reclamara varios cajones colmados de documentos del archivo del ejército nacional de la época de Belgrano, que fue traslado desde los almacenes de la aduana a una escribanía de la capital de su provincia, en donde yacía completamente abandonado. Entre tanto, en 1863, Mitre trajo desde Paraná a Buenos Aires el archivo de la Confederación. En un principio, lo hizo depositar en la Casa de Gobierno, pero los dos incendios que se desataron en 1867 produjeron su casi absoluta destrucción

---

31 Carta de Juan María Gutiérrez a Bartolomé Mitre del 26 de enero de 1863 (Museo Mitre, 1912, I).



y pérdida. Las piezas que se salvaron fueron trasladadas en desorden a la Aduana Vieja, de donde desaparecieron sin dejar rastros, con la excepción de algunos cajones que recibió Guido Spano en agosto de 1893. Lo inquietaban los papeles muy viejos, pero no tanto los que estaba produciendo su propia generación.

Al “presidente historiador” —al que también se le podía sumar el empleo de “archivista”—, que tenía en un mismo tintero la pluma del escritor y la pluma que hacía decretos (Alberdi, 2013), no parecían incomodarle los encargos documentales de sus amigos. Para él no eran un pasatiempo pueril ni un simple entretenimiento con limitados horizontes, como creía Carranza. Alternaba sin sobresaltos las búsquedas documentales y sus investigaciones con la resolución de los graves problemas que le planteaba la titularidad de la primera presidencia constitucional del país unificado, entre otros, resolver la cuestión capital, arreglar el Poder Judicial, erigir una fiscalidad eficiente, terminar con las montoneras residuales que perturbaban la paz interior y solucionar las controversias limítrofes. En fin, echar las bases del Estado moderno. “Gobernar es historiar”, le repetía insistentemente una voz interior. No era una insensatez. La Historia tenía un fin instrumental a la gestión de gobierno. De allí que esta sucesión ininterrumpida de dificultades que hubieran abrumado a cualquiera, no conseguían distraer al Presidente de sus especulaciones históricas. Atendía ambas cosas con similar dedicación. Alberdi (2013: 35) sintetizó con cinismo el doble empleo de Mitre:

Cuando el presidente de un país, agobiado en el exterior e interior, de cuestiones y de necesidades las más apremiantes, cree deber poner a un lado, los trabajos de su solución, para ocupar su tiempo, enajenando a

la nación, en estudios de historia, es preciso creer que ese estudio es, en su opinión, más importante que todos sus trabajos de gobierno, o, lo que es igual, que ese estudio no es otro que el del gobierno mismo que está encargado de constituir y organizar.

Un año después de acceder a la Presidencia de la República su archivero estrella, provisionador oficial de documentos y *cicerone* para el hallazgo de piezas en el repositorio y la biblioteca provinciales —de los que fue sucesivamente titular—, Manuel Ricardo Trelles, le pasaba la lista de los libros y documentos que consideraba conveniente ir encargando sin demora al exterior.<sup>32</sup> Era un servidor esmerado. Por algo Mitre lo había recomendado para el puesto de archivero en 1858, pese a que ya venía obteniendo favores de las autoridades del organismo desde 1853. El Gobierno provincial hasta lo había autorizado a llevarse las piezas duplicadas.<sup>33</sup> Pero nada dura para siempre. En 1875 uno de sus adversarios, Carlos Guido Spano, reemplazó a Trelles en la dirección del Archivo. Además de no acordar en nada con su política, en lo personal, Guido lo culpaba de ser el principal responsable de la disminución de la importancia histórica de su padre. En una carta sin fecha, presumiblemente de 1884, Ángel Justiniano Carranza prevenía a Mitre, interesado en el proceso seguido contra Felipe Sentenach: “Dudo

---

32 Al cónsul en Sevilla y al cónsul en Barcelona, el coronel general Thompson, Trelles consideraba que había que pedirles la colección de reales cédulas relativas a Indias publicada en 1596 o 1599 por Diego de Encina, las copias de las capitulaciones con Pedro de Mendoza, Cabeza de Vaca y Ortiz de Zárate, la copia de un informe de Irala, la copia del retrato de Hernandarias y, en general, todos los papeles más antiguos del Consejo de Indias que no se encontraban en los archivos locales. Además, solicitaba el antiguo cedulario impreso en Lima y todo lo relativo al padre Techo, básicamente, la *Historia del Paraguay*, aunque sospechaba que Mitre ya la tenía en su biblioteca personal (Museo Mitre, 1912: I).

33 11 de agosto y 20 de octubre de 1853. Fondo AGN. Legajo núm. 6.

mucho que el actual archivero, señor Guido, sea propicio a nuestro intento. Hoy, es punto menos que imposible consultar allí mismo cualquier documento, se necesita orden y autorización expresa, etc., etc. Con todo haremos la tentativa si la cree indispensable” (Museo Mitre, 1912: III, 110). En otra carta no tenía inconveniente alguno en admitir que para escribir su *Historia Naval* se había apropiado de la causa que se le instruyó a Brown cuando regresó de su crucero por el Pacífico, un documento a todas luces público.

Una vez que traspasó el umbral de su despacho y se puso al corriente de la situación, el nuevo Archivero general le escribió un largo informe al ministro de gobierno Aristóbulo del Valle. Había encontrado una repartición caracterizada por la deficiencia de datos y la ausencia absoluta de reglamentación, además de atestada de “montañas de papeles hacinados por la miseria y el desgredo de los tiempos revueltos en que sólo se atiende a dar ensanche a las pasiones excitadas”. Aún más serias eran sus denuncias por los faltantes en la documentación. Estaba resuelto a ponerle un punto final a estas conductas desaprensivas:

La práctica inveterada introducida en el archivo y a que la Administración misma contribuyó algunas veces, de consentir con liberalidad suma el examen de los papeles a cuantos quieran inspeccionarlos, no obstante prohibirlo la única disposición reglamentaria que haya llegado a mi noticia [...] y sin sujetárseles siquiera a una vigilancia indispensable, esa práctica, digo, ha ocasionado la confusión de numerosos legajos, y deplorables abusos del interés personal. [...] A esto se añade la facilidad con que a menudo se han extraído de los estantes, en época no lejana, documentos de la mayor importancia ya para servir a las elucubraciones de un gobernante anticuario [es decir, Mitre], ya

al estudio particular del archivero [es decir, Trelles], o bien [para] remitirlos a un Señor Ministro de Relaciones Exteriores [es decir, Elizalde].<sup>34</sup>

En otro lugar, insistió:

Entre los preciosos documentos distraídos del Archivo, notará V.S. figuran los informes de los Virreyes Arredondo, Bucareli (sic), Vértiz, del Campo, Avilés y Cevallos (Mayo 17 de 1863) [...] bastó una orden verbal emanada del Presidente de la República [otra vez Mitre] para que el 2° Archivero lo entregase sin más trámite, ignoro en virtud de qué autorización ni de qué reglas a su secretario privado.<sup>35</sup>

Durante su extensa gestión siguió responsabilizando a Mitre por haber trasladado piezas originales hasta su casa de la calle San Martín, y citaba por caso los legajos referidos a la guerra del curso, que el ex mandatario retuvo inexplicablemente por más de catorce años. También fue sugestiva la desaparición de algunos documentos del Real Tribunal del Consulado. Fracasadas las gestiones del Archivo para dar con las primeras actas consulares, Adolfo Carranza se resignó:

El primer libro de Actas, puede considerarse extraviado para siempre, no obstante las indagaciones e investigación del Director del Establecimiento Señor Agustín Pardo [sucesor de Guido Spano] no ha sido posible conseguirlo. Tan lamentable pérdida, no

---

34 Nota del 31 de marzo de 1876. Fondo AGN. Informes, 1876.

35 Nota de Guido Spano al ministro de gobierno, Santiago Alcorta, del 24 de mayo de 1879. Fondo AGN. Años 1875-1900.

hemos podido subsanar sino en una mínima parte, tomando la que el General Mitre ha publicado en el apéndice de la Historia de Belgrano que manifiesta que *las ha copiado del Libro original que supone aún sigue guardado en el Archivo*.<sup>36</sup> [Cursiva de esta edición].

Pero la asimetría entre ambos contrincantes era más que notoria. Guido no pudo evitar que el yerno de San Martín, Mariano Balcarce, le cediera a Mitre todos los papeles del Libertador, pese a que en vida este se los había prometido a su padre Tomás Guido. Incluso, más adelante, Trelles le entregó otras piezas adicionales.<sup>37</sup> ¿De dónde las sacó? Un misterio. Tampoco consiguió impedir que en 1884 Julio A. Roca nombrara al ex presidente como representante por la Nación en el proceso de nacionalización del Archivo. Mitre terminó de desquitarse en 1904, ungiendo como director a José Juan Biedma quien, al igual que Trelles, era un admirador incondicional de su historiografía. Demasiado tarde. Mitre falleció en enero de 1906. Solo la muerte le impidió seguir sacando ventajas del tráfico de influencias.

En las provincias del interior la situación de los archivos era peor que en Buenos Aires. Martín de Moussy, que estaba trabajando en la *Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine* y a quien el ministro Rawson le había encomendado estudios para preparar el primer censo nacional de población, se permitía distraer a Mitre de sus funciones de primer mandatario para advertirle

---

36 Archivo General de la República Argentina, Tomo III.

37 En el Prólogo a la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana*, Mitre describió puntualmente la manera en que obtuvo los papeles del Libertador, que le fueron entregados por la familia Balcarce como un legado histórico. Guido condenó el hecho en la *Vindicación Histórica* (1882). En AGN. Fondo Manuel Ricardo Trelles, VII-188, se conserva una entrevista periodística donde Trelles declaró haberle entregado a Mitre documentos pertenecientes a San Martín.

acerca del estado crítico de los repositorios del país y solicitarle la intervención del Instituto Histórico Geográfico, al que acusaba de callarse demasiado. “Sin la cooperación de algunos provincianos ilustrados y curiosos, no tenemos nada para la historia interior económica de las provincias”. Pero era preciso no dejarlos solos y, en especial, estimularlos moralmente. Antes, le relataba algunas experiencias desafortunadas:

Los censos de Tucumán, son muy raros y no hay anticuarios en las provincias que se ocupen de visitar un poco el archivo polvoroso de los antiguos cabildos. Durante mis viajes, he buscado mucho, sin encontrar nada, porque nadie podía darme indicaciones, y menos todavía poner las manos en legajos de viejos papeles amontonados en el polvo de algún rincón de cuarto. En Córdoba, la biblioteca de los jesuitas está desparramada y dispersa, y los pocos volúmenes que quedan en la universidad no tratan sino de teología. En Santiago del Estero hay unos tomos viejos en el convento de dominicos; pero los padres no se prestaron a que yo los visitase, por estar, decían ellos, demasiado sucios. Todos los días debían limpiarse del polvo que les cubría desde medio siglo; pero el día de la limpieza no vino.

Es evidente que la Historia no era una profesión para alérgicos. El caso del archivo de Asunción del Paraguay era bien diferente. Era “uno de los mejor conservados; pero V.E. sabe que es el Arca Santa vedada al respeto de los mortales” (Museo Mitre, 1912: I, 199). Ya se encargarían de él los brasileños después de la Guerra de la Triple Alianza, trasladándolo compulsivamente a Río de Janeiro para privar de la memoria al derrotado. Unos días después de recibir la

carta, Mitre tranquilizaba al naturalista y geógrafo francés. Lamas y Gutiérrez acababan de asociarse para emprender la publicación de datos y documentos relativos a la historia y geografía del Río de la Plata, ilustrándolos con notas y disertaciones. Simultáneamente, Vicente Quesada (1863: 220) insistía en la necesidad de recopilar documentos, especialmente actas, sobre la fundación de las ciudades del interior, para corregir los errores de la cronología harto frecuentes entre los cronistas e historiadores de los antiguos dominios españoles: “Fijemos al menos con exactitud las fechas, establezcamos certeros jalones para indagar el pasado, formemos la crónica verídica de la fundación de las ciudades de la República, que más tarde vendrá el día en que el historiador filosófico aprecie los hechos de la conquista, y explique sin esfuerzo la causa de los males que aún sufrimos, debidos a la estrechez de miras y a la pequeñez de intentos con que se pobló la colonia”.

También había inmensas minas desconocidas en Europa, sobre todo en España, donde se conservaban todos los documentos de la conquista y colonización americana. Entre otros lugares, estaban los repositorios de Alcalá de Henares y, en Madrid, la Biblioteca del Palacio Real, la Biblioteca Nacional, el Ministerio de Guerra, el Ministerio de Marina, el Departamento de Hidrografía Naval y el Archivo Nacional, que compartía el mismo local con la Academia de la Historia. Pero, especialmente, había que ir a Simancas y a Sevilla “en busca de lo mucho que debe haber allí enterrado [...] Retratos, mapas, monedas y medallas, todo esto y algo más debe venir a la *gran capital* de dondequiera que se hallen”, aconsejaba Juan María Gutiérrez (Museo Mitre, 1912: I, 145). Desde la década de 1850, Diego Barros Arana venía alertando a Mitre acerca de la importancia de consultar la Biblioteca de Madrid y los archivos españoles, cuyos manuscritos copiaba a destajo durante sus estadias regulares. Mitre no se

conformaba con los envíos permanentes que recibía de su “inteligente encargado” y cónsul en Sevilla, José Gabriel Tovía, que postergaba sus tareas oficiales retribuidas por el tesoro nacional para realizar investigaciones particulares. El Presidente no iba a permitir que se le escabullera un solo papel. “Si en sus pesquisas en los archivos de España, y en el mismo de Sevilla —le rogaba a su amigo chileno— [usted] conserva algunos apuntes o memoria de documentos que le hubiesen venido a la mano, y que sean útiles para el trabajo de que voy a ocuparme, agradeceré me los transmita, pues tengo facilidad para que se me remitan copias de cualquier ciudad de España” (Museo Mitre, 1912: II, 51).

Barros Arana lo comprendía. Era imposible —decía— escribir la historia de la conquista de las parcialidades de América pasando por alto esos repositorios:

Aquella mina, amigo mío, es inagotable. El archivo de Indias en Sevilla contiene riquezas increíbles, y solo se necesita constancia y tino para explotar ese tesoro. Don Juan B. Muñoz, que lo estudió en el siglo pasado, sacó de él una rica colección de copias cuya mayor parte existe en Madrid en la biblioteca de la Academia de la Historia. Allí se conserva en copia algunos documentos sobre el Río de la Plata que usted debería hacer copiar porque más de una vez he hallado en la colección de Muñoz documentos cuyos originales no se encuentran en los archivos de Indias. Aparte de esto la colección de Muñoz tiene otro mérito particular. No todo es copia en ella: hay también extractos hábilmente hechos de expedientes muy voluminosos, y escritos con letra clara, en buen papel de hilo, y con margen espacioso, en el cual están apuntadas las materias que trata cada uno de los apuntes. Este sistema facilita la investigación de tal modo que un hombre



medianamente entendido en la materia que se quiere estudiar, puede hacer el trabajo de extractar la parte interesante de los apuntes con solo leer lo que se dice en el margen (Museo Mitre, 1912: I, 69-70).<sup>38</sup>

Barros Arana no perdía el tiempo. También aprovechó sus viajes a Europa para copiar los papeles de San Martín que le facilitó su hija Mercedes y para relacionarse con algunos bibliófilos de la Real Academia de la Historia, como el historiador romántico arabista Pascual de Gayangos y Arce, quien lo presentó en las bibliotecas y archivos españoles.

Inclusive, en 1860, empezó a colaborar en el proyecto del librero francés M. Franck para publicar una biblioteca americana, en el estilo de la colección Ternaux-Compans de 1837 (*Bibliothèque américaine, ou Catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique qui ont paru depuis sa découverte jusqu'à l'an 1700*), pero más vasta y mejor escogida. Acompañadas de

---

38 Carta de Diego Barros Arana a Bartolomé Mitre del 13 de octubre de 1854. Juan Bautista Muñoz fue un historiador y cosmógrafo valenciano, convocado por Carlos III a instancias de José de Gálvez, para reunir y trasladar en carretas a un archivo especial establecido en la Lonja de Sevilla toda la documentación referida a la administración española en Indias, sobre todo la del célebre Consejo, que hasta ese momento había estado depositada en Simancas. El objetivo del Rey era neutralizar la denominada "Leyenda Negra", es decir el movimiento propagandístico antiespañol agitado especialmente por escritores ingleses y holandeses para socavar el prestigio de España durante el Siglo de Oro. Este fue el primer proyecto de archivo que se dirigió específicamente a la Historia y no a servir a la administración del Estado. Según el relato de Ricardo Rojas (1922), los contrastes entre ambos repositorios eran muy visibles. Ubicado en un misero y terroso al-deorro sobre la áspera llanura castellana, el archivo de Simancas funcionaba en lo alto de una rocalla, dentro de una fortaleza que fue prisión en los tiempos feudales y que en 1545 Felipe II transformó en el depósito de los papeles del reino. Si bien no conservaba demasiados legajos de interés para la historia hispanoamericana, lo visitaron con bastante asiduidad Barros Arana y Carlos Morla Vicuña. Otro historiador chileno, Toribio Medina (1888, VI), dejó una imagen deprimente de este repositorio: "existen dentro de aquellos muros, en un subterráneo lóbrego y húmedo, verdaderamente fúnebre, oliendo a cadáver putrefacto, los papeles de los Tribunales de la Inquisición que Felipe II mandó establecer en sus posesiones americanas: hallazgo tanto más precioso cuanto que era éste un tema sobre el cual es rarísimo encontrar alguna referencia en documentos emanados de otra fuente".

un prólogo, introducciones y notas geográficas, biográficas e históricas, incluiría obras manuscritas o colecciones de documentos tomados de los archivos españoles, o libros impresos singulares, de las antiguas posesiones de España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda. Imaginaba que el éxito estaba asegurado de antemano a causa del gran interés de europeos y norteamericanos por reunir libros y documentos raros sobre América que, debido a su escasez y a las dificultades para hallarlos, alcanzaron precios exorbitantes. La efervescencia pronto se transformó en un gran negocio. Por ejemplo, un librero de París ideó una técnica para reproducir originales en serie. Por el momento la mantenía en secreto para explotarla en beneficio propio. El cliente le entregaba un pliego de cualquier impreso del siglo XV, y cincuenta o sesenta pliegos de papel blanco de una clase idéntica a la del impreso. Pocos días después, el comerciante entregaba cincuenta o sesenta pliegos impresos “con tal primor y tal semejanza que el ojo más experimentado tiene que observar el estado de conservación o destrucción del papel para conocer cuál fue el impreso en el siglo XV. Los grabados y viñetas no lo asustan: los reproduce con la misma prolijidad que el texto”. Barros Arana confesaba que le había encargado la copia de una carta de Cristóbal Colón, impresa en Roma, en latín, de mayo de 1493, con cuatro láminas, representando el viaje a La Española, y le aseguraba haber quedado atónito al notar la similitud con el ejemplar que había visto en la Colombina en Sevilla. Intuía que, sin importar los costos de este novedoso procedimiento, su difusión haría bajar inmediatamente el precio de los tesoros bibliográficos.

La pasión por los temas americanos, que se difundía como reguero de pólvora en Europa y los Estados Unidos, despertaba recelos en algunos americanistas locales. Temían perder el control de la producción histórica de sus propios

países. Pero Mitre justificaba esta intromisión porque “la América del Sur no se conoce a sí misma, sino por los estudios de los sabios europeos [...] Cuando nos quejemos de que la Europa no nos conozca bien, y que sus escritores cometan los más groseros errores al hablar de nosotros, olvidamos que sin los europeos no nos conoceríamos a nosotros mismos” (Museo Mitre, 1912: II, 294). La historia del Río de la Plata, por ejemplo, estaba por “hacerse y rehacerse” y, para ello, era necesario “acudir a los documentos contemporáneos que no estudiaron los cronistas y fundar nuestro edificio sobre bases nuevas, para que no suceda lo que dice Gay: *que él cuenta la historia de la conquista de un modo (según los cronistas) y los documentos originales la cuentan de otro*” (Museo Mitre, 1912: II, 306). [En cursiva en el original]. Para ampliar la presencia de los escritores sudamericanos, el historiador chileno le avisaba a Mitre que había puesto su nombre “entre los de los escritores del Nuevo Mundo que comienzan a hacerlo conocer en sus escritos, alentando así este movimiento o excitación que hay en Europa de recoger los antecedentes de nuestro pasado” (Museo Mitre, 1912: I, 122).

El 6 de noviembre de 1863, Mitre apoyó sobre el tintero de su escritorio la pluma que hacía decretos y se tomó el tiempo para escribirle al profesor y dramaturgo argentino Ventura de la Vega, que residía en España como profesor de literatura de la reina Isabel II:

Es muy posible que más adelante me permita incomodarle con algunos encargos relativos a documentos antiguos sobre el Río de la Plata, que creo existen en los archivos públicos de Madrid, especialmente en el de la Academia Nacional de Historia, y cuyas copias me son muy necesarias para algunos trabajos literarios de que voy a ocuparme (Museo Mitre, 1912: I, 264).

Pero era menester vencer las reticencias y atravesar el halo de secretismo que todavía envolvía a estas instituciones que, además de contener materiales considerados como objeto de veneración, eran concebidas en sí mismas como espacios rituales. Por eso le envió otra carta el 1º de agosto del año siguiente, cargando contra el archivero de Indias, aquejado por la manía de esconder como un tesoro los documentos a su cuidado, impidiendo de cuanto modo le era posible su reproducción y trastornando los trabajos de Tovía:

Creiendo que tal vez tenga usted relación con este hueraño guardián del Jardín de las Hespérides, le suplico se sirva hacer lo que sea posible, ya que por sí propio o por medio de sus amigos, para que presente mayores facilidades al señor Tovía a fin de que pueda llenar su encargo, en lo que está interesada la misma España, pues la publicación de esos documentos olvidados y cubiertos de polvo le darán honra y gloria, como que revelan sus actos en el descubrimiento y población de América (Museo Mitre, 1912: II, 34-35).

Mitre tenía razón en quejarse. En esa época el Archivo de Indias era un fruto prohibido para los historiadores. Los empleados se encargaban de la recepción de nuevos fondos y del inventariado dentro de las instalaciones de la vieja Lonja de Sevilla, construida por Juan de Herrera y costada por los mercaderes indianos, con sus imponentes mármoles, su magnífica escalera, sus amplias galerías y sus suntuosos estantes de caoba y cedro de Honduras, cuya fragancia —según Toribio Medina— perfumaba en las mañanas de verano todos los ámbitos del recinto; mientras el acceso público estaba restringido a las personas que llevaban encargos de sus gobiernos para trabajar sobre temas específicos. Por lo general, los hallazgos que se hacían se terminaban

publicando en colecciones documentales. A medida que el Archivo se fue haciendo más conocido en los ambientes culturales, aumentó la frecuencia de las solicitudes particulares y, aunque el hermetismo comenzó a resquebrajarse, para poder entrar todavía se debía conseguir una orden ministerial nominativa. Recién en 1884 su director, José Villaamil y Castro, publicó una guía de menos de cincuenta páginas, de escasa tirada y difusión que, como era usual en la época, más que brindar una información general acerca de sus fondos integrados por alrededor de setenta mil legajos, se limitó a reseñar documentos curiosos. Habría que esperar los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América y la pérdida de las últimas colonias españolas de Cuba y Filipinas, para que el velo se corriera por completo (Ravina, 2015). Ricardo Rojas, tras definirlo como el “osario de todo el antiguo poderío colonial de los españoles” y sitio amigable para el americano, que no sentía allí la sensación del destierro, dejaba sus impresiones:

Apenas se entra en sus salones, tiénese la sensación absoluta que todo eso nos pertenece. Nombres de nuestras comarcas rotulan los anaqueles. Autógrafos de nuestros primeros pobladores decoran los muros. Enviados de nuestras repúblicas inclínanse sobre sus mesas copiando los documentos de su propia historia. Durante mis días en Sevilla estaban allí los de México, Perú, Ecuador, Venezuela. Solo faltaban, a su lado, los que ha tardado en enviar la Argentina (Rojas, 1922: 258).

Al mismo tiempo que atendía cuestiones internacionales prioritarias, como el canje del Tratado celebrado con España para el reconocimiento de la independencia argentina, o las relaciones con Francia, concurriendo a la

entrevista que le concedieron el emperador Napoleón III y su esposa Eugenia de Montijo, Manuel R. García se comprometía a viajar con Balcarce desde París a Madrid para copiarle documentos a Mitre. Entre otros, el extracto de la colección de Mata Linares de ochenta tomos manuscritos y varios impresos, que estaba depositada en la Academia de la Historia y que ya habían consultado Barros Arana y el autor de *Historie physique, économique et politique du Paraguay et des établissements des Jésuites*, Alfred Demersay. Postergaba para una próxima visita los papeles que colectó Juan Bautista Muñoz para escribir la historia de América y muchos otros pertenecientes a las misiones del Paraguay y del Uruguay. Prometía enfrascarse en el armado de un catálogo, aunque temía incurrir en repeticiones por no disponer del que había hecho de Angelis.<sup>39</sup>

Otro de sus comisionados solícitos en España fue el historiador positivista chileno Toribio Medina. En 1892, mientras reunía datos sobre Gaboto para la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo. 1518-1818*, que publicó entre 1888 y 1905, le escribía: “Después de un viaje relativamente feliz arribé a esta tierra de España, donde usted me tiene en mis tareas de costumbre: registrando el Archivo de Indias, las librerías y casas de cambio, en busca de papeles, libros y medallas americanas [...] de libros, bien poca cosa he hallado; y menos aún de medallas, pues el amigo Carranza ha cargado con cuantas ha encontrado” (Museo Mitre, 1912: III, 287). Medina tuvo el mérito de superar a Mitre en sus locuras empíricas y en sus esfuerzos por conseguir que el historiador desapareciera por completo de la trama. En algunos de sus libros llegó al extremo de invertir texto y paratexto, transcribiendo documentos en el cuerpo

---

39 Carta de Manuel R. García a Bartolomé Mitre del 6 de enero de 1864. Museo Mitre, 1912: I.

principal y relegando el género literario, que es el relato histórico, al pie de página, como si se tratara de una referencia bibliográfica.

Fuera de España, conservaban documentos y libros americanos las bibliotecas de Londres, Viena, Berlín y las de algunas ciudades italianas y, sobre todo, la de París, aunque de esta última —informaba Medina— “se sale [...] disgustado: reina ahí la desconfianza como base de las relaciones con el lector, y a éste ni siquiera se le permite consultar el catálogo”. En América, se suponía que los fondos más relevantes para la historia rioplatense y chilena debían estar en el Perú. Pero el historiador trasandino se llevó una desagradable sorpresa en Lima:

¿Cuál no será el desencanto cuando al cabo de poco tiempo es fácil persuadirse que, junto con la grandeza de aquella capital que durante la edad de nuestros sebos y cordobanes se la llamaba la Atenas del Nuevo Mundo, el tiempo, el desastroso incendio de 1821, la incuria y las conmociones políticas han dado cuenta de todo? El palacio de los virreyes, no encerraba un solo papel, propio o ajeno, de aquella edad; del archivo de la antigua Audiencia, depositado en la sala de las Cortes de Justicia, si algo existía, no se podía consultar; los libros del Cabildo y del Obispado ofrecían un interés completamente secundario; y, finalmente, los expedientes de la Inquisición que se guardaban en la Biblioteca Nacional habían sido ya explotados y casi nada tenían que ver con Chile. Aquella misma Biblioteca, que debía suponerse rica en libros impresos de otro tiempo, no poseía un verdadero catálogo, y aunque el Archivo nacional estaba ya creado, por mucho que se registrase no era fácil encontrar más que una que otra pieza (Medina, 1888: XV).

Lamentablemente, si bien como consecuencia de todas estas visitas a los archivos españoles y americanos se hicieron en el país transcripciones prolijas y publicaciones de documentos, las copias se debieron más bien a la decisión, a los viajes y a los estudios particulares. Una iniciativa oficial más sistematizada fueron las “Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata” de 1873, encargadas por la provincia de Buenos Aires y preparadas por una comisión formada por Andrés Lamas, redactor de la versión final, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Bartolomé Mitre, que pronto se retiró. Su concreción fue confiada al director de la Biblioteca Pública, Vicente Quesada, quien debía obtener copias fehacientes de documentos durante la estadía en Europa que emprendió para estudiar las principales bibliotecas del continente. Pese a esta y otras buenas intenciones de los sucesivos gobiernos, los trabajos no se ajustaron a un método y fueron acometidos de manera incompleta y desorganizada (Rojas, 1922).

Mientras iniciaba el estudio de la lexicografía indígena y de las lenguas originarias americanas, y planeaba dos obras que quedaron trunca, la *Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata* y otra cuyo título tentativo era *El hombre salvaje en la cuenca del Plata*, Mitre se interesó también por los restos antropológicos y por los fósiles. Fue él quien hizo las presentaciones entre Francisco P. Moreno y Barros Arana en 1875. En una carta a su amigo chileno le mencionó a este joven naturalista, que había reunido en su casa una ingente colección de objetos, junto a una nutrida biblioteca americana. Se lo recomendaba expresamente porque el futuro fundador del Museo de Ciencias Naturales de La Plata tenía proyectado recorrer las pampas y cruzar la cordillera hacia Chile, en un viaje



de exploración que preveía concluir en el Perú. Fue premonitorio. Barros Arana y Moreno volverían a encontrarse y a protagonizar enérgicas discusiones como peritos en la demarcación de los límites entre ambos países, en cumplimiento del Tratado de 1881.

Su más que afanoso asistente, Manuel Ricardo Trelles, también anduvo a la caza de restos antropológicos, tal como le escribió a Lamas:

... como asunto de investigación antropológica le hablaré de un cargamento de huesos humanos que pasó por esta calle [frente a su palacete en el barrio de Retiro] hará como mes y medio a dos meses, en un carro de mudanza. Algunos de los cajones que los contenían, acomodados con paja, iban sin tapa, y pude con ese motivo ver de mi balcón que uno contenía calaveras y otro, camillas, pero huesos muy viejos. Calculé que los traerían de algún cementerio de indígenas y los conducían a algún museo (el carro iba para abajo). Me he estado olvidando de dar a V. esta noticia, por si le parece averiguar la especie entre sus importantes relaciones.<sup>40</sup>

Es probable que con el paso del tiempo y a medida que se iba identificando cada vez más con la épica de sus dos biografiados, Mitre fuera absorbido por su propia obra. Seguramente se ilusionó pensando que su actuación política, militar e historiográfica a la larga le permitiría también a él asegurar su trascendencia y alcanzar el bronce. Por lo menos así lo intuyó Sarmiento en el corolario a la segunda edición del *Belgrano*, cuando se arriesgó a comparar al autor

---

40 Carta de Manuel Ricardo Trelles a Andrés Lamas del 31 de marzo de 1878. AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2690.

del libro con el creador de la bandera. Sin duda gran parte de su entorno creyó lo mismo. Por un lado, estaban los historiadores de la Junta de Historia y Numismática Americana (JHNA), que lo encumbraron mucho antes de su muerte. Por el otro, los nuevos responsables del diario *La Nación* quienes, convertidos en los albaceas permanentes de su legado, lo consagraron inmediatamente como una de las figuras insignes en la construcción de la Argentina moderna. Uno de los empleados del periódico, Ricardo Rojas (1922), dijo que Mitre sabía lo que significaba la Historia en el destino de una nación. Su museo fue el segundo que se creó después del Histórico Nacional y el primero erigido en una casa particular. Comenzó a gestarse en vida del ex mandatario, una vez que expuso su deseo de legar al Estado su biblioteca —que organizaba y catalogaba personalmente en sus ratos libres—, su mapoteca, su archivo, su monetario, sus objetos personales, sus muebles y su vivienda. Para Biedma, Mitre incluso había ido más allá de Belgrano y de San Martín, completando su obra monumental a través de la prédica de la libertad civil y de la igualdad. Poco después del deceso de su maestro, un Biedma devastado escribió:

Ahí está, erguido sobre pedestal perdurable, montando su caballo de batalla, convertido en bronce por virtud de su propia gloria y la justicia de su pueblo [...] Cubre su busto luciente casaca militar en reemplazo del democrático, modestísimo saco de su preferencia, y tiene en la mano con que encauzó el rumbo de su grandeza los destinos de la patria, no el popular chambergo impuesto imperativamente por una circunstancia gloriosa, y que fue símbolo en las multitudes argentinas, sino el bicornio de nuestros generales que usó en muy contadas ocasiones. Pero cualquiera sea la vestimenta con que se le eternice

en mármol o bronce, ahí está transfigurado en estatua Don Bartolomé Mitre, el más grande de los americanos contemporáneos, y el único civilista argentino semejante a Rivadavia el inmortal, por su acción constructiva y civilizadora.<sup>41</sup>

---

41 AGN. Fondo y colección José Juan Biedma, VII-1033.



## Capítulo 4

### Vicente Fidel López

La Historia como discurso literario

#### La objetividad cuestionada

La historiografía argentina siempre consideró a Vicente Fidel López y a Bartolomé Mitre como representantes de escuelas antagónicas. La primera de tendencias filosóficas y la segunda de historia documentada, tal como ellos mismos se habían encargado de definirlos.

Si bien estos dos “patriarcas literarios” o “maestros de la historia nacional”, como los llamó Ernesto Quesada (1894), pertenecieron a una misma tradición política y, por ende, coincidieron en que el despliegue de la civilización estaba regido por una ley providencial que la conducía hacia una perfectibilidad progresiva, cuya meta era el goce más pleno de la libertad; sus obras permiten reconocer dos modelos alternativos de escritura de la historia. Para empezar, aunque ambos se identificaron como historiadores políticos que habían aprendido de Macaulay que la llave de la historia era inevitablemente política, tuvieron diferencias en el marco de análisis. En el caso de López, la reconstrucción del pasado estuvo dirigida a garantizar la perdurabilidad

de la República elitista de la que formaba parte, poniéndola a resguardo de cualquier experimento peligroso. Si bien acordaba con Mitre en que los argentinos le debían la revolución a Buenos Aires, su héroe paradigmático no fue la Nación, sino la dirigencia porteña o “el partido organizador y casi nobiliario de la burguesía decente” (López, 1911: XXVIII). Como subrayó Halperín Donghi (1996b), su obra constituyó la autobiografía póstuma de una clase política. Esto no significa que no haya contribuido a la producción simbólica del Estado nacional y al proyecto republicano, pero lo hizo desde otra perspectiva. Al transformar la escritura en objeto de estudio, introdujo en el debate público la necesidad de estabilizar el espacio discursivo a partir de la búsqueda de una normatividad retórica. Creía que la Nación no solo se imbricaba con el Estado a través de las instituciones, sino también a través del lenguaje, que era capaz de proponer una representación de la sociedad, regulando los géneros y articulándolos con prácticas sociales e institucionales (Narvaja de Arnoux, 2005).<sup>1</sup>

Los dos polemistas escribieron desde lugares distintos. López provenía de una familia mucho más prestigiosa que había participado de todos los gobiernos posrevolucionarios.<sup>2</sup> Pese a que ejerció la función pública interviniendo

---

1 La normalización de la lengua era indispensable para la formación discursiva del Estado: “Por eso consideramos que completa y cierra la serie de las artes de escribir ilustradas. La completa por su apertura a los nuevos géneros y la cierra por su cuestionamiento del mismo dispositivo normativo que debe implementar. Adopta, por lo menos programáticamente, una perspectiva histórica que relativiza la actitud normativa; insiste en una regulación que tenga en cuenta las nuevas producciones discursivas; y destaca la importancia de las prácticas de lectura y escritura, más que el conocimiento de las normas, en la formación de los jóvenes” (Narvaja de Arnoux cit. en Molina, 2011: 198-199).

2 Su padre Vicente López y Planes adhirió rápidamente a la Revolución de Mayo y compuso la letra del Himno Nacional. Actuó en 1810 como secretario auditor de la primera expedición libertadora al interior. Posteriormente fue secretario del Primer Triunvirato y en 1813 se sumó a la Asamblea General Constituyente. Fue secretario de los directores supremos Antonio González

en acontecimientos importantes desde el derrocamiento de Rosas, y a que fue un intelectual con una educación más formal que su competidor, tuvo modestas ambiciones políticas. Buena parte de su vida se dedicó a los negocios privados, a trabajar para instituciones financieras, a regir los destinos de la Universidad de Buenos Aires, a colaborar en la prensa cultural y a frecuentar aulas y salones literarios. Probablemente eso hizo que tuviera mayor autonomía para escoger a su actor protagonista. No debió cargar con el peso de la Presidencia en un momento en que la nacionalidad argentina aún no se había terminado de consolidar. Para darle un cierre definitivo era inexcusable, entre otras cosas, enunciar un relato creíble del nacimiento de la Patria, que fuera colectivamente aceptado y que se basara en documentos auténticos debidamente comprobados, descartando —como dijo Estanislao Zeballos en el recinto de sesiones de la Cámara de Diputados— “las tradiciones políticas que falseaban la historia y que estaban contaminadas por pasiones y plagadas de errores atribuibles a la falta de documentación”.<sup>3</sup>

A López no lo desvelaba particularmente esta cuestión, y menos aún el problema de la objetividad. Estaba preparado para romper con las reglas impuestas por la erudición positivista, porque nunca creyó que se pudiera aplicar a la Historia el modelo nomológico-deductivo propio de las ciencias físicas. Prefería reconcentrarse en

---

Balcarce y Juan Martín de Pueyrredón. Electo como miembro del Congreso Constituyente en 1817 y como diputado del Congreso Nacional en 1825, tras la caída de Rivadavia en 1827, fue designado presidente interino. Bajo el régimen de Rosas ocupó diversos cargos en el Tribunal Superior de Justicia. Después de Caseros, fue nombrado gobernador interino de la provincia de Buenos Aires y firmó el Pacto de San Nicolás de los Arroyos, que colocó los cimientos de la organización constitucional del país.

3 Cámara de Diputados. Sesión del 3 de diciembre de 1914. En AGN. Fondo y colección José Juan Biedma, VII-1075.

el mundo de las ideas y no dejarse arrastrar por las nuevas tendencias científicas importadas de Europa, que se habían puesto muy de moda entre la intelectualidad argentina. Quizá porque para él la Historia no era solo una ciencia como pensaba Mitre, sino que también era un arte, una actualización dramática que requería de la sensibilidad del artista. Era científica, en tanto debía ajustarse a un “orden de progresión bien patente entre las verdaderas causas y los verdaderos efectos de todos los cambios”; pero, a la vez, era artística, porque el historiador estaba autorizado a poner de relieve, mediante la forma, el plan y el estilo, aquellos acontecimientos que creyera fundamentales para configurar el pasado según su propia interpretación (Molina, 2017).<sup>4</sup> La literatura podía expresar convenientemente las relaciones verosímiles entre la sociedad real y la sociedad imaginada, siempre y cuando el autor honrara las exigencias morales en clave de verdad. Ante todo, el deber de sujetar la representación a un espacio-tiempo determinado.

López era un historiador intuitivo y emocional, que confiaba en que su imaginación le permitiría anticiparse al conocimiento de las relaciones entre los hechos para confirmarlas después a través de los testimonios orales o de los documentos. Frente a la oposición radical entre sujeto y objeto, proponía habilitar una dimensión dialógica con el pasado, que no soslayara pasiones e intereses, tanto del ayer como del hoy. Si se sabe que las pasiones e intereses existen, no hay razón alguna para pretender encubrirlos.

---

4 [Vicente Fidel López] “tiene la certeza de que reconstruir una época a través de una narración hecha con palabras es no solo posible, sino también legítimo, y produce un relato *verdadero*. Tanto es así que las pruebas documentales no son un requisito *sine qua non* para garantizar la veracidad. El discurso histórico reconstruye *fielmente* el pasado recuperando la coherencia interna del entramado ideológico que sustenta el accionar de los hombres, por sí mismos, y de la sociedad, en su conjunto, mediante un discurso ‘científico’ (o sea, basado en la razón) focalizado en los hechos públicos” (Molina, 2017: 22). [En cursiva en el original].



De manera que fue absolutamente consciente de que el proceso narrativo cumplía una función esencial en la representación de la realidad y tenía la potencialidad de desplegar explicaciones distintas, y hasta contradictorias, sobre un mismo suceso. Es decir, pudo admitir sin ambages que el discurso no era un medio neutro en la representación de los acontecimientos y procesos históricos. Su prosa fue mucho más permeable a las convenciones dramáticas y a los contenidos simbólicos y alegóricos.

Alguna vez definió a la Historia como una ensambladura de espejos oblicuos, en los que cualquier país podía ver reflejados todos sus costados simultáneamente, reproduciéndose en todos ellos con su misma figura, y también, en sus diversas edades y en sus diversos perfiles (López, 1881). Así como era imposible presentar en un solo cuadro una vista pintoresca de todos los países del globo —decía—, era igual de imposible que un solo libro contuviera el retrato de todos los accidentes y cualidades morales de la humanidad. Apenas se podía acceder a un fragmento de la realidad, a una explicación incompleta de la vida social. De allí derivaban las diferencias con que cada época, e inclusive cada historiador, explicaba los acontecimientos sociales, “dando a cada uno tal o cual causa, según sus convicciones, según sus principios filosóficos, según las ideas dominantes y, por último, según el costado de la naturaleza humana que lo ha preocupado más presentándose como el principal” (López, 1845: 228).<sup>5</sup> En consecuencia, una escuela histórica se distinguía de las demás tanto por el modelo explicativo que adoptaba como por las particularidades que dominaban la narración. Algunas privilegiaban ciertos aspectos, viéndose obligadas necesariamente a abandonar otros no

---

5 A efectos de facilitar la lectura, se ha modernizado la ortografía en esta y en todas las citas subsiguientes del *Curso de Bellas Letras* de Vicente Fidel López.

menos importantes, los cuales eran recogidos por otros escritores, cuya versión también tenía que ser ineluctablemente incompleta. Y agregaba: “Con esto tenemos bastante para comprender cuán fundamentales y cuán diversas pueden ser las diferencias que haya entre dos o más libros de historia sobre una misma época, sin dejar de ser, uno y otro, una relación verídica de los mismos acontecimientos. En la manera de explicarlos, asignándoles causas y efectos, es donde están el misterio, las dificultades, las variedades y contradicciones de la Historia” (López, 1845: 228).

Coincidió con Villemain en que la Historia era el más variado de todos los géneros literarios. No tenía reglas pre-determinadas. Primero, porque su composición no estaba sujeta a ninguna forma precisa ni necesaria, lo que dejaba más espacio para que el autor exhibiera toda su singularidad y su talento. Segundo, porque podía cambiar y transformarse, ofreciendo en sus diversas vertientes igual verdad, según el punto de vista en que se colocara el escritor, su genio, su época o el propósito que lo impulsaba. Entonces era natural que, a partir de los mismos hechos y personajes, se obtuvieran diferentes resultados y que las historias políticas pudieran reescribirse en sentido contrario las unas de las otras, de acuerdo con la posición que el autor asumiera en las luchas sociales. No obstante, cada una de ellas debía permanecer con su entidad íntegra y peculiar, sin correcciones, adulteraciones ni complementos. Dado que constituían en sí mismas actos literarios, todas eran igual de legítimas y válidas, si bien su valor era relativo y se fundaba en el veredicto con que la opinión del mundo civilizado apreciaba su vinculación con el progreso de la moralidad, la justicia y las libertades (Pró, 1992). De modo que cada nueva interpretación se podía añadir sin sobresaltos a los múltiples textos posibles. La originalidad, pero también el mérito de un libro de historia, no procedía

de los sucesos que examinaba, sino de las conexiones que hacía su autor para revivirlos.

El disentimiento sobre algunos temas era lícito siempre y cuando se dispusiera “de juicio y de criterio propios para apreciar los hechos y las ideas que se discuten en la historia política del presente y del pasado” (López, 1882: I, 290). En la época, muchos asumían que el historiador no solo tenía permitido emitir su opinión sobre los hechos, sino que estaba obligado moralmente a hacerlo porque, tal como observó Adolfo Pueyrredón, no era un cronista de diarios, sino que escribía para hombres que, no estando a su altura intelectual, carecían de la preparación suficiente como para discernir graves asuntos políticos. Por consiguiente, necesitaban del juicio del historiador para formar un criterio propio.<sup>6</sup> Quien observara el proceso histórico desde su pedestal, fingiendo neutralidad, corría el riesgo de deslizarse hacia el autoritarismo y la arbitrariedad. Objeto y sujeto histórico operaban dentro de un escenario político, institucional y civil que era temporal, experimental y hasta discursivamente similar (Madero, 2001). Más aún en las nuevas repúblicas hispanoamericanas. A diferencia de Mitre, López desdibujó conscientemente —y lo dejó por escrito—, las fronteras entre el objeto pasado y la praxis presente. Estimaba que en la Argentina todavía no existía una distancia significativa entre el yo enunciator y los acontecimientos relatados. No había un pasado remoto. De ahí que apenas necesitó de la intermediación del archivo y aceptó, sin tantos rodeos, que la Historia es también lucha política.

Siempre fue sincero. Admitía sin culpas que su pluma estaba caliente: “El historiador, lo mismo que el abogado y que el médico, son siempre parte: parte paciente unas veces,

---

6 Carta de Adolfo Pueyrredón a Vicente Fidel López del 31 de julio de 1892. AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5.176.

y otra triunfadora; indiferente, ¡jamás!” (1911: LII). La única imparcialidad que se le podía exigir era el deber de ser justo, estudiando a los adversarios con tolerancia y explicando los errores del pasado de acuerdo al criterio histórico que da a cada tiempo lo suyo (López, 1911). Nunca se puso a la defensiva como Mitre. Preferimos presentarnos como somos —decía— y en el *Prólogo a la Historia Argentina* reveló explícitamente sus intenciones:

Si se entiende por imparcialidad el indiferentismo para con uno y otro lado de estos debates y de estas luchas, que son la materia fundamental de la historia política; si se exige la falta de pasiones propias en la contienda de los principios; la impassibilidad del criterio moral en el choque de los intereses, y las ambigüedades del juicio moral entre el crimen y la virtud, entre los grandes patriotas y los egoístas o los criminales que hayan conculcado, en aquellas luchas, las leyes del honor, del deber, de la libertad y del patriotismo, declaramos, desde luego, que no somos imparciales. Tenemos partido y tenemos opiniones liberales (López, 1911: L).

La historia no podía verse en un molde matemático porque indefectiblemente era obra de partido, en virtud de que quien la escribía era siempre un hombre que tenía una intención y un interés (López, 1882). Mientras los números y las líneas geométricas concitaban unanimidad porque eran hechos materiales susceptibles de ser comprobados experimentalmente y, por lo tanto, la irregularidad y la más mínima discrepancia conducían a la inexactitud y al error, los desacuerdos en la historia derivaban de la imposibilidad de someter a experimentación los hechos morales y sociales que la constituían. Si el hombre fuera un ser supeditado a

las leyes fatales de la naturaleza, nada útil podría ofrecer el análisis de las acciones humanas. Bastaría el simple estudio de las leyes naturales para conocer las causas y los resultados de sus actos, del mismo modo con el que se fija la marcha de los astros y cometas, señalando el día y horario en que pasarán por tal punto del hemisferio. Su estudio sería un apéndice de la física experimental o de la ciencia mecánica. Pero el hombre es un ser caprichoso que obra cuándo y cómo quiere, con capacidad para formarse ideas que le son propias, para comprender y elaborar los objetos a su modo y para ejecutar acciones responsables en la medida en que nacen de él y por su propia voluntad. No es un ser inerte, sino esencialmente libre (López, 1845). Y no hay nada necesario y regular en los hechos de la libertad. No son seguros ni estables. Luego, las verdades a las que se podía arribar solo tenían un carácter ético y jurídico (López, 1882). Eran cualitativas y no cuantitativas. Aun así, aceptaba que había racionalidad objetiva en el curso de la historia y subjetiva en sus protagonistas y actores (Pró, 1992).

Pensaba que el escritor, antes que un erudito, debía ser un artista y un compositor capaz de manejar los colores de su paleta para reproducir con imaginación y con estilo el drama del pasado, “dejando la documentación como se dejan debajo de la tierra los cimientos de todos los monumentos” (López, 1882: II, 508). En medio de los materiales de su obra, bien se lo podía comparar con el escultor que es capaz de convertir un pedazo de mármol informe en una bella estatua. De allí que para López la relación deshilachada de lo sucedido resultara insuficiente. La escritura de la historia debía aspirar a la perfección literaria sabiendo introducir, por medio de un estilo rico y pintoresco, todos los matices necesarios, primero, para completar las sombras y las luces del cuadro, es decir, aquello que los documentos no pueden proporcionar, sea porque no están o porque estando no

contienen la información necesaria; y, segundo, para resaltar los acontecimientos que ameriten exhibirse en primer plano. Incluso, como el tiempo desborda la memoria y la memoria tiene una capacidad limitada para absorber todo el flujo del tiempo, el desacoplamiento origina la merma de una masa enorme de sucesos que únicamente se puede rellenar mediante la forma literaria, cuya exterioridad está plagada de formas sensibles (López, 1910). En palabras de Certeau (2006), solo la representación que propone la escritura es capaz de obturar las lagunas de la investigación, siempre aguijoneada por la carencia. Al contrario de Mitre, López pudo asumir sin tanto conflicto la frustración que provoca esta pérdida irreparable. La imposibilidad de remediarla hace que el historiador jamás alcance a revivir o restituir los hechos del pasado tal cual fueron, sino que deba conformarse con acceder a su sustituto figurado o alegórico. Pero todavía hay más. Si bien el lenguaje simbólico contribuye a expresar aquello que es indecible, a veces ni siquiera las palabras bastan. López llegó a admitir con desazón las dificultades de encontrar en la pluma el abanico de recursos que le permitieran transmitir con precisión los rasgos de una época (López, 1872: IV). Se necesita mucha penetración y destreza por parte del escritor, además de la fuerza del estilo, para dar vida a la narración y para evocar del olvido a los hombres y los sucesos, pintándolos como si estuvieran presentes y colocándolos en medio de sus impulsos morales (López, 1845). Esa intervención aleja al autor de la pasividad y lo transforma en un creador, que al tramar los acontecimientos se acerca a los límites de lo imaginario. Es en este punto donde el relato histórico confluye con la novela, que aparte de cumplir un rol formativo o educativo moldeando la opinión pública y comunicando valores morales y políticos, también tiene la capacidad de colarse por los intersticios que no consigue penetrar el entramado documental

iluminando, entre otros aspectos, las expresiones domésticas e íntimas de la vida.<sup>7</sup> Pero si quería recuperar los pensamientos más hondos, y aún los sentimientos y afectos más profundos, tenía que apurarse porque “nuestros archivos públicos y privados carecen de memorias personales, el olvido va destruyendo la verdad fugitiva de los sucesos, y va borrando a toda prisa el rostro de las personas que figuraron en ellos” (López, 1872: IV, 575).

López concluía, entonces, que la Historia constaba de una serie de elementos amalgamados. En principio, el tiempo y la distancia, que eran de naturaleza física; luego la memoria, que era una facultad mental y, por último, la escritura y el estilo, que eran obra del arte (López, 1910).

Al igual que Mitre, López se ejercitó primero en la novela histórica. Los inéditos *El Capitán Vargas* (1846-1848), *El último de los Pizarro* (1856) y una ficción que nunca completó sobre Liniers y su época, más los editados *La novia del hereje o la Inquisición de Lima* (1854) y *La loca de la guardia* (1854) fueron algunos de sus títulos. Su teoría historiográfica lo aproximó mucho a las letras y a la reconstrucción artística e imaginativa del pasado, a la manera de los grandes historiadores del romanticismo inglés, alemán y francés. Partía de la premisa de que, a cada una de las grandes fuerzas intelectuales del alma humana, es decir la razón, la memoria y la fantasía, le correspondía directamente un género

---

7 En el prólogo a *La novia del hereje*, López escribió: “A mi modo de ver, una novela puede ser estrictamente histórica sin tener que cercenar o modificar en un ápice la verdad de los hechos conocidos. Así como de la vida de los hombres no queda más recuerdo que el de los hechos capitales con que se distinguieron, de la vida de los pueblos no quedan otros tampoco que los que dejan las grandes peripecias de su historia. Su vida ordinaria, y por decirlo así familiar, desaparece; porque ella es como el rostro humano que se destruye con la muerte. Pero como la verdad es que al lado de la vida histórica ha existido la vida familiar, así como todo hombre que ha dejado recuerdos ha tenido un rostro, el novelista hábil puede reproducir con su imaginación la parte perdida creando libremente la vida familiar y sujetándose estrictamente a la vida histórica en las combinaciones que haga de una y otra parte para reproducir la verdad completa”.

particular de trabajos. A la razón, los trabajos filosóficos; a la memoria, los trabajos históricos; y a la fantasía, los trabajos poéticos. En el capítulo tercero de su *Curso de Bellas Letras*, instaló la categoría asuntos de memoria para referirse a una literatura construida a partir de datos y hechos verídicos del pasado, ligados entre sí lógicamente, mantenidos vivos por el recuerdo y útiles para explicar, como si fuera real, todo aquello que ya había desaparecido (López, 1845). La memoria de los hombres, el “archivo” que cada uno llevaba en las capas de la mente, dejaba de ser una simple acumulación de datos dislocados del pasado cuando el escritor alcanzaba a imprimirles una forma literaria. Pero el historiador tenía sus restricciones. Narraba lo que conocía por la memoria y únicamente estaba autorizado a imaginar los faltantes irrecuperables de esa memoria. Aunque la historia, la poesía y la novela compartían el mismo género narrativo —las tres ofrecían una representación lingüística de la realidad—, la primera se esmeraba en dar cuenta de los hechos verdaderos, mientras las dos últimas no tenían inconveniente en presentar hechos imaginarios y en inventar personajes, temas y motivos.

Sin embargo, estaba lejos de ser un relativista. Reconocía que el discurso histórico no se podía desarticular por completo de su fundamento cognoscitivo sobre la verdad, aunque en ocasiones accediera a ella de manera sesgada. Más de un siglo después, Paul Ricoeur (2004) reparaba en la existencia de un pacto tácito entre el autor y el lector de un texto histórico, que siempre aguarda expectante a que el primero le proponga un relato verídico. Salvando las distancias, López tuvo una percepción similar. Para él, la Historia no podía ser ni antojadiza ni imaginaria. Tampoco un cuento de hadas, sino una representación científica y sistematizada, ajustada a un orden de causa y efecto. Dicho esto, en ningún momento perdió de vista el



carácter literario que juzgó consustancial a la representación histórica (López, 1845). Realizó el salto hacia el realismo sin preconceptos y por vía de la yuxtaposición de dos objetivos que en su historiografía no fueron incompatibles: la aspiración a la verdad y la búsqueda permanente de la pureza literaria y artística del estilo. Ya lo decía Macaulay, la historia en su perfección era una obra de poesía y de filosofía (López, 1911). Y no hay composición metódica, filosófica y poética sin una alta perfección de la forma:

Una cosa son los sucesos en sí mismos y otra cosa es el arte de presentarlos en la vida con todo el interés y con toda la animación del drama que ejecutaron. Es preciso ver los tumultos y sus actores, oír el estruendo de sus voces, sorprenderlos en las tinieblas de sus conciliábulos, sentir el ruido de sus combates, asistir al festejo de sus triunfos y temblar al derrumbe de los cataclismos, como si todo ese bullicio estuviera removiéndose en el fondo de cada una de las páginas que se escribe. Este arte no debe confundirse con la mecánica exactitud ni con la filiación metódica de los hechos. Una y otra tienen su mérito y su necesidad relativa; pero estas últimas no son el arte; son cuestiones de simple ordenación, mientras que la otra es cuestión de estética, de más o menos poder imaginativo para agrupar los conflictos de la vida social, para restablecer los golpes de la lucha, para dar acción, gesto, ademán y palabra, a las masas y a las generaciones que actuaron en la escena (López, 1911: LV-LVI).

Entendía que la forma era la expresión de la unidad intrínseca del asunto.<sup>8</sup> Por ende, no se podía escindir de la

---

8 En su libro *Metahistoria* (1992), Hayden White clasificó a un grupo de historiadores y filósofos de

sustancia del libro, al que le pertenecía de tal modo que, cuando variaba, la misma sustancia quedaba radicalmente alterada. Definía a la forma como:

... una combinación exterior de partes, ajustada a cierto tipo de armonía extraño a la elaboración del asunto: una tragedia, por ejemplo ¿qué es, sino una combinación de medios materiales destinados a producir una obra organizada con simetría, y vaciada, al efecto, en un molde calculado para darle tal apariencia sensible? Si tomamos un poema épico o una historia, una novela o un curso de moral, u otra cualquier obra, encontraremos siempre; que además de su estilo, y del plan con que se hallan agrupadas las ideas, esa obra presenta cierto aspecto, cierta apariencia sensible que ella toma de la configuración general con que se hallan reunidas todas sus diversas partes (López, 1845: 142).

Por un lado, López se rindió ante el prestigio de la literatura clásica, y sobre todo romántica, de la que fue un ávido lector desde su juventud; y, por el otro, repudió el exhibicionismo exagerado del trabajo investigativo, porque estaba convencido de que esta estrategia conducía a una historia poco elaborada o demasiado servil y contemplativa (Madero, 2001). No abusaba de las citas ni de las enumeraciones prolijas de fuentes. Las tenía por ostentación inútil de erudición. Las notas que incorporó en sus trabajos no pasaron de meras aclaraciones, lo que le permitió simplificar y agilizar el discurso, vivificando el estilo. Estanislao Zeballos encomiaba sus dotes literarias y su pericia en el manejo de la

---

la historia del siglo XIX europeo (Michelet, Ranke, Tocqueville, Burkhardt, Hegel, Marx, Nietzsche y Croce) de acuerdo a la forma y al lenguaje poético que empleaban en el discurso histórico. Pudo identificar, así, cuatro modelos distintos de tramar: el romance, la tragedia, la comedia y la sátira.

intriga: “la forma que Ud. ha adoptado, pierde la monotonía de las transcripciones y el brillo del estilo y la selección de las ideas capitales dan a cada página una entonación especial que mantiene al lector, como la narración dramática de los sucesos, en la ansiedad de lo que sigue”.<sup>9</sup> Esta fue una de las razones que hizo tan atractivo el *Manual de Historia Argentina* de López, que se masificó en poco tiempo. Fue un éxito entre las maestras normalistas que contribuyeron a modelar la conciencia histórica de varias generaciones de niños y jóvenes argentinos. En 1896 el ministro de justicia e instrucción pública, Antonio Bermejo, le compró numerosos ejemplares a su editor, Carlos Casavalle, para distribuirlos en los colegios públicos.<sup>10</sup> Tal vez este fue el uso más importante que se le hayan dado a sus libros, ya que el

---

9 Carta de Estanislao Zeballos a Vicente Fidel López del 4 de mayo de 1892. AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5160.

10 AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, piezas núm. 5226 y núm. 5227. Hasta 1880, los textos más difundidos en la enseñanza de la historia fueron los de Lorenzo Jordana, primer director del Colegio del Uruguay y autor del *Curso elemental de Historia Argentina*; Edelmiro de Casas Redruello (*Glorias de Buenos Aires desde su fundación hasta 1810, dedicadas a la juventud argentina*); Juana Manso (*Compendio de la historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde su descubrimiento hasta el año 1874*); Clemente Fregeiro (*Compendio de la Historia Argentina*); Juan María Gutiérrez (*La Historia argentina al alcance de los niños*); y el más oficial de Luis L. Domínguez, *Historia Argentina*, que se iniciaba en el descubrimiento y concluía en el año 1820. La aprobación de Mitre garantizaba la buena acogida de las obras. Entre todas ellas, quizá la de Domínguez fue la más sólida. En una carta a López del 5 de julio de 1861, el autor le decía: “No hace un mes que todos lamentaban la falta de un libro donde estuviesen consignados los hechos de nuestra historia, no lo tenían, y no pedían más. Ha aparecido el mío, y ya hay quien se queja de que no se encuentra en él la filosofía de los hechos. Ya ve V. esos censores no habrán leído el Prólogo. Yo creo haberme presentado sin más pretensiones que las que en él constan. Nuestros Niebuhr, nuestros Gibbon, nuestros Thierry, nuestros Macaulay, vendrán después; y si ellos reconocen que yo les allané el camino trazando [...] el perfil de nuestra historia, mi aspiración estaría satisfecha. Por ahora, mi ambición se limita a que la juventud y los extranjeros tengan dónde aprender lo que ha pasado en este país, indicando los cómo y por qué, y contribuir a que los que no son ni jóvenes ni extranjeros, sino barbudos y sabios, y senadores y otros, no digan a la faz del mundo los más solemnes desatinos, por pura inocente ignorancia”. [Subrayado en el original]. AGN. Fondo y colección los López, VII-2372, pieza núm. 4772.

imaginario social también se nutre de la escritura destinada a la enseñanza. Y sabía cómo hacer textos escolares. Por encargo del ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, había escrito durante su exilio de seis años en Valparaíso y Santiago un breve ensayo de veintiuna lecciones y ciento setenta páginas sobre la historia de Chile, destinado a las aulas. La fascinación de sus historias, desprovistas de la aridez que podría haberle conferido la incorporación de un ingente aparato erudito, se debía en parte a que su autor había logrado desvanecer los límites entre la indagación histórica y la obra literaria. Eduarda Mansilla, como tantos otros literatos, se había inspirado en ellas para escribir sus novelas históricas.<sup>11</sup> Poco le importaba a López si al lector no le quedaba otra alternativa que confiar en su palabra. Más que la obsesión por pulir inexactitudes, lo sustancial para él era llegar a una narración bien contada, en la que pudiera fijar su posición sin pretensiones de imparcialidad y “tan dramáticamente palpitante, tan llena de vida”, que se leyera como una verdadera novela real y no como una fría y mesurada historia (E. Quesada, 1894). Refiriéndose a los *Origines de la France contemporaine* de Hipólito Taine se preguntaba: “¿Qué tiene que ver la trivial doctrina del documento y del hecho registrado, que se arrastra por el terreno ínfimo de la rectificación de uno que otro detalle, con esta majestuosa y benéfica obra de la verdadera historia?” (López, 1882: II, 483). Se puede llegar a discutir el parecido de López con Taine, y su método tendiente a confundir el oficio de historiador con el del naturalista, lo que resulta innegable es que la fisonomía literaria de los escritos del autor de la *Historia de la Revolución Argentina* excedió con creces los meros retoques estilísticos, habilitando el tipo de inventiva poética que suele quedar reservada a los relatos de ficción.

---

11 AGN. Fondo y colección los López, VII-2369, pieza núm. 4408.

## El método historiográfico

López expuso con exhaustividad su teoría historiográfica, su método y su defensa intransigente de la narrativa en la *Refutación a las Comprobaciones Históricas sobre la Historia de Belgrano* de 1882, aunque en 1845 había expresado muchas de estas ideas en su tesis de licenciatura en filosofía titulada “Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad” y en el *Curso de Bellas Letras*, producto de su experiencia como profesor de retórica en Chile y basado en la obra del tratadista de estética escocés Hugh Blair. El eje de la controversia con Mitre pasaba por la interpretación de lo que ambos contendientes llamaban la “Revolución Argentina”, cuya fecha simbólica fijaron el 25 de Mayo de 1810. Estaba indignado por las provocaciones de su adversario, y particularmente dolido, porque el ex presidente cargó sus armas en Buenos Aires, pero las descargó en el extranjero. Efectivamente, lo acusó de escribir la historia con tendencias filosóficas, ideas preconcebidas y afirmaciones dogmáticas en un artículo aparecido en la *Revista Chilena*. En opinión de Mitre, López solo había podido introducir en su obra apenas una teoría fundada en una sucesión de hipótesis planteadas por fuera de un sistema metódico de comprobación. Esta era la consecuencia de trabajar con un “bagaje histórico muy liviano” y limitado a algunos impresos extraídos de los periódicos, que a veces hasta iban a la imprenta con errores de transcripción. Sugería con malicia que cuando acertaba, no era por la buena y debida información, sino por genio intuitivo, imaginativo o inventor. Dado que ignoraba los documentos inéditos, validó dogmáticamente en cada página lo opuesto a lo que estos decían. Por ejemplo, todo lo que sus escritos declaraban sobre San Martín era falso o arbitrario, con lo que el ex Presidente ni siquiera

perdía el tiempo refutando aspectos puntuales, sino que procedía a descalificarlos a bulto.

López estaba furioso. Lo acusó de despotismo literario. Creía que lo único que podía invocar Mitre, que hasta se había atrevido a tildarlo de adivino —y en ocasiones hasta de ucrónico—, era la autoridad del archivo, al que sin embargo evitaba o le alteraba el sentido cuando le cuadraba y al que también debió haber pasado por el tamiz de los mecanismos de control. Le reprochaba que en no pocas ocasiones todos los documentos que almacenó en su casona de la calle San Martín solo le habían servido para corroborar la supuesta “parte adivina” que su propietario injustamente le endilgaba (López, 1882). Si le reconocía a Mitre las “recomendables y raras dotes de archivista” y la suficiente agudeza como para revolver en su propio archivo, y en los ajenos, hasta hallar un comprobante de circunstancias, también denunciaba que en más de una oportunidad los archivos le habían proporcionado “moneda falsa sin que su sagacidad habitual se haya dado cuenta de la calidad de las piezas que recibía” (López, 1882: I, 296). A este problema, de por sí muy grave, se le agregaban sus toscos errores de interpretación. Y todo esto combinado: “está visto que nuestro crítico que, por interpretar mal dos latines sencillísimos, trasladó una iglesia de Santiago de Chile a Buenos Aires, con sus torres, sus balas y sus frailes, por falta de atención y demasiada urgencia de documentos, ha tomado como auténtico un documento que no tiene ninguna autenticidad” (López, 1882: I, 323).

Para minar la credibilidad de los materiales que su oponente alegaba como pruebas, López se refería a ellos como parte “de su pasmoso archivo”, es decir el de Mitre, que muchos calculaban en alrededor de cien mil piezas. No obstante, estaba constituido por jirones inconexos. Y el propio ex presidente había reiterado una y otra vez que para poder escribir la historia no era suficiente con conocer uno

ni muchos documentos, sino que era necesario conocerlos a todos. Debido a la nefasta dispersión documental —aún más frecuente en su época que en la actualidad—, las piezas de un mismo fondo solían estar repartidas entre distintos poseedores. López aprovechó esta circunstancia para clavarle una estocada a Mitre donde más le dolía, recordándole que el suyo no era el único archivo. Había otros. Sin ir más lejos, los de Barros Arana y Amunátegui, redactores de la *Revista Chilena*. Como todos los archivistas y anticuarios, ambos eran celosos de la primacía y del exclusivismo de sus documentos y, ante la imprudencia del ex Presidente, hicieron valer su superioridad *papelesca* sobre “el fabuloso archivo de Mitre, que no tenía las preciosas piezas que ellos poseían” (López, 1882: I, 50). Acto seguido, y para beneplácito de López, procedieron a publicarlas, dándole la razón en uno de los puntos de mayor controversia entre uno y otro: la supuesta desobediencia del general San Martín cuando decidió atravesar la cordillera para combatir en Chile y en Perú, dejando sin respaldo a Pueyrredón y hundiendo a la Argentina en el horror de las guerras civiles.

López estaba seguro de que el principal defecto del autor de la biografía de San Martín era que carecía de suficiente criterio para valorar y comprender los documentos de archivo. O no los supo usar o necesitó de otros para que los interpretaran, como lo habían hecho los editores de la revista trasandina. Tuvo estas limitaciones porque no consideró las pasiones de los hombres y las divergencias naturales de los habitantes de los pueblos, tomando mecánicamente los documentos y recogiendo de ellos los datos que contenían, aunque sin analizarlos. Pero la historia no era “un armario de mariposas embalsamadas, clavadas en sus tabletas, destinado a exhibir momias [...] [sin] las pasiones que imperan en el espíritu humano” (López, 1882: I, 292-293). El documento permanece en su sepulcro a la espera de que llegue

alguien que esté dispuesto a superar la agónica fase archivística (personajes, datos, fechas). Si el historiador consigue restablecer todo lo que suprimen esos papeles amarillos y quebradizos tiene alguna posibilidad de reconstruir una época y de despertar a los hombres del pasado.

El único mérito que López les reconocía a los anticuarios y coleccionistas como Mitre, era el de repetir a modo de letanía lo que decían sus preciados manuscritos, que se cuidaban de mantener en secreto y por fuera del alcance de los demás. “Todo lo que se dice del valor de los documentos es completamente inexacto; lo substancial es el valor y el enlace de hechos. Por eso es que Salustio, Tácito, Tucídides, Macaulay, son grandes historiadores, los más grandes historiadores; y sin embargo, ni fueron archivistas, ni documentaron los hechos de enlace con que vinculan las series que vivifican su narración” sentenció (López, 1882: II, 495). La verdad de su fondo moral, el colorido de sus cuadros y el poderoso influjo de la acción hizo que nadie les exigiera documentación literal para justificar la manera en que pintaron la vida de sus respectivas épocas, y eso fue así, porque “esas pinturas, sin documentación, tienen la verdad eterna de la vida misma y del movimiento convulsivo de las sociedades en que pasaron los sucesos” (López, 1882: II, 483). Al igual que los artistas preeminentes, no se vieron obligados a revelar la ubicación de la cantera de donde habían extraído el mármol para levantar sus imperecederos monumentos de la literatura y de la lengua. El verdadero historiador era el que conseguía romper el cerco documental, dejándose llevar por la imaginación.

Empero, no es del todo cierto que López rechazara completamente los documentos de archivo, que por lo general obtenía de su círculo social de pertenencia más que del repositorio público, aunque sí relativizó la importancia que tenían al considerar que su incorporación debía ajustarse



necesariamente al plan de la obra.<sup>12</sup> Se resistió a dejarse seducir por la “verdad presunta” que supuestamente contenían. Cuestionó, primero, que se acumularan sin rigor, es decir, tomándolos al pie de la letra; y segundo, que fueran la única vía de acceso a la verdad, porque esta no siempre se “encuentra escrita con letra amarillenta y en papel florete” como pensaba Mitre (López, 1882: I, 322).

Creía que los eruditos caminaban por el filo de una cornisa. Corrían el riesgo de que su historia fuera apenas un fastidioso catálogo de detalles nimios e insignificantes, que nunca llegarían a alterar la fisonomía del conjunto de los hechos, ni la de cada hecho en sí mismo. Villemain había enseñado que el historiador tenía la obligación de escoger de entre el número infinito de hechos que lo rodeaban, aquellos que merecieran sobrevivir, que eran realmente perdurables porque tenían vinculación eterna con la naturaleza del hombre y eventual con la naturaleza de los hombres en una época determinada. Era imposible eludir esa elección porque, si bien la vida humana era un proceso cuyos detalles interesaban mucho a los contemporáneos, era menester ofrecerlo abreviado al porvenir (López, 1845). Entre la vorágine de acontecimientos había que buscar en el pasado solo aquellos que fueran dignos de historiarse. El rigor exigía esta exclusión necesaria. No servía de nada revolver el subsuelo histórico para desentrañar una puntada en el calzado, un nudo en la corbata o algunas otras minucias banales que

---

12 López fue un participante activo de la red de historiadores eruditos que intercambiaban libros, documentos, mapas, periódicos e impresos. Por ejemplo, en una esquila sin fecha le avisaba a Lamas: “Le mando bandos que me parece que pueden tenerse como un autógrafo [...] Supongo que hoy se irá a la quinta. Tengo algo muy antiguo (1810) verdadero autógrafo [...] AGN. Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2688. Por otra parte, en su archivo personal se conservan algunos apuntes sobre tomas y revelados fotográficos en papel y vidrio. Tal vez considerara que en algún momento este tipo de soporte también podría llegar a transformarse en una fuente válida para el investigador del pasado. AGN. Fondo y colección los López, VII-2375, pieza núm. 5263.

ninguna influencia tenían sobre la verdad histórica de los personajes, de los hechos o de sus épocas. El objetivo era trazar y revivir el perfil de los sucesos con rasgos profundos que acentuaran el gesto y la fisonomía del conjunto, descartando las nimiedades que poco aportaban a la verdad y a la reconstrucción histórica. Como buen erudito, Mitre a menudo confundía el carácter anecdótico de un hecho con su valor histórico. “Lo de la brevedad y rapidez para dar animación y fuego a un cuadro histórico —le advertía López— es materia de más o de menos sentimiento estético” (1882: I, 18). Así, cada escritor era libre de elegir los retazos del pasado que más le convenían, en cuanto a la concisión estética de su cuadro, con tal de que esto no provocara tantos defectos por la falta de información que obligaran al lector a acudir a otros libros para suplirla. Si bien era cierto que toda obra literaria descendía inevitablemente a menudísimos detalles —apuntaba—, también era cierto que se la podía tomar en abstracto, obviando por un momento esos detalles, “para contraer la atención de un modo exclusivo al aspecto que en ella presentan los diversos grupos de ideas en cuya simetría se haya apoyada y contenida la idea general” (López, 1845: 140). Precisamente en esta simetría radicaba la ley del plan.

La significación de este programa de trabajo era tal, que el sistema histórico de documentación no bastaba por sí solo para modificarlo, esto es, para variar el fondo, la estructura y las conclusiones de una obra. Como decía Certeau (2006), mientras la investigación puede ser interminable, el texto está obligado a tener un fin, por lo que la misma introducción ya se organiza a partir del deber de acabar. Antes de iniciar el proceso de escritura, el autor debe tener una idea general, anunciada, detallada y concebida como un sistema de partes análogas, susceptibles de ser desenvueltas con orden y presentadas con simetría. En su *Curso de Bellas Letras* definió el plan como la exhibición de los grupos graduales de ideas

en las que el escritor ve apoyada su idea total: “de modo, que el plan es, por decirlo así, *la verdadera expresión del encadenamiento lógico de nuestras ideas generales*” (López, 1845: 139). [En cursiva en el original]. Está compuesto por dos etapas: el encadenamiento de las partes principales y el encadenamiento de los detalles. De lo que se deduce que el plan, o en otras palabras el proyecto de investigación, debía anteceder forzosamente a la consulta documental. De lo contrario, estimaba López, ocurría lo que le había pasado a Mitre. Con el argumento de sumar nuevas fuentes, cambió tres veces el plan metódico del *Belgrano* desfigurando su composición. En tanto su rival había invertido su plan original, buscando dar con algo así como el “*nec-plus ultra*” de la perfección, él había conservado intactos el plan y el método en su *Historia de la Revolución Argentina* (1872-1875).

En resumen, y siempre atento a su proyecto, el historiador debía empezar por seleccionar los sucesos, extrayendo de entre el caos primigenio de acontecimientos aquellos que considerara más importantes, para después agruparlos y clasificarlos, distinguiendo los principales de los secundarios y subordinados, y poniendo en orden los elementos tormentosos e incoherentes (López, 1872: IV). Esta operación historiográfica exigía del acto interpretativo, que no solo tenía una participación preponderante en la lectura de los documentos, en la construcción de los hechos históricos y en las conexiones entre ellos, sino en lo que López concebía como modo de vida republicano (Madero, 2001).

La síntesis resultante posibilitaba, además, descubrir los fundamentos filosóficos que subyacían detrás de los acontecimientos, porque toda nación, toda época, todo sistema, portaba cierta unidad de principios y de aspiraciones, y cierta unidad de espíritu clara y patente para el ojo que sabe investigar (López, 1845). Historia y filosofía de la historia no se podían escindir, afirmaba con convicción el hombre que

a los veintisiete años dictaba esta asignatura en Santiago de Chile y cuyo maestro había sido Diego Alcorta.<sup>13</sup> Ambas explicaban al hombre, la primera, deteniéndose en su parte cambiante y, la segunda, haciendo lo propio con su parte inmutable (López, 1845). Por caso, lo específicamente histórico de la Revolución de Mayo no era el esqueleto desnudo de los sucesos, sino la confrontación discursiva entre los abogados coloniales y sus pares revolucionarios, donde cada uno de los partidos tuvo la oportunidad de exponer la naturaleza de sus doctrinas. En estos debates fue adquiriendo volumen lo que López denominaba la forma jurídica y constitucional de la Revolución. Pero Mitre, con todos sus documentos y a pesar de ellos, no había alcanzado a descifrarla. Estaba ocupado cosechando papeles con una liviandad asombrosa, mientras que él no se desvivía por respaldar sus certezas con documentos verificables. Sin la narración que le da vida al pasado, los archivos permanecen mudos y yermos como una momia en sus armarios, insistía López recurriendo una y otra vez a la misma metáfora que, además, utilizó para oponer su presunta historia viva a la historia muerta de Mitre. Recién en la tercera edición del *Belgrano*, Mitre había tomado conciencia de que los hechos, fabricados a partir de la mera acumulación erudita, no alcanzaban para comprender la Revolución, y para

---

13 Diego Alcorta fue un joven maestro de otros grandes autores nacionales como José Mármol y Juan María Gutiérrez. A partir de 1830, Alcorta introdujo a López en la gnosología. De él aprendió que, entre las manifestaciones propias del entendimiento y la inteligencia, la imaginación actuaba como el recuerdo de las formas y sentimientos causados por el objeto. En síntesis, era una suerte de remembranza. "La imaginación poética consiste en el recuerdo de una porción de percepciones, cuya unión forma un ser fantástico que puede hacer una impresión real" (Molina, 2011: 184). También le explicó la distinción entre el verso y la prosa. Según Alcorta, la poesía era una forma de estilo "exacta y medida" destinada a agradar, mientras que la prosa era una forma enteramente libre cuyo fin último era instruir al lector. López tendría presentes ambas enseñanzas en el *Curso de Bellas Letras* de 1845 y en sus novelas históricas, donde iba a poner la imaginación al servicio del acto de recordar.

trascenderlos, terminó apropiándose de la explicación que López había publicado en 1874:

Su *sistema histórico de documentación* no contenía la FÓRMULA de la Revolución, y le pareció que no había inconveniente en prescindir completamente de él y de sus cien mil documentos, para encontrar la fórmula de Mayo que en el libro escrito con las “*tendencias filosóficas y las ideas preconcebidas*”, que “*debía tomarse con cautela*” según sus sentencias de excomunión. [...] la *Historia de la Revolución Argentina* le ha servido no pocas veces para galvanizar los esqueletos de la metrópolis de su archivo, y comprender la fisonomía viva y animada con que los hombres y las ideas determinaron el gran movimiento histórico y político del pasado (López, 1882: I, 85-86; 91-92). [En cursiva y mayúscula en el original].

Esta no fue la única vez que lo acusó de haberle robado las ideas. En las conclusiones de su *Refutación*, López alegaba que en varios pasajes de la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, cuando Mitre intentó complementar la biografía con la historia de la independencia añadiendo el capítulo introductorio titulado “La sociabilidad argentina”, se podían detectar fácilmente, tanto en los puntos capitales como en la complicación de los hechos y en las causas que los provocaron, demasiadas analogías con los artículos que él venía firmando desde 1872 en la *Revista del Río de la Plata*. ¿Era apenas una extraña coincidencia?, fingía preguntarse a sí mismo mientras denunciaba a su oponente por plagio. Mitre se defenderá proclamando que desde 1864 tenía definido su plan para escribir la historia de la Revolución y que las similitudes obedecían a que ambos habían arribado a una misma verdad.

En opinión de López, la historiografía local no podía tener un carácter arqueológico, erudito o conjetural como la europea. Es cierto que fue un gran admirador de Niebuhr. Al margen de su fascinación por descifrar palimpsestos, este historiador alemán, nacido en Copenhague, abordó el pasado romano de manera novedosa. No solo estudió las instituciones socio-culturales, sino que incorporó fuentes arqueológicas. Sin embargo, López se interesó exclusivamente por las indagaciones de Niebuhr sobre el origen y desarrollo de la sociedad romana, en particular, por aquellas dirigidas a dilucidar las relaciones entre patricios y plebeyos. Descartó de plano el estudio de las sociedades indígenas y de sus potenciales evidencias arqueológicas, porque entendía que la región que había dinamizado el proceso histórico en la Argentina, la llanura pampeana, no conservaba entre sus capas de greda y tosca ningún monumento que valiera la pena desenterrar.

En este lugar todo era nuevo. Es más, los magros y contados papeles que se conservaban, o al menos los pocos que en ese momento estaban disponibles, la mayor parte de ellos referidos a la historia civil, cedían frente a la tradición viva que todavía permanecía latente en la conciencia pública. Gracias a que percibió a su objeto de estudio como próximo pudo, al igual que Tucídides, valorizar la historia del presente. Si bien sabía que en algún momento ya no se podría contar con la tradición, por ahora y dado que se sentía contemporáneo de la Patria —había nacido en 1815—, más que en los archivos, confiaba en los testimonios directos de las figuras patricias a las que tenía un acceso privilegiado por sus vínculos de clase.<sup>14</sup> La inmediatez a los sucesos lo obli-

---

14 En la *Revista del Río de la Plata* (1872, IV, 576) habló del desvanecimiento de los recuerdos "a medida que las generaciones que figuraban en el drama van cayendo en el sepulcro ignoradas por los nietos que le suceden. A cada instante perdemos algunos de los hilos preciosos que nos ligaban a esos tiempos, y nos quedamos sin poder contar a nuestros hijos cómo fue que nuestros padres,

gó a contar aquello que vio “entre las nubes fantásticas de la infancia”. De allí que asumiera la tarea de historiador no tanto como un oficio sino más bien como un “deber sagrado” y que confesara que se había preparado para historiar la Revolución desde que tuvo el criterio suficiente como para discernir el valor de sus épocas diversas. Se sintió atraído a hacerlo con un antojo irresistible (López, 1872: IV, 576). Quizá, porque intuyó desde un principio que podía diluir su propia biografía familiar en la historia nacional. Por eso, en sus obras, el testigo fue una fuente privilegiada de conocimiento historiográfico, si no exclusiva, casi excluyente:

... hijo de ilustre padre vinculado a todos los acontecimientos de nuestra historia, desde niño ha podido conocer a casi todos los que han actuado en ella; ha podido oír las opiniones de todos los que en ella influyeron, y ha podido ver con sus propios ojos la mayor parte de los sucesos que han tenido lugar. Más tarde, durante su larga emigración en Montevideo y en Chile, ha vuelto a conversar extensamente con todos los personajes de aquellas épocas; ha anotado sus conversaciones, ha requerido estudios especiales, y puede asegurarse que desde entonces, esto es, desde hace casi medio siglo, ha estado escribiendo insensiblemente nuestra historia, por medio de la acumulación de materiales vivos, por decirlo así. Esas son sus fuentes principales: los propios recuerdos y la tradición, piadosamente recogida; elementos de inestimable valor ambos y de alcance tanto más notable, cuanto que escapan a un control cualquiera, pues estriban exclusivamente en la fidelidad

---

en medio del dolor y del desquicio, les preparaban una patria pasando ellos por las pruebas del presente aciago”.

del recuerdo, o en la exactitud de apuntes de carácter personalísimo (E. Quesada, 1894).

A fin de cuentas, la memoria y la tradición fueron los primeros recursos que tuvieron los pueblos para transmitir el recuerdo de los sucesos notables (López, 1845) y, en lo que respecta a la historia, la Argentina, como todos los países americanos, no había salido todavía de la infancia. Con estas palabras sencillas se lo explicaba a los jóvenes en el *Manual de la Historia de Chile*:

Cuando la relación de los sucesos acaecidos en un pueblo no ha sido escrita todavía, por falta de literatos que lo hagan, y nos viene transmitida verbalmente de generación en generación, debéis tener presente que no debe darse el nombre de historia a semejante narración; el nombre que le conviene, y que todos le dan, es el de tradición. Así es que cuando me oigáis asegurar que los pueblos bárbaros no tienen historia, no debéis pensar que yo quiero decir que no tienen sucesos propios que referir; no: lo que quiero decir es, que no los tienen escritos, y que, por esto, no tienen historia sino tradición (López, 1846: 6).

Con el objeto de refutar la agrupación estratégica de documentos que Mitre había presentado para vindicar la figura de Martín de Álzaga, y pese a que también conocía muy bien el archivo del Cabildo de Buenos Aires, cuyos libros había comenzado a transcribir, López no tenía ningún reparo en admitir que su juicio definitivo sobre el alcalde de primer voto estuvo condicionado por las apreciaciones de sus antepasados, especialmente de su padre: “La tradición de nuestra familia, la tradición revolucionaria y patriota, criolla en 1807 y argentina en 1810, nos enroló



desde muy jóvenes en el partido adverso a Álzaga. Ahí está 'El Triunfo Argentino' escrito por nuestro padre en 1807, prestigiado por Lavardén y por don Francisco Paso; él no contiene en sus estrofas un solo elogio, ni el nombre siquiera del desgraciado conspirador de 1809 y 1812" (López, 1882: I, 294). Y todos los poemas eran a la vez leyenda e historia porque, aun sin proponérselo, comunicaban ciertos saberes sobre la realidad. Por otra parte, nada ni nadie, y menos aún la historia escrita, habían conseguido explicarle algunos sucesos con la fidelidad que lo había hecho su padre, quien se convirtió en su principal informante, testigo y juez en materia de historia nacional. Su testimonio oral valía más que las informaciones mudas o incompletas del archivo de Mitre. Pero hacía una salvedad: "jamás hemos invocado la tradición paterna y de familia sin ponerle al lado un documento que la justifique" (López, 1882: II, 614).

Eso sí, sostenía que los archivos debían ser evaluados a la luz de las pasiones e intereses de quienes los gestaron y siempre mediados por la interpretación del historiador: "no basta que un documento afirme un hecho para que ello sea cierto, y para que sea completamente vedado estudiar su naturaleza y su procedencia" (López, 1882: I, 288). Más aún si se trataba de documentación estatal, porque "la historia pasada, como la contemporánea, no puede escribirse con los datos que suministra el lenguaje de los actos oficiales, si ese lenguaje no se somete al análisis severo de la justicia y de la verdad, examinándolo con discernimiento" (López, 1882: I, 291). Los hechos de la historia pueden ser unos de acuerdo a los actos oficiales y otros muy distintos si expresan las corrientes políticas y sociales, ya que nunca existió algo similar a una homogeneidad inalterable de opiniones y voluntades. Las más de las veces la documentación pública entraña vicios insanables de parcialidad y de inexactitud. Siempre es sospechosa, y en ocasiones,

directamente falaz. Por eso, alertaba sobre los peligros que enfrentaban los historiadores de la escuela de Mitre, cada vez que tomaban literalmente y “sin crítica los asientos oficiales de un cuerpo político cualquiera” (López, 1882: I, 310). Contra esos asientos que ellos consideraban evangélicos se levantaban los fallos de la opinión pública y de los testigos y actores de los sucesos, e inclusive, el testimonio de los poetas, porque: ¿acaso no fueron los poetas los primeros historiadores que, como cantores itinerantes, se habían encargado de transmitir las proezas legendarias de sus héroes? (López, 1910).

Frente a un documento no solo cabía preguntarse si era apócrifo, parcial o respetable, sino también si había sido interesado para servir a los propósitos de quienes lo produjeron o para sincerar las vacilaciones anteriores de quienes lo escribieron (López, 1882). Las sociedades no vivían en una paz octaviana, sin diferir en un ápice del veredicto y de las pretensiones del gobierno, de mando, de jerarquía, de intrigas y de calumnias, que no siempre se revelaban explícitamente en los papeles producidos por el Estado. Para escribir la historia había que ser crítico y no dejarse seducir por la infalibilidad de la letra muerta. La verdadera y única ley de la historia era la crítica del escritor, el criterio y el estilo con que el autor explotaba el documento —por más que Mitre menospreciara el método calificándolo de intuición—, a la que se sumaba la tradición proveniente de las grandes fuentes de la opinión pública en los pueblos modernos, del estado social cuando se trataba de historia conjetural y de exégesis cuando se aplicaba a los pueblos antiguos (López, 1882). Poco afecto a la crítica, Mitre confundía el hecho y el documento, dejando a un lado la verdad misma, que es el hecho, y poniendo toda su confianza en el documento, que es apenas un eco de los hechos. No existía nada semejante a una correspondencia absoluta entre hechos y documentos,

alertaba López. Una distancia temporal difícil de franquear separaba los vestigios documentales del pasado de lo que efectivamente fue la realidad del pasado. Justo por esa brecha o espacio intermedio, la más de las veces inestable, se abre paso el sujeto que produce el discurso histórico. Que el documento fuera un medio de prueba o de rectificación, si es bueno y genuino, era una verdad tan trivial que no había por qué explicarla con alegorías abstrusas. Cualquier abogado, curial o persona medianamente educada sabía que un pleito debía estar apoyado en documentos. Pero como hombre del derecho sabía analizar hermenéuticamente las pruebas. Lo esencial para la justicia, así como para la historia —afirmaba—, es la verdad de los hechos y no la caligrafía material de los documentos. Su actuación en el foro lo había acostumbrado también a que la más de las veces fuera imposible arribar a más certezas que las presuntivas y polémicas.

## Crónica, memoria e historia

En *Debate histórico*, y a fin de terminar de clarificar su teoría historiográfica, López juzgó oportuno volver sobre el *Curso de Bellas Letras*, donde se ocupó circunstanciadamente de las especificidades del texto literario como hecho histórico y social. Identificó y comparó tres géneros de composiciones históricas que transmitían la noticia de los acontecimientos públicos de un país: la *crónica*, las *memorias* y la *historia* propiamente dicha.

La primera es un ejemplo de forma no narrativa de representación de la realidad histórica. Pese a que está emparentada con los anales, presenta una sutil diferencia. Mientras los anales son solo una lista de sucesos ordenados cronológicamente, en la crónica hay por lo menos una aspiración

a la narratividad, aunque lo esencial sea la escrituración de los sucesos. Se limita a consignar, día por día, a partir del encadenamiento que resulta de su misma producción, los acontecimientos que van pasando por la vista del escritor. Es impersonal, contemporánea y expositiva de cada suceso registrado. El tiempo dicta cada detalle. El cronista no se vale ni de documentos ni de archivos, nunca relata en nombre de otros que no sean los testigos oculares y está imposibilitado de ver el eslabonamiento filosófico de los hechos. El desarrollo se quiebra en el propio presente del autor y deja en suspenso la resolución definitiva, respondiendo su concatenación lógica únicamente a la sucesión de las fechas. Sin la presencia de estos rasgos distintivos ya no se trataría de una crónica verdadera, sino de una composición retrospectiva y ficticia que, por más que usurpara la forma literaria de la crónica, carecería de autoridad y sería pura imaginación. Por ejemplo, la crónica poética al estilo de Walter Scott “que ha lucido este género ficticio en el romance, con un elevado genio histórico, pero nadie ha pretendido que sus Romances sean crónicas, sino una preciosa idealización, cuya belleza y cuya importancia está en haber explotado las crónicas, y no en haberlas hecho o escrito” (López, 1882: I, 227-228). Por el contrario, las memorias admiten la distancia temporal entre quien escribe y lo relatado. Son personales y rememorativas, y se caracterizan por la presencia del escritor referenciando su propia vida y su participación en los hechos que narra, incluidos los personajes que ha frecuentado, conocido y observado.

Según López, Mitre estaba totalmente equivocado cuando insistía en que faltaban los cronistas como paso previo a la escritura de la historia. En efecto, en sus *Comprobaciones* había escrito: “Los memorables acontecimientos conocidos en la historia argentina con las denominaciones antonomásticas de La Conquista, La Reconquista y La Defensa,

están esperando su cronista; decimos su cronista, y no su historiador, porque en el génesis de las naciones, el análisis debe preceder a la síntesis” (Mitre, 1882: 100). Pero si es que faltaban —le respondía López— seguirán irremediablemente faltando. No constituía una novedad que uno de los insumos del oficio de historiador eran las crónicas, pero las ya escritas y no las que se estaban por escribir.

Suponía, entonces, que lo que Mitre había querido decir era que se necesitaba de alguien que coleccionara y editara todo lo que contenían los archivos, y concluía: “estamos perfectamente de acuerdo con él, y por eso en 1851 comenzamos nosotros por ser coleccionistas”, haciendo referencia a la obra *Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata desde 1806* que, con la pretensión de encontrar en el pasado inmediato los orígenes del movimiento revolucionario, sacó junto con Valentín Alsina en la Biblioteca del Comercio del Plata. Iniciada por Florencio Varela, esta edición surgió como una alternativa de los emigrados a la *Colección de obras y documentos inéditos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata* de Pedro de Ángelis (1836-37). Más tarde, López realizó nuevas contribuciones documentales, publicándolas repetidamente desde 1872 en la *Revista del Río de la Plata*, que dirigía junto a Juan María Gutiérrez (López, 1882: I, 228). En 1873 colaboró con Lamas y Gutiérrez en la redacción de un plan ambicioso de rescate documental para aumentar la colección de manuscritos históricos de la Biblioteca Pública: las “Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata”, aprobadas por decreto provincial del 2 de julio. La intención era ampliar, con piezas traídas principalmente del extranjero, el *Cartulario de Celebridades Argentinas*, que venía reuniendo las cartas escritas por hombres públicos de notabilidad en el movimiento político o histórico, en el

estilo del *Plutarco brasileiro*, un conjunto de biografías en dos tomos que publicó João Manuel Pereira da Silva en 1847 y que reeditó en 1858 con el título *Varões Ilustres do Brasil durante os tempos coloniais*.

La *Compilación* de 1851, que entre otros objetivos se proponía recuperar la información contenida en papeles que no habían desaparecido por espacio de cuarenta y cuatro años, antes de que el paso del tiempo los destruyera definitivamente, incluía muchos documentos de propiedad de López, las más de las veces, apenas restos diseminados, entre otros, impresos sueltos, producciones oficiales y particulares, narraciones, fragmentos, memorias y hasta poemas descriptivos y narrativos que, aunque en general carecían de mérito artístico y literario, abundaban en notas e ilustraciones. Centrado en las Invasiones Inglesas, el libro se dividía en tres partes: Conquista, Reconquista y Defensa. La clasificación y el ordenamiento de los documentos respondían a un guion histórico sustentado primero en los temas y después en la cronología.<sup>15</sup> Las piezas se iban eslabonando sucesivamente a partir de tres grandes ideas que actuaban como hilos conductores, a saber, política, patria y religión, y estaban precedidas por comentarios a título introductorio que servían como engarce. Los autores eran conscientes de

---

15 Valentín Alsina (1851, 1-2) dejaba constancia de que “en esos datos, hoy dispersos e inútiles, pues yacen ignorados u olvidados por la generalidad, es donde la solícita historia ha de tener que buscar, y donde únicamente ha de hallar, sus elementos, sus detalles, su moral y su filosofía, y gran ventaja será para ella el encontrarlos reunidos y ordenados”. Más adelante aclaraba que la obra era un mero ensayo de recopilación histórica. No obedecía a plan alguno ni a propósito preconcebido y presentaba importantes vacíos documentales, que los editores esperaban completar haciendo un llamamiento a las “personas curiosas que conservaran folletos antiguos, datos especiales, y en fin papeles interesantes, adecuados a nuestro objeto” para que se dignaran facilitarlos. “Todos ganaríamos con ello: saldrán esos papeles del olvido en el que están; vendrían a ser útiles al bien común; recibirán una forma más neta y agradable en la presente edición; se reducirán a cuerpos compactos, clasificados por años o épocas, y en orden cronológico; y podrían ser así cómoda materia de un estudio genuino de nuestra historia”.

que este caprichoso ordenamiento —absolutamente contrario a las normas de clasificación de un archivo—, adolecía al menos de dos defectos. Por un lado, la existencia de documentos redundantes, que repetían las mismas ideas o sucesos. Por el otro, el orden de fechas y la división de los capítulos obligaban a separar y a dispersar documentos relativos a un mismo incidente o episodio haciéndoles perder inteligibilidad. Pero el gesto de separar, de reunir y de transformar objetos documentales que previamente habían estado distribuidos de otra manera, cambiando su lugar y su estatuto y recortando su universo de uso, implica un trabajo cultural a través del cual —en cierto sentido— quien está a cargo de esta operación vuelve otra vez a producirlos (Certeau, 2006). No hay duda de que esta práctica, que se podría calificar como proto-historiográfica, siempre termina desplazando o encubriendo al productor original para instalar uno nuevo que impone su propia versión de los hechos.

En el Prólogo, Alsina observaba que, pese a la influencia y estrecha ligazón de esos eventos con la época de la independencia, todavía no se había presentado quien escribiera su historia ni, tan siquiera, quien reuniera los datos y detalles de referencia. Por eso, seguramente la interpretación de López acerca de los dichos de su oponente era certera porque Mitre (1882), quien se había servido con regularidad de estas ediciones, afirmó varias veces que los historiadores presentes no podían aspirar a mucho, porque no estaban ordenados los materiales necesarios para confeccionar una historia completa en su crónica y en su filosofía.

López se mofaba de estas incongruencias y de las reiteradas aseveraciones paradójales de Mitre sobre rehacer una historia que no se había hecho todavía:

Si Niebuhr rehízo la historia de Roma —“consultando el *eterno documento* del suelo” ¿qué suelo le serviría de documento eterno al Niebuhr argentino, para *rehacer* una historia que, según el señor Mitre, *no se ha hecho todavía*; y que no estando hecha, no podría estar enterrada, ni puede *rehacerse*? dirá con nosotros todo hombre de buen sentido [...] El señor Mitre podrá sin duda *rehacer* sus libros, si es que al principio los hizo mal. Pero entre esto y rehacer la historia, hay una distancia inmensa para la crítica y para la literatura (López, 1882: II, 488). [En cursiva en el original].

Agregaba que los historiadores no tenían por qué rehacer la obra de nadie, sino que debían seguir anudando y complementando detalles, sin apartarse de la tradición, pero inquiriendo siempre. En definitiva, ellos eran los que creaban la necesidad de los archivos y colecciones, y no a la inversa, aunque historiadores y coleccionistas se retroalimentaran mutuamente. Las colecciones se expandían a medida que los historiadores descubrían nuevos temas —aseguraba—, mientras los historiadores se documentaban mejor a medida que los archivistas percibían los nuevos rumbos que abrían el ingenio y el trabajo de los escritores.

Así, se llegaba al último de los géneros, es decir a la Historia propiamente dicha, que consistía en una narración especial en la que entraba el juicio filosófico y político sobre los acontecimientos, lógicamente vaciados en un orden moral capaz de organizar el caos de los registros históricos, y donde la documentación empíricamente aplicada era insuficiente para explicar las causas, complicaciones y el movimiento de ideas que los provocaron. En fin, un cuerpo homogéneo de hechos, causalidades y consecuencias íntimamente trabados y vertebrados en una composición literaria, cuya finalidad práctica más relevante era



sacar lecciones de sabiduría moral y política de la vida pasada (López, 1881 y 1911). El campo visual de la historia era el tiempo, que portaba en sí mismo una transparencia tal, que la memoria podía penetrar en él como si estuviera en presencia de un vidrio. Y, de la misma manera que el vidrio, la historia podía ser trabajada con un arte que permitiera vencer las distancias para poner los objetos temporalmente lejanos al alcance del presente (López, 1910). Una verdadera historia, además de respetar el tratamiento juicioso de las pruebas y erigirse sobre un orden discursivo que contemple especialmente la secuencia cronológica en la que se produjeron los acontecimientos, mostrada en calidad de causa-efecto, debe presentar los hechos bajo la forma de una estructura que les provea de un orden de significación que estos no poseen como mera secuencia. Una vez consumado este proceso, se obtiene un texto capaz de organizar las unidades de sentido. No obstante, existe una infinidad de formas de decir lo real. Para López era este el punto capital. Siendo el primero de los autores argentinos que se interrogó explícitamente acerca de la Historia como escritura concluyó que, dada la pluralidad de posibilidades que ofrece la expresión, la narratividad no se podía escindir de la representación historiográfica. Es más. En el necesario binomio relato-documento, no vacilaba en afirmar que en la Historia propiamente dicha la importancia del primero superaba con creces la del segundo. Aunque el historiador precisaba de la erudición para saber, requería de la imaginación para pintar: “así como no es historiador el que generaliza sobre los hechos que no conoce, como hay muchos entre nosotros que hacen la historia según sus intereses y sus pasiones personales, no es tampoco historiador el que registra los hechos con citas, sin darles fisonomía humana, mirada y acción” (López, 1882: II, 509).

Incomprensiblemente, y en no pocas ocasiones, Mitre pretendió presentarse como cronista y enfatizó el valor del hecho registrado. Tal vez lo hacía para calmar sus ardientes deseos de objetividad porque en las crónicas el cierre narrativo se frustra, provocando la sensación de que los hechos hablan por sí mismos. Sin embargo, como no consiguen captar la plena narratividad de los acontecimientos, estas no pasan de ser una historia imperfecta o un relato inacabado. Por consiguiente, por más que Mitre fingiera cultivar el género, en muchos pasajes de sus obras borró completamente la teoría literaria acerca de las condiciones de la crónica. Ni siquiera procedía como historiador —observaba López— sino como filósofo hegeliano, remontándose “hasta las regiones de la poesía y de la metáfora trascendental” que tanto injuriaba (1882: I, 229). Lejos de la exposición ingenua de los hechos ocurridos, contaba los acontecimientos en la más excesiva y formidable de las síntesis, incluso cayendo regularmente en incompatibilidades retóricas:

La exuberancia de la poética filosofía agarra, amon-tona, oprime todos los hechos, juntos y mezclados; los pulveriza como con un pisón; y a cada golpe mágico de la máquina vuelan como polvo de oro convertidos en vistosas metáforas, sin que sepamos de cual cuerpo fueron átomos anteriormente; ni cuál hecho histórico los engendró. [...] Con frecuencia violenta la sencillez de la expresión y de la idea, y necesita atar con numerosos gerundios los miembros inconexos del razonamiento, como ahí donde preconizando con la crónica el valor del análisis, da como ejemplo la más áspera síntesis, consignada en cinco metáforas distintas e incompatibles que se maldicen al verse juntas (López, 1882: I, 230 y 233).

López satirizó el excesivo apego de los eruditos por los documentos en *La gran semana de Mayo* (1896), una crónica novelada, o boceto de novela epistolar como la llamó Ricardo Rojas, en la que se balanceó cómodamente entre la realidad y la ficción. Editó, en principio por entregas en los diarios *La Nación* y *El Nacional* y luego en la Imprenta y Librería de Mayo, las cartas que fingió hallar en el baúl de la parda Marcelina Orma, esclava del presbítero Mariano Orma. Para conferirle mayor realismo y darle un tono autobiográfico, vinculó al personaje con su propio pasado, explicando que Marcelina visitaba a su madre, Lucía Riera, todos los 25 de Mayo de cada año, porque para ella la Patria era una persona de carne y hueso vestida de raso celeste y blanco, que nació cerca de la casa de sus amos y que había muerto hacía muchos años, en el mismo momento en el que se habían ido para siempre los Hijos y los Padres de la Patria (López, 1909).

Si bien no lo dijo expresamente, las cartas eran producto de su invención. No obstante las presentó como reales, con la advertencia de que no eran oficiales ni originales. Les confirió verosimilitud redactándolas a partir del ensamble de tradiciones familiares que oyó en su niñez “con un religioso respeto” (López, 1872: IV), al que le agregó otros testimonios de distinto origen que fue recopilando con posterioridad. Conclusión: las inventó, pero sin abandonar el fondo histórico de los acontecimientos, porque —a su juicio— el discurso ficcional no por ser imaginario es menos verdadero.

Ya había transcrita cartas supuestamente históricas en *La novia del hereje* y afirmado allí que el orden de los sucesos de la novela se hallaba muy lejos de ser una mera creación de su fantasía (López, 1870). A la manera de Walter Scott, pero readaptando el modelo a las necesidades americanas, respetó los hechos históricos producidos en la esfera

pública y dejó volar su imaginación para introducir al lector en aquellos ámbitos prácticamente vedados para los documentos, en especial el concerniente a la vida privada o familiar, el cual adquirió una poderosa centralidad en su representación historiográfica. Dos relatos se fundieron en una misma obra: el del historiador, que proporciona el contexto interpretativo que le da marco a la acción, y el del novelista, que resucita dramática y moralizadamente las ideas y creencias de una época. En este caso, valiéndose del romance entre la católica limeña María Pérez, la novia, hija del Superintendente de Situados del Perú, y el protestante Roberto Henderson, el hereje, lugarteniente del pirata inglés Francis Drake. Adoptó la misma estrategia en *La loca de la guardia*. La novela viene precedida por una carta que atribuyó a Félix Pico (padre), que “bastará para que se vea que este Cuento, Leyenda o Episodio de la Campaña libertadora del Ejército Argentino en Chile tiene una base histórica sobre la cual reposa el cuadro fantástico con que el autor lo ha presentado” (López, 1896: 5).

En *La gran semana...* colocó inteligentemente una nota preliminar, en la que reveló una manera novedosa de utilizar los documentos y mantener la intriga. No importa que la correspondencia fuera enteramente ficcional, porque sus apreciaciones no dejan de abrir nuevas posibilidades a quienes trabajan con materiales auténticos de archivo:

Las cartas no son evidentemente originales, sino copias de una misma letra, firmadas con simples iniciales, que llevan las fechas del 20 al 31 de mayo de 1810. Carecen por consiguiente de autenticidad, pero presentan un grande interés no sólo porque se puede conjeturar por sus iniciales, que están escritas o atribuidas a personas muy conocidas de aquel tiempo [...] sino porque *nos presentan la Revolución de 1810, día por*

*día, y a medida que se va haciendo; sin el enfático classicismo que le han dado los panegíricos convencionales de los tiempos subsiguientes; que, sin ser falsos en la generalización de sus resultados sociales, carecen sin embargo del colorido que tuvieron los sucesos al tiempo que los iban produciendo la pasión y el interés de los agentes secundarios que constituían la fuerza vital del sacudimiento. En estas copias, que pueden carecer de autenticidad, pero que no carecen de verdad, la Revolución de Mayo se nos presenta popular y callejera, al correr de la pluma ingenua de los que las escribieron dando cuenta de todo lo que hacían ellos o sus amigos, contra el gobierno colonial, en las calles, en las plazas y en los cuarteles, mientras que, sobre el tumulto popular los políticos de uno y otro partido fabricaban el gobierno nuevo, cada uno en su sentido. (López, 1909: 5-6). [Cursiva de esta edición].*

Los documentos que creó para organizar la trama y conferirle fuerza dramática, contaban día por día la otra revolución, no la de los políticos que estaban ocupados fabricando un nuevo gobierno, sino la popular y callejera, la de aquellos que deambulaban por las calles, plazas y cuarteles, con sus pequeños gestos de desobediencia al orden colonial. La de las muchachas patriotas que caminaban por las aceras dejando mojar sus rebozos y sus cabellos de azabache con la lluvia que se había desatado desde la tarde. La de los muchachos que erraban como locos, impacientes por sacar sus sables y oír el estruendo de las balas. La de los negros, mulatos y cholos que llevaban recados de aquí para allá como Toribio, que llegó del pueblo contando que en el almacén de Rúa le habían dicho que llamaron urgentísimo a don Cornelio para que tomase el gobierno, porque los criollos y la gente de los cuarteles habían avanzado hasta la plaza, habían desecho el Cabildo y agarrado y muerto a

Cisneros (López, 1909). En este pueblo, ataviado con ramilletes de violetas azules y de junquillos blancos, López vislumbró los primeros atisbos de un sentimiento nacional. En una de las cartas se leía:

El grito general es echar abajo a Cisneros y poner paisanos en la audiencia y en el gobierno. Todo el paisanaje anda por la plaza y las calles: en los cuarteles rebosa la gente. Todos hablan, gritan, entran y salen en las mayorías de los regimientos: con mil noticias a cada cual más alarmante, de que han llegado a las Conchas fuerzas de Montevideo, de que Liniers viene sobre nosotros con cinco mil cordobeses, de que en el hueco de los Sauces, en el de Cabecitas y en barracas se están juntando los europeos para avanzarnos. [...] las calles del centro y la plaza están llenas de mozos armados a pistola y sable que vigilan el Fuerte; y por las orillas andan también de su cuenta muchas partidas de caballería voluntaria. Este es el estado en que está el pueblo desde el viernes. Anoche hubo palos y tiros en el teatro. [...] En las pulperías se notan muchas reuniones, y se arman pleitos a cada momento entre criollos y maturrangos, de los que resultan bastantes heridos a cuchillo porque a nadie se le deja sacar fusil o sable de los cuarteles [...] Con este motivo te diré que las damas y las muchachas se han puesto todas del lado de sus hermanos y de los criollos. Como los europeos andan con miedo no oprimen ya a los muchachos, quitándoles los zapatos o el sombrero, y escondiendo las llaves de la puerta de calle para que no salgan de noche; y ya sea de miedo, ya de impotencia, callan y sufren. Ha entrado la furia de los rebozos de frisa celeste, ribeteados de cintas blancas. No hay muchacha o una dama (con excepción de doña Flora

que está más rabiosa y más fiera que un diablo) que no pase la noche cosiendo su rebozo para salir a la calle y pasear por delante de los cuarteles. Excuso decirte que los ramitos de violetas azules y de junquillos blancos, emblema de la causa, van y vienen de unos grupos a otros (López, 1896: 20-23).

Tímidamente, consiguió descubrir que la historia, a la que había definido cuando tenía apenas treinta años como el retrato vivo del hombre obrando socialmente, o como la representación científica y literaria de todos los hechos que cambian el modo de ser de las naciones y que por eso constituyen hechos sociales (1845), también se podía relatar desde el punto de vista de los “de abajo”. Lo logró sin apartarse de los códigos realistas de representación, aunque para ello tuvo que desplazar a los personajes reales a un plano secundario e inventar a los protagonistas de la “pequeña historia”. Lo atractivo de las novelas es que tienen la capacidad de pintar la historia privada de una sociedad, sin descuidar la de los grandes actores de los acontecimientos políticos. Si en su ejecución se idealiza la vida familiar, se incorporan doctrinas éticas y se erradican de la trama los desvíos imprudentes, las escenas oscuras y los personajes tortuosos, la literatura también se puede convertir en un modelo social y en un instrumento de civilización.<sup>16</sup>

---

16 “Literatura ni da preceptos, como la Retórica, ni dogmatiza, como la Crítica; sino que impone tendencias y civiliza. La Literatura desenvuelve las creencias sociales; la Crítica las discute; la Retórica se atiene sola a la organización material de la expresión: tales son sus diferencias terminantes [...] Compendiando todo lo que llevamos dicho, podemos definir la novela así: la idealización de un suceso doméstico, narrada con tono sencillo y vulgar, para interesar la imaginación, promover afectos morales, y fortalecer los buenos principios de nuestra conducta privada” (López, 1845: 27 y 297).

Si la novela ha de ser narrativa, necesita pues poner, por cimiento de su edificio, un suceso que narrar, suceso que, como ya hemos dicho, debe ser tomado de las relaciones domésticas, y servir para provocar afectos familiares, el ingenio del escritor es libre para combinar este suceso y darle colores y préstamos literarios capaces de interesar al lector. El escritor no debe olvidar jamás que la novela es una obra de arte, y que como tal necesita unidad en la acción que compone el hecho, y en los caracteres de las personas que contribuyen a explicarlo (López, 1845: 290).

*La gran semana de Mayo* era, a la vez, un grito de rebelión contra la memoria oficial y la oratoria estatal de su época, que se habían vaciado de contenido a fuerza de tanta ritualización.

Podía estar satisfecho con este libro. Había derribado la última barrera. Terminó de disolver los límites entre el discurso fáctico y el ficcional. Parecía que finalmente había confirmado su presunción de que tan solo una línea muy delgada separaba la historia de la ficción, aunque —en verdad—, nunca había tenido ningún inconveniente en aceptar que el significado de los acontecimientos que deseaba relatar era susceptible de representación en modo narrativo. White (1987) distinguió entre el discurso histórico que narra y el discurso histórico que narrativiza, es decir, entre aquel que adopta abiertamente una perspectiva que mira al mundo y lo relata, y el que finge hacer hablar al propio mundo y hablar como relato. El primero es el de López, a quien nunca lo problematizó dar a los acontecimientos reales la forma de relato. El segundo es el de Mitre, quien se aferraba a la artificialidad de la idea de que los acontecimientos, y hasta los propios documentos, podían hablar por sí mismos, apenas con el agregado de algunos adornos



retóricos o efectos poéticos que contribuyeran a captar la atención de los lectores y mantener vivo su interés.

## **La reconciliación entre los dos maestros de la historia nacional**

Los años consiguieron por fin extinguir el fuego de los dos ardientes polemistas. Al fin y al cabo, tanto uno como el otro, fueron hombres de letras que habían incursionado a la vez en la historia, en la literatura y en la política, tres actividades complementarias que concurrieron a formar el discurso integrador de la Nación. Además, pertenecieron a una misma tradición historicista romántica y europeísta, que proyectó una interpretación liberal del pasado proclive a pensar que el desarrollo de la civilización estaba orientado por una ley providencial, que la conducía de manera inevitable hacia el progreso y la perfectibilidad humana en una línea continua que, a medida que iba avanzando, construía la sociabilidad del tiempo presente. Paradójicamente, este posicionamiento implicaba un cierto determinismo teleológico o, si se quiere, un fatalismo histórico limitante de las libertades humanas. Si bien López separó con mayor contundencia que Mitre la historia colonial de la independiente, porque para él la revolución había roto la cadena de sucesos que venían del antiguo régimen y abierto el camino hacia un inédito orden republicano, lo que inclusive le hizo observar con mayor preocupación las dificultades de llevar adelante una reforma de carácter liberal y evolutiva carente de arraigo y tradición (Botana, 1990), no dejó de tratar el advenimiento de la nueva nación como providencial, sagrado, fruto de la ley del progreso e inmanente a la historia universal (Pró, 1992). Como Mitre, estaba maravillado por la capacidad de transfiguración —incluso de redención— que

demostraba la historia nacional. Así como la mariposa, que en los comienzos de la vida fue una insustancial oruga, “un deforme virreinato, absurdamente construido por el atraso español en las Pampas Argentinas, [se pudo convertir] en una FEDERACIÓN ORGÁNICA de *pueblos democráticos y republicanos*, libres y civilizados” (López, 1872: IV, 587). [En mayúscula y cursiva en el original].<sup>17</sup>

Más que en las producciones históricas, donde las diferencias entre los dos autores son muy sutiles —ambos fueron acusados en más de una ocasión de hacer literatura y no historia, pese a que en todo momento pretendieron ocupar a través de sus obras el lugar de la verdad—, la distancia entre ellos adquirió mayor visibilidad cuando decidieron reflexionar acerca de sus respectivas teorías historiográficas. Cada uno fue consolidando, y por momentos hasta exagerando su posición, mientras se iba exacerbando el enfrentamiento con el otro. Si como cree Certeau (2006) hay dos especies de historia, un primer tipo que se interroga sobre lo *pensable* y sobre las condiciones de su comprensión, modelizando más abiertamente lo pretérito; y otro que pretende llegar a lo *vivido*, asumiendo el desafío imposible de

---

17 No todos tenían una impresión tan optimista de la historia argentina. Juan María Gutiérrez le confió a López el 23 de febrero de 1862: “Descontento del presente me aísla por la lectura y los recuerdos en el tiempo que fue, y bajo este respecto tengo que agradecer a V. doblemente el envío de imagen de uno de aquellos que no volverán ni serán imitados por las plebeyas y aturdidas generaciones actuales. Mi retraimiento de la sociedad se ha convertido en una especie de anacoretismo que me hace casi imposible salir de casa, y por esto no he tenido coraje para hacerle una visita” (AGN. Fondo y colección los López, VII-2372, pieza núm. 4808). También José Manuel Estrada se desahogaba diciéndole: “Espera V., me dice en su carta, que no seré tan contrariado y malogrado como tantos otros; y con esto ha tocado V. precisamente en la razón que ha obrado en mi ánimo para alejarme desde el principio de mi vida del tumulto de nuestra sociedad, que ha cometido tantos crímenes, y tantas ingratitudes [...] nada hay que esperar de los demás hombres en países como el nuestro. Cuando he visto a los hombres vendiéndose unos a otros, y posponiendo al interés particular el del Patria [...] Yo no puedo ver sin dolor a hombres como V., como mi amigo el distinguido Dr. Gutiérrez, Alberdi y otros, proscriptos o ultrajados” (Carta del 5 de agosto de 1862. AGN. Fondo y colección los López, VII-2372, pieza núm. 4839).

“resucitar” o restaurar el pasado a partir de las huellas, al menos en la auto percepción, López se acercaría más a la primera especie, mientras que Mitre se aproximaría más a la segunda.

El 23 de julio de 1892, Casavalle le escribía a López con asombro: “Leí con verdadero gusto la noticia de la aparición del tomo IX [*de la Historia Argentina*] que trae la Nación de antes de ayer. La atribuyo al Gral. Mitre y no me sorprende la justicia de los elogios, porque esa opinión corre en boca de todos los entendidos”.<sup>18</sup> Dos meses después, el 24 de octubre, López le envió una carta a su viejo rival. Tras considerar a la *Historia de San Martín* como el libro más completo y más importante que se haya escrito sobre el Libertador, en quien encontraba apenas una sola falta que atribuía a la impaciencia del personaje, se preguntaba: “¿qué es lo que hemos disputado el general Mitre y yo? ¿No hay un acuerdo completo en lo substancial de nuestros juicios? ¿Los sucesos y preciosos documentos que han surgido de todas partes, no prueban y justifican ese acuerdo?” (Museo Mitre, 1912: III, 282). Mitre también estaba resuelto a ponerle un punto final a una polémica literaria que, a su entender, solo había servido para que los dos se pusieran de acuerdo. No perdió ni un minuto. Se apresuró a responderle ese mismo día. Tomó la pluma para confesarle que había leído siempre con vivo interés y con placer todos sus libros. A pesar de las discusiones que mantuvieron una década atrás sobre algunos hechos y opiniones puntuales, le agradecía a López el juicio penetrante que había vertido sobre su obra. En el electrizante partido de ajedrez que habían disputado, Mitre se resignó a admitir que el juego había terminado en tablas. Ambos se sentían partícipes de la construcción nacional. Además, como

---

18 AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5175.

dijo Botana (1990), ¿acaso los dos no habían compartido la invención de la historia argentina? Y Jorge Luis Borges, al repasar los escasos libros en español que se conservaban en su casa de Palermo, ¿no había recordado especialmente las obras de Mitre, López y Sarmiento?: “los libros que todo el mundo tenía” —aclaraba como si fuera necesario— (cit. en Madero, 2003: 384).

Me dice usted que después de leer mi libro sobre San Martín, se ha preguntado usted a sí mismo ¿qué es lo que hemos disputado? Pienso que ha sido el modo de ponernos de acuerdo. [...] Animados ambos por la pasión de la verdad, con distintos métodos y persiguiendo un objetivo histórico, diferente, pero análogo [...] [tuvimos] el coraje suficiente para proclamar la verdad, según la entendíamos. *¿Deberíamos a esto el honor de ser reconocidos por los coetáneos como los dos más genuinos historiadores nacionales? De todos modos, considero que es para mí un honor el que mi nombre sea puesto al lado del suyo en esta obra.* Por lo que respecta a lo que podríamos llamar la filosofía de nuestra historia, nuestro criterio es más o menos el mismo, así respecto a los elementos orgánicos que constituyen la sociabilidad argentina, como de la misión humana desempeñada por su revolución en el orden de los principios fundamentales de la democracia, como también del doble carácter complejo de esa revolución en su acción interna y externa, de descomposición y recomposición, y de propaganda y ejemplo práctico y teórico. [...] teníamos casi las mismas predilecciones por sus grandes figuras, y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quien hemos enterrado históricamente. Agregue usted a esto la identidad de doctrinas políticas, como discípulos de

la misma escuela, y la armonía de nuestro cuadro se completa (Museo Mitre, 1912: III, 282-286). [Cursiva de esta edición].

Alejado de la vida pública, después de haber contribuido como Ministro de Hacienda de Carlos Pellegrini a resolver la crisis de 1890, López se dedicó casi con exclusividad a la escritura en su residencia de la calle Callao y en su casa de veraneo en Tigre. Nunca esperó un rédito económico. Por desgracia, los trabajos literarios no despertaban demasiado interés en el país. Se imprimían pocos ejemplares, en parte, porque las obras solían aparecer previamente por capítulos en los periódicos de gran tirada. Por lo regular, los beneficios que obtenían autores y editores solo alcanzaban para cubrir los gastos, más una demasía que se destinaba a la distribución gratuita. Las ventas al fiado tampoco fueron una solución. Igual podía sentirse orgulloso. Sus libros habían llegado a toda América del Sur y Central, y hasta al British Museum, según consta en un pedido desde Glasgow del cónsul Tomás F. Agar.<sup>19</sup> A los 81 años compuso una autobiografía que legó a la posteridad interrumpida en 1840. Después ya no quiso escribir más. En los últimos años llegó a tener una estrecha familiaridad con su editor, por momentos empañada por la obsesión que tenía de corregir una y mil veces las pruebas de galera, y debido a que la editorial se vio obligada a rehacer los tomos I, II y parte del III de la *Historia Argentina*, con la consiguiente suba exorbitante de los costos.<sup>20</sup> Sin embargo, estas diferencias no alcanzaron a mellar las buenas relaciones entre ellos. Se comportaban como dos viejos parientes que pasaban revista a temas

---

19 Carta del 30 de julio de 1883. AGN. Fondo y colección los López, VII-2381, pieza núm. 5716. Esta obra monumental en diez volúmenes fue publicada a lo largo de diez años entre 1883 y 1893.

20 Carta de Carlos Casavalle a V.F. López del 23 de julio de 1892. AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5195.

personales, incluyendo los achaques de la edad.<sup>21</sup> Con amargura, Carlos Casavalle le envió una carta el 21 de diciembre de 1896. El tiempo se estaba agotando para estos dos hombres que transitaban el final de su vida. La Imprenta y Librería de Mayo apenas languidecía: “Algo extraño sucede en la Imprenta de Mayo que tantos servicios le debe a V. Parece que su sensible declaración de que no escribirá V. más, después de terminado ese trabajo, la ha herido mortalmente. El sábado la he cerrado por algún tiempo, y quién sabe si no será para siempre”.<sup>22</sup>

Dos días después, ante la perplejidad de López, se sintió obligado a aclararle:

Acabo de recibir su cartita fechada ayer y me apresuro a contestarle para destruir la duda de que por culpa reprochable de V. haya sido clausurada la Imprenta de Mayo. La causa de esa mía determinación obedece al cariño y a la pena también que me causó su determinación de no escribir ya más para el público. Yo quería que la vieja imprenta de Mayo manifestase de algún modo su duelo por el alejamiento de uno de los amigos de ella que más había contribuido a sus tiempos, hoy olvidados para muchos de los que con el óleo de sus prensas han llegado a ser conocidos. La clausura puede ser temporaria, porque V. sabe que tengo a mi hijo asociado a este negocio, y yo no quisiera perjudicarlo. Como su indicada declaración coincidía con la terminación de *La Loca*, me pareció justo suspender los trabajos de la Imprenta por algún tiempo, a fin de que los tipos que habían servido para su composición, no estuvieran frescos y prontos para

---

21 Muchas de estas cartas forman parte del legajo AGN. Fondo y colección los López, VII-2374.

22 AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5234.

componer las sandeces que con frecuencia vienen a traer a nuestros establecimientos. No sé si me habré expresado con claridad, pero lo que sé es que V. me habrá comprendido, porque conoce mi sincera estimación por Vd. [Con respecto a La loca de la guardia le decía] no tenga cuidado de que nadie la clasifique de vetusta y pesada, como V. dice; salvo que sea por alguno de los que aplastados por V., no tienen reparo en mortificar con sus desatinados juicios al benemérito de las letras argentinas. [Subrayado en el original].<sup>23</sup>

Se cerraba un ciclo. Autor, editor, imprenta y librería desaparecieron al mismo tiempo. López murió en 1903 y Casavalle dos años después, habiendo perdido su empresa comercial.

Lo que sí sobrevivió fue la discusión epistemológica que habían sostenido las dos principales figuras de la primera historiografía nacional, aunque obviamente retomada por otros actores y esencialmente referida al espacio que ocupan las fuentes, el relato y la imaginación en la representación historiográfica. Si Mitre, con su creencia en la legitimidad que le conferían los documentos a los estudios históricos y su tendencia a confundir el discurso de la disciplina con el de las ciencias de la naturaleza, triunfó en un principio por conducto de la Nueva Escuela Histórica, es casi seguro que en la actualidad López, con su manifiesta adhesión a la narratividad, su opción por el testimonio oral y su relativización del conocimiento positivista, encontraría muchos más interlocutores dispuestos a dialogar con él.

---

23 AGN. Fondo y colección los López, VII-2374, pieza núm. 5235.





## Conclusiones

Las divergencias doctrinarias entre Mitre y López, que las tuvieron y muchas, pasaron casi desapercibidas en sus propias producciones historiográficas, con la excepción —claro está— de sus prólogos, de los que se valieron para introducir algunas reflexiones teóricas. Los antagonismos se evidenciaron con mucha mayor claridad en la polémica que protagonizaron en torno a los problemas concretos de la disciplina donde, en no pocos pasajes, hasta exageraron sus puntos de vista, como si adrede les hubiera convenido alimentar la discordia. De hecho, una parte importante de sus lectores no alcanzó a distinguir diferencias significativas entre la obra de uno y la del otro. Terminaron denunciándolos a ambos por parcialidad ideológica y por cultivar más el género literario que el histórico.

Pese a esta última crítica, tanto Mitre como López coincidieron en que el discurso histórico tenía características bien distintivas. Para Mitre su especificidad, medida en términos de racionalidad científica, estaba atada al cumplimiento estricto de la exigencia de veracidad. De lo contrario, afirmaba, se corría el riesgo de que se produjera un deslizamiento

peligroso hacia una indeseable “historia hipotética”. La verdad del pasado estaba al alcance de la mano. Bastaba con registrar archivos, descifrar documentos justificativos, comparar testimonios fehacientes, y al final, aplicar el método inductivo sobre la información empírica recogida previamente. Una vez cumplida esta etapa obligatoria, el significado de los datos se presentaba bajo la forma de una narración que se imaginaba libre de preformaciones ideológicas y de residuos conceptuales. Así, la explicación de lo que había ocurrido se desprendería de los documentos de manera fluida y espontánea, liberando presuntamente a los historiadores de la responsabilidad por la organización de la trama. Esto suponía transferir el mérito de una obra histórica a los materiales utilizados en su ejecución. El secreto del buen investigador radicaba, entonces, en hallar y cavar una mina desconocida. Solo los documentos, partiendo de la premisa de que eran neutrales y asépticos y siempre que se les permitiera hablar por sí mismos, garantizaban la objetividad, cancelaban las convicciones facciosas y podían impedir que el relato historiográfico se dissociara de lo “real”. El discurso del historiador no tenía vida propia. No podía salirse de su referencia externa. Al igual que los hechos de la naturaleza, los hechos de la historia también podían sujetarse a leyes y ser asimilados a un encadenamiento de acciones y reacciones, tal como ocurría en los fenómenos físicos.

López, en cambio, no estaba interesado en el problema de la objetividad, ni en seguir escrupulosamente las reglas impuestas por la erudición positivista. En Historia, las verdades a las que se podía arribar solo tenían un carácter ético-jurídico, y hasta presuntivo. Como el objeto y el sujeto histórico participaban en un mismo escenario político, institucional y civil, el historiador tenía que descartar de plano el modelo nomológico-deductivo propio de las ciencias

físicas. La Historia no era tan solo una ciencia, sino que además era un arte, una actualización dramática en la que el historiador, a la vez un artista, ponía en juego toda su sensibilidad. Si bien López no le negaba a la disciplina el carácter científico, incómodo con la erudición, recomendaba no descuidar los aspectos estéticos. Estaba convencido de que la literatura también era apta para expresar las vinculaciones entre la sociedad real y la sociedad imaginada, toda vez que se honraran los imperativos morales en clave de verdad y se fijara la representación en un espacio-tiempo determinado. Sin ser un relativista, entendía que el discurso ficcional no por ser imaginario era menos verdadero. El escritor estaba autorizado a poner de relieve, mediante la forma, el plan y el estilo, aquellos acontecimientos que juzgara imprescindibles para configurar el pasado de acuerdo con su propia interpretación. La originalidad, pero también el mérito de un libro de historia, no procedía de los sucesos que examinaba, menos de las fuentes que había incorporado, sino de los enlaces que hacía su autor para revivirlos. Esta admisión tan explícita de la subjetividad debilitaba los límites entre el objeto pasado y la praxis presente. En la Argentina, al igual que en el resto de los países americanos, sostenía López, era todavía más visible la confusión entre objeto de conocimiento y práctica reciente, porque no existía un pasado remoto que permitiera abrir una brecha decisiva entre el yo enunciator y los acontecimientos relatados. Por eso, apenas necesitó de la intermediación del archivo y aceptó, sin tantas vueltas, que la Historia es también lucha política. El valor de un estudio histórico no estaba en los documentos, sino en el plan de la obra. El historiador, a través del acto interpretativo, debía empezar por seleccionar los sucesos, extrayendo de entre el caos primigenio de acontecimientos aquellos que considerara más importantes para exhibir en primer plano, para después agruparlos

y clasificarlos, separando los principales de los secundarios y subordinados, y poniendo en orden los elementos oscuros e incongruentes. Una vez que por esta vía conseguía una síntesis, espontáneamente se desplegaban ante sus ojos los fundamentos filosóficos que yacían escondidos detrás de los sucesos, porque toda nación, toda época, todo sistema, portaba cierta unidad de principios y de aspiraciones, y cierta unidad de espíritu bien clara y perceptible para quien sabía investigar. El relato histórico no podía abstenerse del juicio filosófico y político del historiador, dado que los acontecimientos se debían vaciar en un orden moral capaz de organizar el caos de los registros documentales, que siempre resultaban insuficientes para explicar las causas, complicaciones y el movimiento de ideas que los provocaron. En fin, para López, la Historia era un cuerpo homogéneo de hechos, causalidades y consecuencias íntimamente trabados y vertebrados en una composición literaria, cuya finalidad práctica más relevante era sacar lecciones de sabiduría moral y política de la vida pasada. En consecuencia, creía que silenciar las pasiones e intereses personales era un intento que desde el principio estaba condenado al fracaso.

Los dos acordaban en que la representación del pasado exigía de la mediación de la forma literaria para organizar la trama y darles sentido a los hechos. Además, pensaban que Historia y novela cumplían una función pedagógica. El primero extrapoló del romance la forma literaria y el lenguaje poético. En este punto no era ni se hacía el ingenuo. Sabía que, a diferencia del cronista, el historiador solo podía representar los hechos del pasado de manera secuencial a través del lenguaje. Únicamente las palabras tenían el poder de proveer a los sucesos una legalidad generadora de sentido. Sin embargo, como se resistió a arriesgar el rigor científico, al menos discursivamente, se empeñó en defender la idea de que los hechos y los personajes podían

hablar por sí mismos. Aferrándose a los datos duros de la cronología, aparentó inmolar la forma literaria en el altar de lo que para él era la verdad comprobada, encubriendo que el hecho histórico es en sí mismo una construcción. Nunca admitió abiertamente que no existía una correspondencia absoluta entre los documentos y lo que “realmente sucedió”.

López fue mucho más categórico en su defensa del carácter narrativo de la Historia, a la que catalogaba como un género literario entre tantos. A su juicio, la narratividad no se podía escindir de la representación historiográfica. Inclusive, tenía la potencialidad de poner de manifiesto explicaciones distintas, y hasta contradictorias, sobre un mismo suceso. Era un escritor intuitivo y emocional, que confiaba en que su ingenio le permitiría adelantarse al conocimiento de las relaciones entre los hechos, las que más tarde podría confirmar por medio de los testimonios orales o de los documentos. Si el historiador apelaba a la erudición para saber, necesitaba de la imaginación para pintar. Debía recurrir a toda su destreza y a la fuerza de su estilo para vivificar el relato, evocando del olvido a los hombres y a los sucesos, casi como si estuvieran presentes en medio de sus impulsos morales. Desde su juventud se había preparado para eso. En 1845 escribió el *Curso de Bellas Letras*, donde siguió y adaptó el modelo del escocés Hugh Blair. Su guía fue una obra de estética porque consideraba que el historiador, antes que un erudito, debía ser un artista capaz de manejar los colores de su paleta para reproducir con agudeza y con estilo el drama del pasado. El sujeto no desempeñaba un rol pasivo. Antes bien, era un creador que al tramar los acontecimientos se aproximaba a los límites de lo imaginario. Es más. La invención era la única herramienta con la que contaba para iluminar los intersticios que el entramado documental no podía alcanzar. Así y todo, sabía que estaba ante

un trabajo delicado y complejo, porque el lenguaje simbólico tampoco era una garantía suficiente contra la frustración que provoca no poder expresar lo indecible. En no pocas ocasiones era muy difícil hallar las palabras precisas para comunicar con rigor los rasgos de una época. Máxime porque el historiador jamás lograba restituir los hechos del pasado tal como habían sido, sino que tenía que conformarse con acceder a su sustituto figurado o alegórico. La explicación sobre la realidad nunca era completa. De allí derivaban las diferencias entre los historiadores, tanto las que mantenían con sus contemporáneos como las que sostenían con sus colegas de otras épocas, lo que en ningún caso le restaba validez a sus obras. Por consiguiente, admitió la poderosa influencia que ejercía el presente sobre el pasado, muy explícita, por ejemplo, a la hora de atribuir y jerarquizar las causalidades. De modo que las preocupaciones que afligían al investigador en su propio tiempo terminaban por definir sus observaciones retrospectivas.

Las apreciaciones acerca de los archivos también los enfrentaron. El único punto de contacto fue la tendencia de ambos a considerar a los documentos como piezas de colección, aislados del conjunto al que orgánicamente pertenecían y valorados por el criterio subjetivo de importancia, e incluso, de rareza. Como la mayoría de sus pares latinoamericanos, rivalizaban por la posesión física del soporte, intercambiando manuscritos e impresos dentro de su círculo de amigos. Grandes lectores de los historiadores positivistas y románticos europeos, ninguno de los dos parecía haberse enterado de las novedades archivísticas que algunos de sus colegas estaban imponiendo gradualmente en los grandes repositorios estatales europeos, y si las conocían, no vieron las razones para implementarlas localmente. Es indudable que los dos principios fundamentales de la era custodial carecen de sentido fuera de los archivos públicos. Pese a que

en Buenos Aires existía un repositorio de este tipo que databa de 1821, esta conducta incomprensible quizá se debió a que en cierta medida pudieron prescindir de sus servicios. Los dos pertenecieron o tuvieron contactos estrechos con las grandes familias que habían protagonizado la historia nacional. Pero todavía hay más. Mitre y López no solo escribieron la historia argentina, sino que también contribuyeron a hacerla. No existen constancias de que López haya consultado el Archivo de la capital. En cuanto a Mitre, pareció explotarlo en su propio beneficio, al extremo de retirar piezas documentales que terminaron irregularmente en su casona de la calle San Martín. A pesar de haber sido primero Gobernador de la provincia, y después Presidente de la Nación, jamás se ocupó de mejorar sus condiciones de funcionamiento. Se limitó a criticarlas y punto. Habría que esperar a la próxima generación de historiadores, sin relaciones de parentesco o de amistad con los grandes personajes de la historia nacional, para que se hicieran efectivas las demandas de apertura universal y de creación y protección de los repositorios del país, tanto nacionales como provinciales.

Dicho esto, no es una novedad que López prefería los testimonios orales. Sin embargo y pese a que en sus obras el testigo fue la fuente principal de conocimiento historiográfico, no rechazó completamente el documento de archivo, toda vez que fuera evaluado a la luz de las pasiones e intereses de sus productores, compulsado con la palabra de los protagonistas y mediado por la interpretación del historiador. Más aún, insistía López, si se trataba de documentos oficiales, siempre contaminados de posiciones partidarias. En este caso, no solo correspondía que el historiador se preguntara por su autenticidad formal, sino también por los intereses a los que en su momento habían servido. De lo contrario, corría el riesgo de caer en una explicación parcial y

deformada de la realidad. Despotricaba contra Mitre imputándolo por producir su propia versión de la Historia, a partir de la confusión entre hecho y documento. Argumentaba que el autor del *Belgrano* a menudo dejaba de lado la verdad misma, que era el hecho, para depositar toda su confianza en el documento, que era apenas un eco de los hechos. No existía una correspondencia absoluta entre hechos y documentos, advertía López. Una distancia temporal difícil de franquear separaba los vestigios documentales del pasado de lo que efectivamente había sido la realidad del pasado. Justo por ese espacio intermedio, las más de las veces inestable, se abría paso el sujeto que producía el discurso histórico. Por lo demás, solo a través de la escritura, el historiador conseguía completar la información que no le proporcionaban los documentos, fundamentalmente, la referida a los aspectos más domésticos e íntimos de la vida. Para llegar a ellos, iba a esgrimir su “licencia de novelista”. Readaptando los recursos estilísticos que tomó prestados de la novela de Walter Scott, del manual de retórica de Hugh Blair y, naturalmente, de su propio manual, intentó exponer los hechos del pasado desde su presente con verosimilitud, pero también con atractivo. La lectura de ambos autores le resultó de utilidad para devolverle la vida a unos documentos fechados, serios, tipificados, sellados, inventariados, repetidos, en síntesis, inertes. Estas herramientas le dieron la oportunidad de *narrar* imaginativamente el documento. Si el discurso historiográfico cientificista del positivismo insistía una y otra vez en la objetividad, la novela estaba autorizada a consentir que las subjetividades afloraran a su antojo.

Ahora bien, cuáles fueron las razones de esta oposición, que fue tanto encarnizada como pública. A Mitre la polémica solo le redituó ganancias. Primero, entre sus contemporáneos, porque si los escritores buscaron con ansiedad que el General leyera y aprobara sus obras, muchos de sus lectores



encontraron en sus libros argumentos sólidos que les permitieron identificarse como argentinos; y después entre los historiadores futuros, que aun con críticas, vieron en su historiografía un modelo a imitar. Habiendo ejercido el cargo de primer magistrado en una Argentina que era más una aspiración que una realidad efectiva, no podía darse el lujo de aceptar que la imaginación formaba parte inalienable del oficio del historiador. ¿Lo sabía y la utilizó? Seguramente sí. ¿Le convenía que se supiera? Definitivamente no. Las circunstancias lo obligaron a participar, y de manera mucho más activa que López, en el proceso de construcción nacional y en la organización del Estado moderno. Para el hijo de un insignificante artillero del Ejército de Rondeau, el protagonista de la historia no podía ser ni un grupo ni una clase, ni siquiera la clase patricia a la que tampoco pertenecía por nacimiento. Debía ser la Nación como totalidad indivisible y superior a cada una de sus partes. Su objetivo había sido eliminar, de una vez por todas, cualquier atisbo de discordia. Conocía demasiado bien el problema. Había estado involucrado personalmente en la violencia política, que le dejó como recuerdo la cicatriz de una bala que llevaba orgulloso en la frente. Alejado del Gobierno, y por paradójico que pueda parecer, tampoco se privó de encabezar dos insurrecciones armadas, una en 1874 y otra en 1890. Muy distinto era ser Presidente. Le tocó encargarse de un país que apenas había salido de cincuenta años de cruentas guerras civiles y que todavía no había encontrado la forma de deshacerse definitivamente de esta peligrosa enfermedad social. Una pequeña chispa podía encender un nuevo incendio. Y los materiales combustibles estaban diseminados por todas partes. En este escenario, historiar y gobernar eran casi la misma cosa. El pasado lejano era un insumo para la política presente y, si se lo manipulaba con inteligencia, podía transformarse en una escuela de

ciudadanía para las jóvenes generaciones y en un medio eficaz para inculcar una pedagogía patriótica que desalentara la lucha facciosa. ¿Cómo? En gran medida fabricando próceres e instalándolos como modelo de conducta cívica. La filosofía de la historia no daba las garantías suficientes para que sus conclusiones tuvieran un auténtico valor nacional. Por eso Mitre rehusaba los calificativos de filósofo o de literato y le gustaba titularse como científico. ¿Positivista? Tal vez. ¿Romántico? En algún punto también. Había alternado sin sobresaltos las búsquedas documentales y sus investigaciones con la resolución de los graves problemas planteados por la titularidad de la primera presidencia constitucional de la Argentina unificada. Ni el suicidio de su hijo en 1870 pudo apartarlo de sus especulaciones históricas.<sup>1</sup> Su erudición tuvo un carácter ascensional. Se fue volviendo cada vez más recalcitrante. No solo por los consejos heurísticos que recibió de Andrés Lamas sino, fundamentalmente, a medida que fue escalando en las posiciones de poder. Tal como lo estaban haciendo los países europeos, para darle un cierre definitivo a la Nación era imperativo, entre otras cosas, enunciar un relato creíble del nacimiento de la Patria, que fuera consensuado colectivamente y que se basara en documentos auténticos debidamente comprobados.

Es cierto que sus historias tuvieron mucho de ficción, aunque también es cierto que hizo todo lo posible para que sus imposturas pasaran inadvertidas. ¿Cómo lo hizo? Sosteniendo el artificio de que su verdad relativa era la verdad absoluta. ¿Y cómo consiguió convencer durante tanto tiempo a tantos argentinos —no a todos pero sí a los necesarios— de que su propia verdad era “la verdad” de todos?

---

1 El destino le tenía reservada a López una tragedia similar. En diciembre de 1894, con apenas 46 años, su hijo preferido y autor de *La Gran Aldea*, Lucio Vicente, murió en el duelo que protagonizó con el coronel Carlos Sarmiento, a quien había denunciado por una maniobra dolosa en el Banco Hipotecario.

Primero, tocando la canción que las mayorías querían oír. Pero, antes que nada, persuadiendo a sus lectores de que las afirmaciones contenidas en sus obras estaban fundamentadas en materiales de archivo, a los que obligadamente debió imprimirles el sello de la imparcialidad. Se presentó ante su auditorio apenas como una caja de resonancia de lo que decían los documentos, a los que juraba no haberles agregado nada, ni siquiera su propia interpretación. Armar la Patria, en especial una que todavía no había dejado atrás las conmociones internas, que no había terminado de trazar ni sus fronteras externas ni sus límites subnacionales y que distaba de haber encontrado los factores de diferenciación, era una cosa muy seria. Había que erradicar por completo la más mínima sospecha de invención. Sin duda Mitre fue un hábil armador. Los dos próceres que instituyó y que llevó al bronce —Belgrano y San Martín— son los próceres de todos los argentinos. Ni los más acérrimos enemigos de su historiografía se atreven hoy a cuestionarlos. Y este es un trabajo bien hecho.<sup>2</sup> El General historiador, como lo llamaba Alberdi, se convirtió, así, en uno de los más insignes constructores de la nacionalidad argentina. La realización de esta tarea colosal, con sus aciertos y errores, fue su obra de gobierno más perdurable. En cuanto a él, tal vez hasta fue consciente del papel protagónico que había representado en el drama argentino. En la coyuntura que le tocó vivir, historiar fue acaso más importante que gobernar.

---

2 Pese a que muchos de sus contemporáneos disientan con él, Mitre consiguió finalmente imponer su punto de vista. Según Alberdi (2013: 236): "la perseverancia de San Martín es dudosa, desde que dejó a la mitad su campaña y se vino a Europa, donde perseveró veinte años en no ocuparse de su país". A Sarmiento le resultaron suficientes doce páginas en la *Galería de Celebridades Argentinas* para escribir la biografía del Libertador. En tanto López, acusó al prócer por desobedecer al director supremo Juan Martín de Pueyrredón. Al rehusar involucrar al Ejército de los Andes en las luchas internas y cruzar la cordillera en dirección a Chile, terminó por restarle un apoyo vital al Gobierno nacional, sumergiendo al país en el caos de la anarquía y el desorden del año 1820.



# Fuentes Documentales y Bibliografía

## Fuentes documentales

Fondo AGN. Años 1875-1900.

Fondo AGN. Informes, 1876.

Fondo AGN. Legajo N° 6.

Fondo Manuel Ricardo Trelles, VII-188.

Fondo y colección Andrés Lamas, VII-2620, 2656, 2688, 2689 y 2690.

Fondo y colección José Juan Biedma, VII-1033 y VII-1075.

Fondo y colección los López, VII-2369, 2372, 2374, 2375 y 2381

Carta de Bartolomé Mitre a Adolfo Saldías, publicada en el diario La Nación el 15 de octubre de 1887.

## Bibliografía

- Alberch I Fugueras, R. (2003). *Los archivos, entre la memoria histórica y la sociedad del conocimiento*. Barcelona, Editorial UOC.
- Alberdi, J. B. (2013). *Proceso a Mitre*. Buenos Aires, Punto de Encuentro.
- Alsina, V. (1851). *Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata desde 1806*. Montevideo, Biblioteca del Comercio del Plata.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Ankersmit, F. R. (2004). *Historia y tropología: ascenso y caída de la metáfora*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Archivo General de la Nación. (1894-1899). *Archivo General de la República Argentina*. (vol. 14). Buenos Aires, Archivo General de la Nación.
- Aurell, J.; Burke, P. (2013). El siglo de la historia: historicismo, romanticismo, positivismo. En: VV.AA. *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid, Akal.
- Balmaceda, C. (2013). La Antigüedad clásica: Grecia y Roma. En: VV.AA. *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid, Akal.
- Barthes, R. (1994). El discurso de la historia. En: *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós.
- Blair, H. [1783] (2005). *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*. Carbondale, Southern Illinois University.
- Bloch, M. (1974). *Introducción a la Historia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Botana, N. (1990). Mitre y Vicente Fidel López: Dos visiones liberales acerca de la historia republicana. Trabajo preparado para el Liberty Fund Symposium on Historical Views of Liberalism in Latin America. Munich, 30 de agosto-3 de septiembre de 1990.
- Braw, J. D. (2007). Vision as Revision: Ranke and the Beginning of Modern History. *History and Theory, Theme Issue*, vol. núm. 46, pp. 45-60. Wesleyan, Wesleyan University.

- Brichford, M. (1989). The Provenance of Provenance in Germanic Areas. *Provenance, Journal of the Society of Georgia Archivists*, vol. VII, núm. 2, pp. 54-69. Georgia, Society of Georgia Archivists.
- Carbia, R. (1925). *Historia de la historiografía argentina*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- Carri, E. [1961] (1993). *Qué es la Historia*. Buenos Aires, Planeta.
- Castoriadis, C. (2012). *La ciudad y las leyes. Lo que hace a Grecia*. T. III. La creación humana. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana.
- Cruz Mundet, J. R. (1994). *Manual de Archivística*. Madrid, Pirámide.
- Chami, P. A. (2007). El "mito de los orígenes" revisado. Mitre, Levene y Chiamonte. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. San Miguel de Tucumán. Universidad de Tucumán.
- Chiamonte, J. C. (1991). El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana. *Cuadernos del Instituto Ravignani*, núm. 2, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani.
- Delmas, B.; Nougaret, C. (editores.). (2004). Pról. Pierre Nora. *Archives et nations dans l'Europe du XIX siècle*. París, Publications de l'École nationale des chartes.
- Dosse, F. (2003). *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Duchain, M. (1976). El respeto a los fondos. *Revista del Archivo General de la Nación de la República Argentina*, núm. 5, pp. 7-31. Buenos Aires, Archivo General de la Nación de la República Argentina.
- (1983). *Los obstáculos que se oponen al acceso, a la utilización y a la transferencia de la información conservada en los archivos: un estudio del RAMP*. París, Unesco.
- (1992). The History of European Archives and the Development of the Archival Profession in Europe. *The American Archivist*, vol. núm. 55, núm. 1, pp. 14-24. Chicago, Society of American Archivists.
- Eagleton, T. (2009). *La novela inglesa: una introducción*. Madrid, Akal.

- Echazú Lezica, M. (1972). Creación y nacionalización del Archivo general de Buenos Aires. *Revista del Archivo General de la Nación de la República Argentina*, 2, núm. 2, pp. 19-24. Buenos Aires, Archivo General de la Nación de la República Argentina.
- Eskildsen, K. R. (2008). Leopold Ranke's Archival Turn: Location and Evidence in Modern Historiography. *Modern Intellectual History*, vol. 5, núm. 3. pp. 425-453. Cambridge, Cambridge University.
- Estrada, J. M. (1863). Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. Año I, núm. 1. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.
- Fevbre, L. [1953] (1982). *Combates por la historia*. Francisco. J. Fernández Buey y Enrique Argullol. Barcelona, Editorial Ariel.
- Fleishman, A. (1971). *The English Historical Novel: Walter Scott to Virginia Woolf*. Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Flores, R. (2010). Representación historiográfica: relato e intencionalidad. *Historia y grafía*, núm. 34, pp. 133-163. México D.F, Universidad Iberoamericana.
- Foucault, M. [1966] (2011). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Galería de Celebridades Argentinas. Biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*. (1857). Buenos Aires, Ledoux y Vignal editores.
- Guido Spano, C. (1882). *Vindicación histórica. Papeles del Brigadier General Guido (1817-1820)*. Buenos Aires, Carlos Casavalle.
- Halperin Donghi, T. (1980). La historiografía: treinta años en busca de un rumbo. En G. Ferrari y Ezequiel Gallo (comps). *La Argentina: del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Sudamericana.
- (1996). Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina. *Anuario IEHS*, núm. 11, pp. 57-69. Buenos Aires, Instituto de Estudios Históricos y Sociales.
- (1996b). *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Henry Viera, Á. A. (1813). *El oficinista instruido o práctica de oficinas reales*. Madrid.
- Horsman, P.; Ketelaar, E.; Thomassen, T. (2003). New Respect for the Old Older: The Context of the Dutch Manual. *The American Archivist*, vol. 66 núm. 2, pp. 249-270. Chicago, Society of American Archivists.



- Huysen, A. (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jablonka, I. (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jenkinson, H. (1922). *Manual of archive administration: including the problems of war archives and archive making*. Oxford, The Clarendon Press.
- Lamas, A. (1869). *Colección de obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política y literaria del Río de la Plata*. Con la colaboración efectiva de los señores Brigadier General D. Bartolomé Mitre y Doctor D. Juan María Gutiérrez, Rector de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Fundición de Típos.
- (1873). *Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata, redactadas para desempeñar una comisión del Gobierno de Buenos Aires*. Buenos Aires.
- Le Goff, J. (1983). *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*. Madrid, Taurus.
- (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- Lester K., B. (1941). Baldassare Bonifacio and his essay *De Archivis*. *The American Archivist*, vol. núm. 4, núm. 4, pp. 221-237. Chicago, Society of American Archivists.
- Levene, R. (1948). *Las ideas históricas de Mitre*. Institución Mitre, Buenos Aires.
- Lodge, D. (2012). *A Man of Parts*. London, Vintage Publishing.
- Lodolini, E. [1984] (1993). *Archivística: principios y problemas*. Trad. Mercedes Costa Paretas. Madrid, ANABAD.
- López, V. F. (1845). *Curso de Bellas Letras*, Santiago. Imprenta del Siglo.
- (1846). *Manual de Historia de Chile*. Libro adoptado por la Universidad para la enseñanza en la escuelas de la República. Santiago, Imprenta del Progreso.
- (1870). *La Novia del Hereje o la Inquisición en Lima*. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.
- (1872). Cuadro general y sintético de la Revolución Argentina. *Revista del Río de la Plata*. Año XX, N° 16. Buenos Aires.

- (1881). *Historia de la Revolución Argentina*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- (1882). *Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*. Tomo I-II. Buenos Aires, Félix Lajouane.
- (1896). *La Loca de la Guardia*. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.
- (1909). *La gran semana de 1810: crónica de la revolución de mayo; recompuesta y arreglada por cartas según la posición y las opiniones de los promotores*. Buenos Aires, Talleres de la Casa Jacobo Peuser.
- (1910). *Manual de la historia argentina: dedicado a los profesores y maestros que la enseñan*. Buenos Aires, Librería la Facultad.
- (1911). *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán.
- Lukács, G. (1966). *La novela histórica*. México D.F., Ediciones Era.
- Madero, R. (2001). *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Madero, R. (2003). Política editorial y géneros en el debate de la historia. Mitre y López. Jitrik, Noé (editor). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. núm. II. Buenos Aires, Emecé.
- Medina, T. (1888). Introducción a la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo. 1518-1818*, Tomo núm. I. Santiago de Chile, Imprenta Ercilla.
- Mejía, S. (2007). Las historias de Bartolomé Mitre: operación nacionalista al gusto de los argentinos. *Historia Crítica*, núm. 33, pp. 98-121. Bogotá, Universidad de Los Andes.
- Mendo Carmona, C. (1995). El largo camino de la archivística: de práctica a ciencia. *SIGNO: Revista de Historia de la Cultura Escrita*, núm. 2, pp. 113-132. Madrid, Universidad de Alcalá.
- Mesa-Sanz, J. F. (2015). Historia de los términos, Historia/Historiografía. Aullón de Haro, Pedro (editor). *Historiografía y Teoría de la Historia del Pensamiento, la Literatura y el Arte*. Madrid, Dykinson.
- Mitre, B. (1857). Estudios históricos. *Los Debates*, Buenos Aires, 25 de noviembre.

- (1864). *Estudios históricos sobre la Revolución Argentina*. Belgrano y Güemes. Buenos Aires, Imprenta del Comercio del Plata.
- (1882). *Comprobaciones Históricas a propósito de la Historia de Belgrano. A propósito de algunos puntos de la Historia Argentina según nuevos documentos*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo de Carlos Casavalle.
- (1887). *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires, Félix Lajouane.
- (1889). *Arengas de Bartolomé Mitre. Colección de discursos políticos, literarios y económicos, proclamas, algatos in voce, oraciones fúnebres y alocuciones parlamentarias, pronunciados desde 1848 hasta 1888*. Buenos Aires. Imprenta y Librería de Mayo.
- (1903). *Historia de San Martín y de la emancipación Sud-Americana*. Buenos Aires, Biblioteca de La Nación.
- Mitre, B. y Vedia y Mitre, M. (1937). *El manuscrito de Mitre sobre Artigas*. Buenos Aires, Librería y editorial La Facultad, Bernabé y cía.
- Molina, H. B. (2011). *Como crecen los hongos: la novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires, Teseo.
- (2017). *Versiones para el debate: La Loca de la Guardia (1882-1896), de Vicente López Fidel*. Buenos Aires, Teseo.
- Mozejko Danuta, T.; Costa Ricardo, L. (2005). Modelos historiográficos del siglo XIX: mecanismos de circulación. *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 33, Les modèles et leur circulation en Amérique latine, vol. 33, núm. 1. pp. 45-55. París, Université Sorbonne Nouvelle.
- Museo Mitre. (1911). *Sarmiento-Mitre. Correspondencia 1846-1868*. Buenos Aires, Imprenta de Coni hermanos.
- (1912). *Correspondencia literaria, histórica y política del General Bartolomé Mitre*. Tomos núm. I, II y III. Buenos Aires, Imprenta de Coni hermanos.
- Narvaja de Arnoux, E. (2005). La normatividad genérica en la construcción del Estado chileno: el Curso de Bellas Letras de Vicente Fidel López (1845). *Cuadernos Sur*, núm. 35-36, pp. 27-52.
- Núñez, I. (1857). *Noticias históricas de la República Argentina*. Obra póstuma de Ignacio Núñez. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.

- Ong, W. (1997). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Palti, E. J. (2000). La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 21, pp. 75-76. Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani.
- Pasamar Alzuria, G. (1994). La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX. *Historia contemporánea*, núm. 11, pp. 183-214. Vizcaya, Universidad del País Vasco.
- Pivel Devoto, J. E. (1965). Prólogo a la edición de la *Historia del Territorio Oriental del Uruguay* de Juan Manuel La Sota. Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.
- Pons, A. (2013). *El desorden digital: guía para historiadores y humanistas*. Madrid, Siglo XXI.
- Posner, E. (1986). Max Lehman y el origen del principio de procedencia. En: Peter Walne (ed.) *La administración moderna de archivos y la gestión de documentos: el prontuario RAMP*, pp. 97-109. [En línea] [http://bdigital.uncuyo.edu.ar/objetos\\_digitales/4184/procuyo8.pdf](http://bdigital.uncuyo.edu.ar/objetos_digitales/4184/procuyo8.pdf) [Consulta: 15 de agosto 2020].
- Pró, D. F. (1992). La cultura filosófica de Vicente Fidel López. Disertación pronunciada en la Academia de Ciencias Sociales de Mendoza el 21 de noviembre.
- Quesada, E. (1894). La guerra civil argentina. *Revista del Club Militar*, núm. 3 y 6. Buenos Aires.
- Quesada, V. G. y Navarro Viola, M. (1863). Estudios históricos. *La Revista de Buenos Aires, Historia americana, literatura y derecho. Periódico destinado a la República Argentina, la Oriental del Uruguay y del Paraguay*, año III, núm. 31. Buenos Aires, julio.
- Ravina, M. M. (2015). El Archivo General de indias: de las ordenanzas de 1790 a internet. *Tría*. Revista Archivística de la Asociación de Archiveros de Andalucía. Núm. 19. pp. 205-211.
- Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración: el tiempo narrado*. Vol. núm. III. México, Siglo XXI Editores.
- (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- (2015). *Historia y verdad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, R. (1922). *La restauración nacionalista*. Buenos Aires, La Facultad.
- Romero, J. L. (1943). *Mitre: Un historiador frente al destino nacional*. La Nación.
- (1987). *Mitre: Un historiador frente al destino nacional. El caso argentino y otros ensayos*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Romero Tallafigo, M. (1995). *La historia de los archivos. Archivística y archivos: soportes, edificio y organización*. Sevilla, SeC.
- Sontag, S. (2008). *On Photography*. London, Penguin.
- Steiner, G. (2002). *Tolstói o Dostoievski*. Madrid, Siruela.
- Stevenson, R. L. (2005). *Ensayos*. Trad. Marcos Mayer. Buenos Aires, Losada.
- Swiderski, G. (2015). *Las huellas de Mnemosyne. La construcción del patrimonio documental en la Argentina*. Buenos Aires, Biblos.
- (2019). *Las escrituras paleográficas del Archivo General de la Nación. En Vasallo, R (coord.). Introducción a la paleografía. Herramientas para la lectura y análisis de documentos antiguos*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Traverso, E. (2011). *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires, Prometeo.
- Trelles, M. R. (1863). *Apuntes y documentos. Historia del Puerto de Buenos Aires. La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*. Año I, núm. 3. Buenos Aires, Imprenta de Mayo.
- Unzueta, F. (2006). *Soledad el romance nacional como folletín: Proyectos nacionales y relaciones intertextuales. Revista Iberoamericana*, vol. LXXII, núm. 214, pp. 243-254. Pittsburgh, University of Pittsburgh.
- Vedia y Mitre, M. de. (1937). *El manuscrito de Mitre sobre Artigas*. Buenos Aires, La Facultad.
- Vélez Sarsfield, D. (1942). *Rectificaciones históricas: Belgrano y Güemes. Obras Completas de Bartolomé Mitre*. Edición ordenada por el Congreso de la Nación, Vol. núm. XI, pp. 415-452. Buenos Aires, Kraft.
- Wasserman, F. (2008). *Entre Clío y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de La Plata (1830-1860)*. Buenos Aires, Editorial Teseo.

- Wences Simon, M. I. (2007). *Teoría social y política de la ilustración escocesa. Una antología*. Madrid, Plaza y Valdés.
- White, H. (1987). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós.
- (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires, Prometeo.
- (2011). *La ficción de la narrativa: ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Williams, R. (2003). *Palabras claves: un vocabulario de la cultura y sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.

## Los autores

### Graciela Swiderski

Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, con un posdoctorado en Ciencias Humanas y Sociales otorgado también por esa casa de estudios, y magíster en Ciencia Política por la Universidad de San Martín. Archivista (Biblioteca Nacional de Madrid). Funcionaria del Archivo General de la Nación. Profesora de grado y posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es autora de libros y artículos sobre historia de la inmigración en la Argentina, política económica, auxiliares descriptivos de documentos de archivo y patrimonio documental. Sus últimas publicaciones son *Las Huellas de Mnemosyne*, *La construcción del patrimonio documental en la Argentina* y *Documentos para armar una nación*, publicado en esta misma colección.

### Facundo Araujo

Licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información con orientación en Archivología por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente está defendiendo su tesis de maestría en Literaturas en Lenguas Extranjeras y en Literaturas Comparadas por la misma universidad. Integrante del grupo *Restaurar* del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI). Profesor de grado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es autor de artículos sobre el entrecruzamiento entre literatura, archivos y memoria publicados por revistas de Argentina, Reino Unido, Colombia y México.

